

# Bajo la niebla de París

Gerardo Cham



ARLEQUÍN



## NOVELA

Con la panóptica torre Eiffel, la ciudad de las luces escudriña con avidez en la privacidad de sus habitantes y en *Bajo la niebla de París* centra su atención en uno de ellos. El perfil de profesor universitario Samuel J. Vacuitis impregna la novela con su ánimo decadentista y el ambiente de una distopía en la que la vigilancia perturba incluso la naciente relación personal de sus protagonistas, colocando la historia de amor bajo el velo sórdido de la intromisión como metáfora de una realidad colectiva.

La prisión (es decir, la ciudad) sirve como telón de fondo —como migraña en el insomnio— para que el lector acuda con un realismo improbable por lo taimado de su espíritu pesadillezco y lo atormentado de sus personajes; ya sea que esa perturbación nazca del control y la vigilancia que se sufren, o que tenga su raíz más profunda en la psicología de sus habitantes.

Gerardo Cham (Guadalajara, 1964) es autor de *Víaje a los olivos* (ficción), además de varios libros de estudios literarios en la Universidad de Guadalajara.



ARLEQUÍN

9 786079 046200





Miembro fundador de la  
Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)  
[www.aemi.com.mx](http://www.aemi.com.mx)

El amor... es como el espanto: una fuerza gigantesca  
a cuyas orillas nos pasamos la vida entera, incluso  
aunque no hayamos tenido nunca la dicha de ena-  
morarnos o de sentir espanto de verdad.

OLIVIER ROLIN

Segunda edición, 2011.

D.R. © 2005 Gerardo Cham

D.R. © 2005 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.  
Morelos 1742, Col. Americana, 44160, Guadalajara, Jalisco.  
Tel. (52 33) 36 57 37 86 y 36 57 50 45  
[arlequin@edicionesarlequin.com.mx](mailto:arlequin@edicionesarlequin.com.mx)

[www.edicionesarlequin.com.mx](http://www.edicionesarlequin.com.mx)

ISBN 978-607-9046-20-0

Impreso y hecho en México

Yo, Samuel J. Vacuitis, estaba a punto de ser llevado a prisión por el delito de haber abierto la puerta a una mujer que deseaba descender de su auto en el Boulevard des Batignolles. Por aquellos días muy pocos sabían cosas del mundo, únicamente París existía. El honorable juez se levantó del sillón y con voz grave dictaminó mi sentencia con una sola palabra: culpable. No dije nada, me limité a clavar la mirada en el piso. Dos guardias pretorianos subieron hasta el atrio de aquel edificio enorme, mejor conocido como Templo Mayor, lugar donde se hayan reunidos todos los poderes del Estado.

El juez pidió silencio, recordándoles a todos los presentes que estaban en el recinto público más importante de París. Entonces los guardias me sujetaron de ambos brazos y descendieron la pequeña escalinata abriéndose paso entre una multitud de curiosos estudiantes. No me sorprendía que la mayoría de ellos tomaran notas con rapidez. El catedrático explicaba en voz baja, siempre en voz baja, de tal modo que sus estudiantes no pudieran ser reprendidos por el señor juez. Tampoco era necesario mirarlos, me dije. Son todos iguales. Para ellos se trata de una práctica, un pequeño eslabón dentro de su inagotable oficio. ¿Cuántos de estos chicos serán incorporados al

aparato de olores? ¿Cuántos de ellos viajarán este año hasta los Pirineos de la frontera? Siempre hay sospechosos por ese lado, es lo que dicen.

Yo sabía que estábamos en el quinto piso. Mientras era conducido a través del corredor 130 observaba el agua de lluvia escurriendo detrás de los ventanales. ¿Cuánta niebla había descendido? Todo estaba impregnado por la niebla, maldita niebla. Sin embargo, desde ahí podía ver la columna esplendente de la Torre Eiffel. En ese momento, más que otras veces, me parecía que aquel gigante no era sino un montón de fierros construido por alguno de esos arquitectos desocupados que tanto abundaban en siglos anteriores. Faro universal, vigía que honra nuestra estupidez. ¿Cuántos días de cárcel serían esta vez? La pregunta no surtió efecto. Los guardias permanecían inmutables. Se limitaban, igual que otras veces, a cumplir con su trabajo. Probablemente ya les habían retirado cualquier capacidad fonética. En esos momentos me pareció que la rigidez de los guardias contrastaba con esos cuerpecillos gordetes, rosados y absolutamente felices que, entre nubes y soles, viajaban pintados en el techo cóncavo de aquel pasillo. Justamente al pasar bajo una de las escenas del Paraíso Terrenal, recordé que en alguna manifestación pública, el orador había hablado elocuentemente de aquellos estilos pomposos que según él habían sido en otros tiempos obra, gracia y maravilla del mundo, pero que ahora, en épocas de gran civilidad, debían ser confinados y sometidos a estrictos controles de vigilancia para que nadie confiara sus sentidos al perverso mundo de la imaginación.

Llegamos a la celda marcada con el número 125. Los muros asépticos esta vez eran azules, de un tono pátina muy ligero. En esos momentos me parecía cosa de milagro

que mi nueva morada fuera un lugar tan limpio. Resoplé aliviado pues no soportaba el olor a orines. Tal vez habían surtido efecto las últimas manifestaciones de reos consuetudinarios que se reunían cada tarde en la Place Vendôme. El guardia marcado con la insignia A-525 apretó mi brazo.

—Entre en el círculo. Espere dos minutos a que se abra la compuerta. Recoja el traje de reo y enseguida mire fijamente hacia el punto rojo que está en el muro frontal.

Hubo un destello de luz. Enseguida un sonido eléctrico, la compuerta se deslizó lentamente hasta abrirse por completo. En esos momentos no quedaba más remedio que encogerme de hombros. Desde hacía tiempo aquella ritualidad había dejado de impresionarme. Conocía paso a paso cada parte del procedimiento, de tal manera que ya no era necesario preguntar ¿qué significa esto?, ¿qué significa aquello? Podía presentirlo todo. Al fin y al cabo yo era simplemente otro consumidor más y al igual que todos en prisión, una vez concluidos los días obligatorios, tendría que recoger mi boleto de cuenta por uso de celda.

—Serán ocho días para usted, señor Samuel J. Vacuitis. Ni un minuto más ni un minuto menos.

Aquella voz tenía un sonido hueco, distante, como si adentro de ese hombre hubiera una máquina parlante. La última frase quedó suspendida. Maquinalmente coordinados, ambos guardias dieron media vuelta y desaparecieron al fondo del pasillo. No sabía qué hacer. Me quedé pensativo en el centro de la celda. ¿Cómo era posible que un guardia hubiera dicho eso. Los guardias no pueden decir esas cosas, no pueden decir ni un minuto más ni un minuto menos. Algo raro sucede, pero ¿qué?

Lentamente la reja se fue deslizando, me sentí más aliviado cuando oí el golpe seco y hueco del acero embonado

contra los candados del muro. Sin embargo, no podía dejar de sorprenderme ante ese nuevo gesto de confianza, el hecho de que los guardias se hubieran retirado antes de que la reja cerrase del todo. Sería que después de cuatro años por fin estaban seguros: yo sería incapaz de actuar inmoralmemente contra los reglamentos del Templo Mayor. Me senté en un banquillo plegable. Pensaba en muchas cosas, todas ellas concéntricas, ridículas y absurdas. ¿Acaso pretenden adularme, o simplemente, como ya ha sucedido en otras muchas ocasiones, trataban de probar mi resistencia moral?

Después de todo seguían considerándome un buen ciudadano. Tenía la certeza de que incluso en ciertas épocas del año podía aspirar al excelente. Ninguno de mis colegas universitarios de entonces había obtenido alguna vez esa distinción por parte del Departamento de Urbanidad Moral. Ni siquiera Marie Josefine, que el pasado verano había sido distinguida con toda clase de honores académicos debido a la gran calidad de sus investigaciones en ciencia molecular. Sí, ni siquiera ella, me dije. Aun cuando entre colegas se rumoraba que estaban a punto de distinguirla como ciudadana ejemplar. Sin embargo, ella también había incurrido en faltas tipo A, como aquella vez en el restaurante La Fontaine, cuando al calor de unos vinos se había puesto de pie y ante el asombro de los presentes se atrevió a sacar un cigarrillo del bolso con la intención de encenderlo ahí mismo, delante de todos. Eso fue lo más increíble. Recuerdo que se había hecho un tumulto fenomenal. Los clientes se asustaron y algunos abandonaron el lugar precipitadamente. Era grotesco recordar aquel nerviosismo de los meseros, la manera en que iban y venían de un lado para otro dándose órdenes

pero sin saber qué hacer. ¿Cuántos guardias habían llegado en busca de Marie Josefine? Cinco, siete, ocho. No sé por qué en esos momentos sentía placer al recordar cómo los guardias habían tenido que recurrir a la fuerza para someter a Marie Josefine, pues ella pataleaba, gritaba y escupía al mismo tiempo, intentando siempre llevarse el cigarrillo a la boca. No sé si Josefine era inteligente al comportarse así o en realidad una estúpida de primera. Qué importaba. Ahora yo estaba en una celda y eso era lo único real. Me senté en la cama, me quité los zapatos y me quedé profundamente dormido.

Ocho días más tarde ya estaba de nuevo en la calle. Recuerdo que ese día había neblina y una llovizna persistente. Metí las manos en el bolsillo, sin ganas de hacer nada. Me senté un rato a contemplar el enorme pabellón de ingreso al Templo Mayor. La gente usaba largos abrigos y algunos ancianos incluso habían empezado a ponerse sus gorros de tela gruesa con orejeras. Miré el reloj. Eran las cinco menos diez. Tenía el tiempo justo para llegar al trabajo, así que me dirigí con pasos apresurados hacia la estación Gaité. Sin embargo, una vez en el interior del metro, una fuerza extraña, ajena del todo a mi voluntad, me obligó a disminuir mis pasos. Me repetía una y otra vez que tal vez no había necesidad de caminar tan rápido, pues la experiencia dictaba que cuando el profesor se ausentaba unas clases los estudiantes solían tomarse las cosas con más calma, y seguramente esa vez no sería la excepción. Llegarían tarde. Después de todo, en esos momentos lo verdaderamente necesario no era plantarse frente a un grupo de estudiantes y empezar a repetir datos, fechas y anécdotas. En realidad necesitaba de algo más simple: hablar, hablar con alguien. Tal vez por ello sentía que algo

espectral y ridículo había en medio de aquel tumulto de gente deambulando en silencio. ¿Desde cuándo se había prohibido hablar en los andenes del metro? Mi amigo Marcel pertenecía desde los ocho años a la Sociedad Ecologista de París y muchas veces me había referido la importancia de aquel triunfo, la manera en que habían presionado a los burócratas para que por fin se diera cause legal a todas esas manifestaciones de gentes que ya estaban hartas de tantos años oyendo ruidos y voces innecesarias en el metro. Recordé también que apenas unos días antes de ser encarcelado, Marcel me había confesado otro nuevo triunfo de la Sociedad Ecologista: ya no serán posibles los roces deliberados en lugares públicos.

Era absurdo recordar las palabras de aquel muchacho mientras me disponía a abordar el vagón del metro. Cuántas veces me había encogido de hombros mientras Marcel me iba detallando las ventajas incuestionables de aquella determinación ecológica. Descenso del estrés, desaparición instantánea de cualquier tumulto y cosas parecidas. Ya no sería tan fácil determinar a simple vista los parentescos afectivos, lo cual significaba un considerable ahorro para la Sociedad Reguladora de Prejuicios.

—¿Te imaginas? —me había dicho Marcel—, eso reduciría los índices de preferencias erróneas, pues toda demostración de afecto quedaría confinada exclusivamente a los espacios autorizados en el Código Civil de Afectos.

Varias veces había insistido en el hecho de que una sociedad hiperdemócrata como la nuestra, debía estar sustentada en fuertes principios de no prejuiciamiento y de no intervención en el juego de las apariencias. Que nadie se deje llevar por la figuración de sus ojos, porque de hacerlo sin justificación estatal, entonces podría ser

acusado de mal ciudadano. Creo que Marcel estaba loco.

Mientras seguía recordando las explicaciones de Marcel en torno a la cuestión de los contactos y roces en un lugar público, de pronto caí en la cuenta de un peligro al acecho: increíblemente no me había percatado de la peligrosa distancia que me separaba de un hombre que iba de pie leyendo un periódico. El ruido de una página y la tos carrasposa de aquel señor me sacaron de mi estúpido ensimismamiento. Moví los pies y acto seguido me retiré prudentemente hasta encontrar un asiento. Probablemente por ser una hora intermedia no había muchas personas en el vagón. Siete en total. Por supuesto yo también sabía que a ninguno de ellos le hubiera gustado ser rozado y mucho menos a esas horas en que las videocámaras no dejaban de girar sobre sus ejes. Ya una vez me habían detenido por ese motivo. Había ido de compras al mercado Vendôme. Como siempre, los andenes habían estado bien controlados, con su numeración fija, sus verificadores automáticos y todo eso, pero de repente una pequeña mancha de aceite me había hecho trastabillar, así que no había tenido más remedio que cogerme del brazo de una gorda señora que iba delante de mí. Todo había sido tan rápido, tan repentino, y sin embargo no podía olvidar los gestos retorcidos, mezcla de asco y miedo que vi en el rostro de aquella mujer. En un instante se desataron fuerzas incontrolables. Hubo conmoción, pánico. La pequeña tragedia con todos sus matices había sido convocada. Minúsculas dentelladas empezaron a roer mi cuerpo. Por un momento, recuerdo bien, había experimentado cierto alivio al suponer que tal vez la señora aceptaría espontáneamente confesar que todo había sido accidental. Sin embargo, como casi siempre sucedía en esa clase de casos, todo se fue enredando y

no encontré escapatoria posible. Las cámaras, el silbatio automático, las voces de los testigos, todo descendía rápidamente asfixiando cualquier escapatoria. Entonces sólo quedaba rendirse ante la evidencia de los hechos. Aquella vez me condenaron a un día de arresto domiciliario. Nada grave si se compara con las faltas asignadas a otros compañeros. En fin, el metro estaba a punto de llegar a Cardinal Lemoine.

Apreté con fuerza la barra metálica y me puse de pie. Estaba sudando. Un minuto más tarde el tren se detuvo en la estación. Al abrirse las puertas se hizo más intenso el eco de los altavoces, así como de una música de piano mezclada con sonidos etéreos. Una mujer repetía monótonamente el mismo mensaje: «Todo el Caribe por un día de trabajo... El mundo siempre a su alcance con Air France... Todo el Caribe por un día de trabajo». Pero nadie parecía prestar atención a esos mensajes. Desde el último accidente nuclear se hacían toda clase de esfuerzos publicitarios a fin de movilizar turistas sin riesgo de contaminación. Sol, playa, exquisitos aromas, comida abundante. Se hablaba de los nativos como de piedras preciosas. Las colonias caribeñas debían ser congruentes con esa pleitesía exigida desde las oficinas controladas por los nuevos amos. Ni siquiera tenía importancia recordar los años en que la nación francesa se había apoderado definitivamente de toda la región caribe. Ahora, multitud de gentes venidas desde muchas naciones deseaban someterse urgentemente a los exámenes médicos necesarios a fin de obtener un boleto de avión, ¿pero qué necesidad tan insolente los impulsaba? Cualquier turista me parecía por entonces algo similar a un mono desorientado. Nadie deseaba quedarse. Les apetecía con lujuria la idea

de llegar hasta alguna playa de Haití debido a sus bajos índices de contaminación.

Una calle antes de llegar a la universidad empezó de nuevo a llover. Me acerqué a una máquina empotrada en el muro de una farmacia y apreté el botón azul. Treinta segundos después, el pequeño hocico negro vomitó para mí el impermeable desechable marca Fragg. Lo desenvolví precipitadamente, me lo eché al cuerpo y apuré el paso. El edificio de la universidad desde hacía tiempo me parecía repulsivo. Sus piedras grises y limpias, las criaturas colgantes, el orden antiguo de la fachada, todo eso significaba para mí el más vil de los engaños, pues nada revelaba lo que realmente sucedía adentro. Sólo una idea me aliviaba: por ahí habían pasado grandes eminencias, hombres ilustres que habían engrandecido al Estado y a sus variantes democráticas.

Mientras subía por la enorme escalinata, recordé que justamente en esos lugares abundaban delatores, chantajistas y fabricantes expertos de delitos tipo A. Debía cuidarme, así que opté por disminuir el paso. Rozar a alguien en esos momentos hubiera sido un contratiempo insupportable. Los espacios en la universidad estaban perfectamente controlados, aunque justamente en cualquiera de esos edificios grises no había tanta necesidad de aplicar medidas restrictivas, pues tanto estudiantes como catedráticos solíamos aceptar de buena gana todo lo que implicara individualidad. De hecho, a todo mundo le resultaba familiar y agradable la inscripción en grandes caracteres románicos que figuraba sobre la puerta del acceso principal a la universidad: «El hombre íntegro vale por su individualidad». Pero al pasar bajo el gran frontispicio sentí algo. Repetí en voz baja aquellas palabras y, en efecto, una

cosa amarga me corrió desde el paladar hasta la punta de la lengua.

Sólo en la Facultad de Filosofía había un «patio libre» donde era posible estrechar a cualquiera sin peligro de ser acusado. Ahí los amigos se abrazaban y compartían tragos de cerveza en plan amistoso. Lo llamaban el reino de este mundo en honor a un cubano del siglo pasado, autor de grandes libros de imaginación desbordada, que desde hacía doce años figuraban en el índice de textos prohibidos que cada verano publicaba el aparato censor de la universidad.

El salón de clase estaba vacío. Muchos estudiantes iban y venían, pero ninguno se detenía en el aula 525 donde yo debía impartir la lección correspondiente al periodo en que habían surgido los últimos escritores del siglo, autorizados a imprimir sus libros en papel. Me sentí aliviado, pues a decir verdad ese día no tenía ganas de hablar frente a un montón de jóvenes rutinarios que solían asistir a mis cursos como aves de rapiña en busca de créditos fáciles. Nunca me había percatado de lo triste que es un salón de clase vacío. Me vino a la memoria el simpático Nierga, un estudiante colombiano que solía decirme que mis clases eran de gruesa consistencia. Le gustaba levantar la mano para soltar floridos piropos en su lengua. Solía gritar en medio de la clase: «A usted lo quiero profesor, porque nunca se anda metiendo en tanta vaina». Entonces, lo admito, había una risa espontánea que yo agradecía porque precisamente esas pequeñas informalidades me daban un respiro en mi trabajo.

Miré el reloj. Ya eran las cinco con treinta minutos. Si no había clase no sería por culpa mía. Entré al salón. Me senté en la silla del escritorio y levanté como siem-

pre el rostro para ser registrado por el sensor fotográfico de la pared frontal... aprobado... su registro... profesor Samuel J. Vacuitis.

Hacía tiempo que no había tenido la oportunidad de permanecer así nada más, sentado en una butaca de clase, sin esa obligación pedagógica de tener que hablar para un grupo de estudiantes. Una vez, seguro de que el sensor fotográfico había dejado de funcionar, abrí mi maletín y saqué un libro prohibido del autor checo Milan Kundera. Todo parecía posible en esos momentos. Me froté los dedos con cierta fruición de niño feliz, repitiéndome que si pudiera leer unas cuantas páginas de corrido me daría por satisfecho. Sin embargo, no podían disiparse los miedos, pues sabía que en cualquier momento algún inspector de guardia podría abrir la puerta, y entonces, si acaso fuera sorprendido con un libro de Kundera en la mano, las consecuencias serían terribles, podrían abrirme un expediente, incluso serían capaces de despedirme. Cerré el libro y permanecí un rato pensativo. Después volví a abrirlo excitado ante la certeza de estar poniendo a prueba mi capacidad de resistencia, la fuerza de mis sentidos, ese heroísmo tan necesario que nos fortalece y en mi caso me enorgullecía, al sentirme capaz de jugarme, en un tronar de dedos, tantos años de trabajo. Pasaron diez o quince minutos de lectura febril hasta que entré en una especie de trance hipnótico. Mi imaginación estaba secuestrada, sometida únicamente al caprichoso mundo que manaba de aquellas páginas. Cada palabra, cada línea se transformaba en edificios, vientos, lugares convergentes y distantes. Todo al mismo tiempo. ¡Era maravilloso! Me sentía tan emocionado al sentir que en pocas líneas era capaz de imaginar claramente el

rostro sereno y dulce de una mujer a punto de rozar con sus labios a un pobre diablo que día y noche la seguía por las calles de Praga. Sentí un nudo en la garganta. Los ojos se me rasaron de lágrimas.

En eso se abrió de golpe la puerta y apareció una muchacha de amplia y diáfana sonrisa. El estómago me dio un vuelco amargo, pero al darme cuenta que se trataba de una estudiante y no de una inspectora cerré el libro y me sentí aliviado. Me pidió permiso para entrar y yo le dije por supuesto que sí. No había problema, el salón es suyo señorita. Pase, vamos, tome asiento. Mis palabras no podían ser más zalameras e hipócritas, sin embargo no quería detener el juego y seguí.

—Ah, sí, Sophie, cómo pude olvidar su nombre, lo siento. En otras instituciones ese descuido es penalizado, ¿lo sabía? En esta universidad no se considera una falta orgánica, y debido a eso algunos profesores tendemos a relajar nuestra memoria.

Con amplia sonrisa y movimientos calculados, Sophie tomó asiento frente a mi escritorio. Me dijo que entendía, pero que tampoco era necesaria una excusa de mi parte, pues ella tampoco lo consideraba una falta sino un simple descuido.

Inexplicablemente me sentí ruborizado, pues aquellos ojos azules me observaban detenidamente. Para esquivarme comencé a referir de una manera escurridiza ciertos pormenores de mi última detención. Sin embargo, mientras hablaba, un impulso incontenible de mil demonios empezó a hacer estragos en la coordinación de mis palabras. Por primera vez, casi sin darme cuenta, mis ojos fueron traspasando ese umbral de las fachadas académicas y empezaron a descender hasta encontrarse con una

mujer hermosa de cabellos marítimos, piel brillante y sedosa, mmm... cuánto hubiera dado por olfatear en ese mismo instante los pliegues rosados que se dibujaban bajo el lóbulo izquierdo. Cuántas ofrendas terrestres hubiera sido capaz de otorgar a cambio de un suave roce de labios y obtener, tal vez de un ligero mordisco, una muestra órfica de esos pelillos delicadamente insinuados sobre el labio superior de Sophie. Inevitablemente se me escaparon palabras atrapadas en la profundidad de mis deseos.

—Sería el más dulce recuerdo de esta universidad.

—¿A qué se refiere, profesor?

—A nada, nada en especial. Sólo pensaba.

—¿Nunca se ha preguntado usted en lo hermoso que sería si todos tuviéramos el derecho de pensar en voz alta?

Quise contestar pero me detuve un instante, pues afuera, en los pasillos de la facultad, se habían activado las alarmas de baja intensidad. Notamos cómo los estudiantes apuraban el paso en los corredores. Sin duda había llegado a la universidad alguna comitiva de inspección ministerial. En un instante comprendí que permanecer a solas con una estudiante en un salón de clase implicaba un riesgo de insospechadas consecuencias. Podían acusarme, podían llevarme a la cárcel y, claro, serían capaces de privarme para siempre de aquel empleo, mi único empleo. Vaya calamidad porque al mismo tiempo sabía que ante mis ojos se presentaba una oportunidad única, tal vez irreplicable en años, de tal manera que a pesar del peligro sentí que hubiera sido una cobardía, una perfecta estupidez desentenderse así nada más, abrir la puerta y salir huyendo como una sabandija. Que me atrapen de una vez porque esto no puedo evitarlo. Apreté los puños y en un instante decidí que algo tendría que ligarme irremedia-

blemente a esa muchacha de pelo castaño y ojos marí-timos. Durante un momento, recuerdo muy bien, mis ojos empezaron a actuar como lentes fotográficas de alta precisión. Lanzaba flashazos clarividentes. Podía intuir hasta los últimos rincones navegables de aquel angelillo universitario, y era que mientras Sophie hablaba, yo extraviaba los oídos y me enredaba en deleites mentales ya olvidados desde mis años adolescentes en el Liceo de Saint Denise. La imaginaba de hinojos en medio de un salón sepia. La espalda desnuda, los senos flotantes y el rostro mirando al suelo. Yo me acercaba suavemente como un gato y empezaba a trazar constelaciones de amor en el cuello de Sophie. Aquello de verdad era maravilloso.

Hubo un rato de silencio propio de mamíferos en pleno reconocimiento. Yo, animal solitario desde siempre, noté esas manchas de rubor nacidas en el bajo cuello de Sophie. Entonces lancé una bomba.

—Señorita Sophie, ¿aceptaría compartir un café conmigo en el bar de la facultad?

La estudiante sonrió. Era evidente que mi invitación la había turbado. Se llevó la mano a los cabellos y fijó su mirada en un punto vacío de la puerta. Me pareció que trataba de imaginar las posibles consecuencias que podrían derivar de aquel hecho simple y al mismo tiempo inusual en un profesor. Sophie también era consciente del riesgo. Conocía el reglamento. Aceptar invitaciones de un profesor, en ciertos casos podría ser considerado como límite de sanciones tipo A.

—Acepto sólo si usted me asegura que el bar pertenece estrictamente a la jurisdicción de la facultad.

En ese momento me pareció de suma importancia inspirar confianza, así que saqué de mi maletín un pequeño

aparato electrónico, no mayor que la palma de mi mano. Después de unas breves pesquisas vía satélite llegué a la conclusión de que La Maison Rouge no era un lugar controlado por el Estado. Desde hacía un par de años se había concedido, mediante decreto ministerial, un estatus de autonomía completa para el bar de la facultad. Seguramente ella notó mi sonrisa de satisfacción, pues estaba claro que las marchas y plantones frente al Templo Mayor no habían sido en vano.

De pronto unas voces entrecortadas irrumpieron en el salón vecino. Yo hice un ademán de silencio con el dedo en los labios. Ambos comprendimos. Se trataba de inspectores enviados por el MUE (Ministerio Ultra de Educación). Sus visitas a la universidad podían ser tan infrecuentes como sorpresivas. Ahora tocaba el turno al profesor Lemand, ese pequeño potro abstraído e inconsistente, acostumbrado siempre a escuchar con extremo cuidado antes de revelar alguna opinión comprometedora. Sin duda yo podía considerarlo como uno de los pocos colegas «confiables», es decir, un verdadero amigo más allá del trabajo. ¿Cuántas veces me había confesado sus temores respecto a esas repentinas visitas de inspección?, y era que Lemand todavía no podía liberarse de ciertos sentimientos de culpa, todos ellos antiguos y profundos. De hecho ante uno de sus más atormentados secretos yo había sido su único confidente. Me lo había contado con las manos en el bolsillo una tarde de nieve mientras abandonábamos una estación del metro: antes de ingresar a la universidad se había emborrachado en un café de Champs Elysées. El caso había sido especialmente terrible y peligroso para él, pues algunos idiotas entre los presentes, lo habían acusado directamente y sin miramiento alguno de haber sol-

tado varias bromas sarcásticas en contra del Estado y sus asfixiantes negocios, entre los que según ellos estaba la universidad. Pobre Lemand. Ni siquiera su nombramiento reciente como emérito de la facultad era suficiente para librarlo de esas y otras absurdas tribulaciones.

Pero también podían cuestionarme a mí. De hecho era muy probable que eso sucediera, pues en ese mismo instante sólo una pared me separaba de los inspectores. No había tal vez nada que lo impidiera, de tal manera que una sensación de miedo atroz se apoderó de todo mi cuerpo. La vida es a veces tan frágil, tan amarga. Imaginé distintas calamidades: desde mi repentina expulsión de la facultad, hasta ese proceso grotesco y bien conocido entre «colegas» donde el nombre del acusado sería reproducido en numerosos periódicos y revistas junto al de muchos otros delincuentes públicos: «Profesor sorprendido in facto, a solas y frente a una estudiante en el salón de clase».

Sophie también permaneció inmóvil en su asiento. Se veía tan hermosa. Su rostro reflejaba esa clase de miedo sanguíneo que sonroja la piel y provoca un destello alucinante en la mirada de algunas mujeres. Sin duda la deseaba con todas mis fuerzas. Me pareció que tenía las manos frías y que una gota redonda y gruesa de sudor le corría desde las axilas hasta el vientre. Ninguno decíamos nada. Vi cómo sus labios se resecaron. Tenía sed. Para ella las consecuencias no eran menos graves: expulsión, deslinamiento absoluto de la universidad, sanciones económicas, restricción irrevocable de acceso a otras instituciones educativas, etcétera.

Pero en un segundo reaccioné. Mediante ademanes muy elocuentes le ordené que saliera rápido pero con el más absoluto cuidado, como si no pasara nada. Yo me

inclinaba sobre el escritorio fingiendo dormir. Ya habría tiempo para encontrarnos en el bar de la facultad.

—Vete, vete...

Sophie abandonó despacio el salón de clase.

Unos minutos después la puerta se abrió de nuevo. Sin pronunciar palabra alguna dos hombres impecablemente vestidos y una mujer de sonrisa comercial entraron al salón y se sentaron frente a mí. Algo denso envenenaba el ambiente porque ninguno de los tres hablaba, únicamente se limitaban a mirarme fijamente y esa era una de las peores cosas que podían pasarme aquel día. Finalmente uno de ellos, el jefe sin duda, hizo un gesto displicente, se acomodó el moño de la corbata y habló.

—¿Señor Samuel J. Vacuitis?

—El mismo.

—Venimos del MOA, usted sabe, Ministerio para el Orden Académico. Nuestras siglas seguramente le serán familiares.

Por un momento no supe qué responder, pues me parecía que cualquier respuesta podría transformarse en un asunto comprometedor. Creo que de una manera torpe y entrecortada les expliqué que esa era la primera vez que un comité de inspección entraba a mi clase.

La mujer de sonrisa forzada intervino con unas cuantas palabras, aunque suficientes para hacer notar lo ridículo de mis temores. Enseguida, cuando ya empezaba de nuevo a responderle a esa mujer, el hombre que no había hablado intervino cortando mis palabras.

—Señor Vacuitis, podría decirnos ¿qué entiende usted por «inspección»?

El muy cretino se burlaba de mí, ¿cómo iba yo a responder esa pregunta? Sin embargo, mi experiencia en esa

clase de delitos ya me había demostrado que ante ciertas preguntas era mejor quedarse callado. Después de un rato habló el jefe.

—Bien, no responde usted. No se preocupe, en realidad sólo estamos haciendo una visita rutinaria. Formalismos estatales. Un poco de control si usted quiere.

Aquella voz ahuecada me desquiciaba, mas no podía hacer nada. Literalmente estaba atrapado, de tal manera que me limité a contestar con evasivas. Pero a medida que lo intentaba, el interrogatorio cruzado se hacía más severo, más incisivo y amenazante. Al principio sólo eran preguntas académicas, cosas ligadas estrictamente a mis labores de profesor, sin embargo, poco a poco me fueron acorralando hasta dar con mis escondrijos más personales, como si me estuvieran mostrando unas pinzas y burlonamente quisieran cortar mi lengua. ¿A qué horas llegaba a casa?, ¿cuántas personas vivían conmigo?, ¿cuáles eran mis refugios de diversión?, ¿solía comer solo?, ¿acompañado?, ¿sí, no?, ¿por qué?, ¿y cuántas veces a la semana?, ¿quiénes eran mis amigos habituales?, ¿dónde vivían?, ¿tenía preferencias religiosas?, ¿cuándo había discutido por última vez en una vía pública?, etcétera. Trataba de condescender en todo, lo juro. Intentaba llevar mis respuestas hacia lugares fuera de peligro, sin embargo, por más que trataba de ocultar cosas, al mismo tiempo se me hacía evidente que ciertas palabras, ciertos matices involuntarios me delataban como si fuera una liebre corriendo hacia refugios llenos de trampas, y lo más odioso era esa sensación de estar contando partes de mi vida a unos hombres que de antemano lo sabían todo, absolutamente todo, podría jurarlo ante cualquier tribunal de justicia. Entonces aquello me pareció una absurda y ridícula farsa. ¿Qué clase de

**montaje barato era ese?** Cuántas ganas tenía de gritarles **en la cara** lo que en esos momentos se amontonaba **desordenadamente** en mi cerebro: ¡Ya basta!, ¡déjenme en paz!, **malparidos**. No soy delincuente, ni siquiera algo parecido, **únicamente** soy un profesor, un simple y servil profesor, ¿podrían ustedes entender eso?

Pero en una fracción de segundo, cuando ya el interrogatorio había llegado a los límites del absurdo, vislumbré algo terrible y maravilloso. La mujer empezó a esquivar mi mirada, y lo más desconcertante es que no parecía buscar algo en especial, simplemente estaba huyendo de mí. Lo hacía despacio y con mucha cautela, como si no quisiera **ser** sorprendida por sus compañeros. ¿De qué se trataba? ¿Qué pretendía la bribona? Imaginé tantas cosas. Podía ser una trampa, un jueguito del Estado para confundirme. Sin embargo, en un segundo algo me indicó que no se trataba de gestos profesionales, sino de algo espontáneo, surgido en medio de la situación. Tal vez aquella mujer trataba de comunicarme algo, sí, algo, ¿pero qué? Mis sentimientos estaban encontrados y por si fuera poco volvía a sentir esa mancha asquerosa de sudor extendiéndose por toda mi espalda. Por fin los hombres se levantaron. Me **agradecieron** cortesmente por mi esfuerzo y cooperación a las causas del Estado. Al mismo tiempo anotaban algo en una pequeña libreta electrónica. Entonces comprendí que un juego extraño se había desatado en aquel salón, pues en un descuido la mujer puso algo en mi mano derecha.

Se fueron. Abrí la palma de mi mano. Era un pequeño tubo labial. Lo alcé a contraluz y lo examiné cuidadosamente. ¿Qué podía significar aquello? Imposible saberlo porque nunca en mi vida había ocurrido algo semejante. Traté de sacar toda clase de conjeturas.

¿Acaso la chica había estado jugando y ahora me entregaba un objeto mundano para aumentar aún más mi desconcierto? Pudiera ser, pero también cabía lo contrario, pues realmente había sentido el nerviosismo de esa mujer al poner, casi con violencia, el tubo de labios en mi mano. Nunca me había sucedido nada semejante y sin embargo en ese momento estaba seguro de algo: no sólo debía encontrar a Sophie. Alguna vez, en algún lugar, volvería a ver el rostro de aquella misteriosa mujer.

\* \* \*

Cuando sentí que el último de los inspectores había cerrado la puerta me desplomé sobre el escritorio. Una especie de caldo espeso navegaba en mi cabeza. Las sienes me palpitaban. Sentía asco, náusea, ganas de vomitar. Tomé mi portafolios y salí precipitadamente en busca de un baño. Afuera los estudiantes paseaban con sus libros bajo el brazo. Cuánta rabia me invadía. ¿Qué sabían esos pobres diablos de las infinitas angustias por las que tiene que pasar un profesor? Para ellos cada parte del escenario se había preparado cuidadosamente a su servicio. Envidiaba su libertad porque les estaba permitido reír, soñar, tumbarse en alguno de esos jardines y hablar confianzudamente. Incluso había una cláusula en el Código Universitario de Afectos que les permitía besarse en ciertas áreas del edificio. Nadie había diseñado paliativos extremos para ellos. Míralos, decía para mis adentros, se ven tan arrogantes, tan ufanos de sí mismos, como si nada fuera capaz de humillarles. Ahh, si tuvieran las agallas de leer a Rilke todo sería diferente. Llegué al baño. Abrí la portezuela de un retrete, me coloqué de hinojos y vomité de golpe tres

veces con tanta violencia que sentí morirme ahí mismo. No sé cómo explicarlo, pero en esos momentos yo sentía que mis vísceras arrojaban toda esa ansiedad e impotencia guardada en mi cuerpo desde hacía ocho días, cuando unos guardias me habían detenido por haber abierto la puerta a una mujer que deseaba descender de su auto en el Boulevard des Batignolles. Las piernas me temblaban y jadeaba profundamente sin fuerzas. Incluso el simple acto de incorporarme parecía una empresa complicada, más allá de toda voluntad. Me tumbé junto al retrete y como un miserable mendigo me quedé dormido.

Debí haber permanecido así más o menos una hora, pues cuando desperté ya se había ido la náusea, pero mi boca aún olía a vómito. Así que me incorporé, caminé torpemente hasta los lavabos. Me lavé cuidadosamente primero con jabón y luego con agua mentolada. Hice gárgaras. Tragué un chorro fresco y abundante sumergido hasta las profundidades de mi propio litoral. Siempre he confiado en los poderes vitalizantes del agua y no es para menos. En la última guerra librada por Francia en Medio Oriente no era la disputa de territorio lo que había desatado los ataques, sino la escasez de algo más elemental e infinitamente más valioso: agua.

Cuando salí de aquel baño mis pasos se tornaron imperceptibles. Movía mis músculos como un reptil dentro de su piel, más aligerado y ya sin esas voces ahuecadas invitándome a lanzar blasfemias contra todos. Entonces, invadido aún por una sensación de tremenda languidez, volví a pensar en Sophie, en su rostro, en su boca, en sus facciones afiladas. Tal vez me gusta, pensé, tal vez me gusta más de lo permitido a un profesor y eso no puede ser. El reglamento es claro, las consecuencias son inmediatas e impla-

cables, por tanto debo alejarme, sería una estupidez tratar de... Vamos, vamos déjate llevar, ¿acaso toda tu mediocre existencia ha de estar gobernada por el miedo? Cuántas vergüenzas a nuestro alrededor; son meros emplastos del mundo porque además de groseras pretenden ser reales. Búscala. Por una vez en tu aburrida vida móntate en esa barcarola dulce de los deseos y no contengas lo inevitable, sí, lo inevitable, admítelo, pues aunque nunca te lo habías propuesto abiertamente, en el fondo dedicabas muchos momentos de atención hacia esa muchacha en cada una de tus clases. ¿Acaso hay algo perverso en ello?, me dije. Piensa en esas palabras de Lawrence cuando afirmaba que los deseos son más naturales cuanto más extraña es una mujer.

Y sin embargo, a medida que me acercaba al bar de la facultad, un miedo atroz se iba apoderando de mí. ¿Qué pasaría si todo resultaba ser una simple fantasía? ¿Qué iba a suceder si aquellos gestos que yo juzgaba intencionados de su parte, en realidad habían sido simples jueguecillos y yo los había malinterpretado? Podría burlarse de mí, incluso estaría en su derecho de lanzar una denuncia o echarme en cara mis insinuaciones. Podría llegar a enfrentarme directamente con los más altos miembros del tribunal universitario. Sería una cosa terrible.

Me detuve. La puerta del bar estaba a unos cuantos metros. En eso unos dedos filudos se encajaron en mi hombro. Era Lemand. Bah, no deseaba hablar con nadie más, sólo con Sophie, así que lo esquivé pretextando una cita con alguien importante, con un decano, sí, ya recuerdo, aunque a Lemand eso debió parecerle una perfecta tontería, pues ambos sabemos que es imposible encontrarse con alguien tan importante dentro de la uni-

versidad así nada más. Caminé de prisa hasta la puerta posterior. De nuevo me detuve y comprendí que en lo tocante al encuentro de dos seres humanos, el azar y las fuerzas de la convención pueden ser insignificantes ante los arrestos de nuestra voluntad. Sabía que lo más probable era que ella no estuviera ahí, pues ya había pasado más de hora y media desde que la había visto en el salón de clase. Pero incluso la posibilidad del fracaso era excitante. Apreté los dientes y me hice una promesa: si no estaba Sophie en el bar, jamás volvería a pensar en ella, pero si por algún capricho del destino mis ojos la encontraban tras esa puerta, entonces no descansaría hasta obtener su amor, aun a costa de la justicia y de mi propia maldad. Entré.

Cuando vi las sillas semivacías sin Sophie por ningún lado, me vinieron a la memoria las palabras de un poeta ciego que vivió entre tigres y relojes de arena: Hay quien busca el amor de una mujer para olvidarse de ella, para no pensar más en ella. Tenía razón. Si acaso quería deshacerme de su imagen debía encontrarla, debía por lo menos obtener algún punto de referencia que me permitiera volver a hablarle o cuando menos establecer alguna clase de contacto. Pero me estaba precipitando, pues de pronto me pareció que no sólo Sophie hacía falta en el bar, sino muchos otros estudiantes, ya que a esas horas las mesas solían estar más animadas con chicos fumando y bebiendo alegremente unos tragos de tinto. Ahí el mundo de las restricciones sensoriales aún no había sido confiscado. Por ejemplo, la música tenía permiso y podía ser desgranada desde cualquier género: vanglish, estridental, ecomusik, etcétera. ¿Qué pasaba entonces? ¿Por qué únicamente andaban por ahí cuatro, seis estudiantes? ¿Acaso

los inspectores habían pasado a tomar algún café y los demás habían huido ante esa presencia inquisidora? Para saberlo me acerqué a Vladik, el más simpático y popular mesero del bar. Su saludo tan efusivo y amable me pareció chocante y de mal gusto. Le pedí que se sentara conmigo en una mesa, cosa que después comprendí, había sido el primer error de mi parte. Indirectamente empecé a preguntarle acerca de esa situación, desde mi punto de vista extraña, aunque en realidad trataba de llevar las cosas, mediante alusiones y vaguedades en torno a una chica de tales y cuales características, de tal manera que la palabra Sophie se hiciera inevitable. Pero congruente con mi suerte, nada podía ser tan fácil. Seguramente hubo gestos o ciertas palabras mal dirigidas de mi parte, el caso es que en un momento de mi torpe interrogatorio, Vladik me detuvo en seco.

—Se trata de la señorita Sophie, ¿cierto?

Fue tan contundente que me desarmó en un segundo. No había tiempo para meditar las consecuencias. Debía asumir el riesgo.

—Cierto. Se trata de ella.

Vladik permaneció un rato en silencio. Era evidente que yo lo estaba metiendo en un aprieto. De algún modo él sabía que su respuesta desataría implicaciones entre un profesor y una estudiante, lo cual podría ser motivo para que él también sufriera represalias.

—Nunca un profesor me había preguntado por una estudiante como usted lo hace ahora, señor Vacuitis. Aquí estuvieron los inspectores del MOA por eso hay tan pocos estudiantes, pero a la señorita Sophie no la he visto por aquí en todo el día.

Se disculpó y me dejó. Yo permanecí ahí en espera de

un café que el mismo Vladik me trajo a fin de no levantar sospechas.

Cuando salí de la universidad ya había oscurecido. Caminé por Saint Michel hasta el Sena. Me detuve en el puente. Apoyé mis brazos en una baranda de acero y me quedé quieto como un pájaro. Casi no había gente caminando por las calles. Empezaba a nevar, me sentía exiliado, expulsado, sometido a los caprichos de esa tiranía llamada tristeza, como si desde lo más profundo de mí ser estuviera fraguándose una lenta pero inevitable catástrofe, y era que mientras observaba la luz plateada que se deslizaba sobre las aguas tranquilas del río, me iba dando cuenta de una cosa: odiaba la universidad, odiaba ese ambiente enmascarado y lleno de embustes intelectuales, donde nadie podía hablar sin que de inmediato surgiera una réplica, una contraorden nefasta, destinada casi siempre a destruir o por lo menos a trivializar nuestras ideas. En ese mundillo cualquier opinión era sometida de inmediato a la mecánica del bíceps y tríceps. Cuando uno flexiona el otro extiende, endereza. Había filtros por todas partes y eso hacía que cualquier intento de comunicación real quedase transformado en pura disolución, en un simple accidente del espíritu.

En eso escuché un murmullo de voces que se acercaban. Era un grupo reducido de manifestantes caminando a paso lento y en silencio hacia el Templo Mayor. París siempre está lleno de manifestaciones, docenas de grupos cada día, moviéndose, deambulando, lanzando gritos y proclamas a veces incendiarias en busca de sueños imposibles. Los guardias pretorianos lo permitían a sabiendas de que nunca pasaba nada, pues todo caía en el mero ritual y muchos de ellos, al paso de los años, terminaban como

sonámbulos controlados bajo un ritmo dulzón y monótono, es decir, tragados por esa inocencia estéril que desahoga pero no transforma.

Verdadera expresión de nuestro tiempo, y sin embargo, yo también me había envuelto en una coraza de piedra sin darme cuenta. Aquellos reclamos me eran indiferentes. Ni siquiera me daba vergüenza mirarlos a los ojos cuando pasaban, como en ese momento lo hacían frente a mí, llenos de indiferencia, casi abúlicos, bien atados a esas pancartas donde se leían consignas y peticiones, por ejemplo, contra la posibilidad remota, siempre remota, de crear salones para fumar sin miedo a represalias. También había grandes letreros exigiendo reducciones al delito de cruzar por media calle saltándose in fraganti los pasos de cebra. Pedían también derechos transitorios para besarse en parques públicos, que no se politizaran las sanciones contra dueños de perros acostumbrados a soltar sus mascotas sin el succionador de mierdas por detrás, etcétera. Miré fijamente a los ojos de algunos manifestantes y no sentí nada, lo juro. A ellos tampoco les importaba, yo era un simple mono desnudo en medio del puente.

Esa noche tuve un sueño terrible. Yo andaba por un sendero semioscuro y húmedo. Mis dedos estaban entumidos. Las uñas retacadas de mugre sangraban como si hubiera escapado de una tumba. Atado al cuello traía un collar de lino con su campánula anunciando al mundo mi condición de leproso. En una mano empuñaba una corona de marchitos azahares y mi rostro iba cubierto por un velo de novia. De pronto alguien me sujetaba por detrás con tremenda fuerza. Me levantaba en vilo como si fuera un fardo de carga y después de llevarme a cuestras durante varios días, por fin se detenía para atarme de

manos y pies al tronco seco de un árbol enorme. Todavía tengo muy viva la imagen de aquel rostro, o más bien dicho aquella cosa plana de lividez cadavérica, la cual tenía un solo ojo hundido en su cuenca gris y un orificio desdentado a manera de boca. Un terror negro me ahogaba. Mi rostro se contraía de manera grotesca y al mismo tiempo trataba de resistirme escupiéndome con todas mis fuerzas. Pero era inútil, aquel hombre o lo que fuera se fue acercando hasta mi frente y sin más empezó a roerme cual rata inmunda. Lo hacía de manera lenta y pausada. Pero lo más extraño y grotesco estaba en el hecho de que sus encías no mordían, raspaban, desgastaban, así hasta un punto en que llegó a desprender por completo la piel de su sitio. Enseguida se apartaba, me daba un beso en la boca y tranquilamente se iba, dejando al descubierto una parte de mi cráneo. Desde un árbol cercano vi descender un pájaro negro. Clavó sus patas en mi nariz y desde ahí empezó a picar la parte descubierta de mi cráneo. Grité con rabia, ¡largo, fuera de aquí, aléjate demonio! Quería ahuyentarlo, apartarlo de mí para siempre, mas todo era inútil, aquella bestiezucla se aferraba más y más clavando sus patas en mi nariz, y mientras más esfuerzos hacía para espantarla mayor intensidad y fuerza imprimía en sus picotazos. Entonces, cuando ya mi garganta estaba seca de tanto gritar, sentí que una fuerza irresistible succionaba mi cuerpo desde un profundo abismo. Fue entonces que abrí los ojos. Estaba empapado en sudor y jadeaba con violencia. No sabía si estaba en una cama o en un ataúd. Lloraba.

\* \* \*

A ciertas horas del día es muy conveniente observar nuestros objetos en descanso. Los zapatos gastados y polvorientos de haber ganado distancias o haber cruzado cientos de inútiles e imperceptibles charcos, el tarro con manchas de líquido escurrido, los libros abiertos, el colchón marcado con nuestra silueta y cada superficie gastada que a menudo nos revela situaciones trágicas, patéticas o incluso felices, donde siempre gravita el deber, los sueños, la vigilia, el tiempo, la nostalgia y por supuesto cada uno de nuestros sentidos. Esta perspectiva, o como queramos llamarle, fue ganando consistencia mientras yo trataba de expulsar aquel sueño terrible de mi cabeza con una taza de café. Sin embargo, al cabo de unos momentos, me arrepentí, pues de golpe sentía otra vez la cercanía de ese pequeño monstruo indeseable y al mismo tiempo compañero en mi vida desde hacía muchos años: la migraña.

Primero, como siempre, aparece una nube flotando encima de mis pupilas y desplazándose de norte a sur, después, al cabo de unos minutos, todo mi cuerpo experimenta una especie de tregua soporífera que me hace dar varios bostezos y me reseca la boca. Sin embargo, sé bien de la próxima tormenta, la cual no tarda en llegar, pues cada vez más la luz va dejando de ser instrumento alegre de percibir objetos para transformarse en lluvia de minúsculas dagas que van cayendo directo a los ojos. Entonces, no hay más remedio, quisiera volverme ciego, empujar cada puerta y salir huyendo con la simple y rotunda convicción de que en esos momentos lo máspreciado es un cuarto oscuro como para revelar fotografías, una cama y un almohadón de plumas duras que me ayude a matar en silencio a ese picador de piedras, viejo cabrón, desde hace muchos años metido en mi cabeza.

Pero aquella mañana mi dolor no tenía forma de martillo. Cientos, miles de minúsculas hormigas se habían introducido entre los pequeños laberintos del oído hasta llegar a uno de esos orificios que conducen al cerebro; pensaba: quieren destruirme, pretenden morder mis venas, la pulpa de mi carne, malditas, hijas de perra, cómo quisiera sacarlas de ahí con las uñas, prenderles fuego y lanzarles un montón de saliva hasta dar con ellas en el resumidero. Ahh, el dolor se hacía cada vez más insostenible y la luz hería mis ojos como si hubiese veneno en el ambiente, de tal manera que opté por meterme de nuevo a la cama, esta vez decidido a no dejar libre un solo resquicio por donde pudiera entrar la luz.

Sin embargo, el remedio agravó más las cosas, pues lo que se hizo para descanso de nuestro cuerpo inmediatamente se transformó en revolcadero inútil, fango donde caben todos los absurdos; no sé, tal vez sería la posición horizontal o mi cabeza echada hacia atrás, el caso es que empecé a jadear y los labios se me enfriaron reseándose como pulpas de ciruela pasa. Otra vez el dolor y la náusea se hicieron verdaderamente insostenibles. Me levanté agachado como hacen los recién pasados por el quirófano y me dirigí al baño. No sabía si era el momento más adecuado para vomitar. Me acerqué a la taza y abrí las piernas apuntando directo al abismo. Salivaba y mis alimentos deglutidos subían y bajaban como si mi esófago fuera un termómetro loco a punto de desbordarse. Respiré profundo, apreté los dientes, me contuve. No, de verdad no quería, tenía miedo. El vómito es una extirpación sumamente cruel. Respiré una, dos, tres veces a fin de ganar tiempo. Muchas veces había sucedido que esa clase de artugios se volvían en mi contra. Mejor sería esperar sin

adelantar las cosas. Quise regresar a la cama pero antes me vi en el espejo, Dios mío, estaba realmente demacrado. Tenía los labios lívidos y un par de ojeras profundas zurcaban mi rostro. Salí del baño asustado, dispuesto a respirar aire fresco, pero la náusea se había metido a tal grado en mi cabeza que ya no era posible controlar lo incontrolable, así que de una vez por todas me coloqué de bruces en el retrete y vomité hasta la última brizna de porquería depositada en mi estómago. Cuando me incorporé tenía la sensación de que nada me hubiera hecho sentir mejor que escuchar unas palabras de Sophie. Me lavé la cara. Hice gárgaras, escupí, froté mis ojos inyectados en sangre y líquidos tristes, salí del baño, me dejé caer en la cama como si fuera un animal herido y lloré con un sentimiento despreciable hacia la realidad del mundo.

\* \* \*

Pero en ese mundo despreciable también habitaba Sophie, y su delicada imagen ya comenzaba a rondar mis pensamientos de una manera cruel y obsesiva. Por supuesto que aquella promesa de no pensar más en ella si no la encontraba en el bar de la facultad, ya había sido reventada en mil pedazos, y no eran tiempos aquellos muy favorables como para despreciar sin más aquel apremiante dictado de mi conciencia. Una cosa era el estatuto académico asignado a mi persona por las autoridades estatales, y otra muy distinta la compulsión terriblemente humana que me latía bajo la piel. Mi trabajo de profesor universitario estaba lleno de infinitas redes, controles e impedimentos exteriores, por tanto era absolutamente necesario refinar las artes del doble fondo en cada una de las sesiones de clase,

es decir, había un imperioso dictado por el cual todos debíamos mostrar algo sin revelar nada. Teníamos guiones, cuadros prediseñados, fórmulas. El mundo intelectual consistía en colages de frases aprendidas, repasadas y vueltas a dictar, de tal manera que cualquier cuestionamiento al orden intelectual previamente establecido era visto como algo extrañísimo y peligroso. La simple opinión espontánea por parte de alguno de los estudiantes o de alguno de nosotros, profesores, inmediatamente se transformaba en tumor sanguinolento que a la mayor brevedad debía ser extirpado. Nuestra personalidad estaba metida en una cápsula de cristal.

Ya podrá comprender el lector cuál era el grado de ansiedad que me dominaba respecto a los peligros que entrañaba aquella loca persecución que estaba dispuesto a emprender. Por lo demás, nada de lo que estaba sucediendo alrededor de aquella mujer provenía de mi voluntad. ¿Qué es la voluntad?, ¿acaso es un regalo blanco y dulce colocado junto a la orilla del mar, sin más obstáculos para hacernos de él que nuestra propia decisión de tomarlo? No, definitivamente no, la voluntad es un enemigo con fauces de león y garras de tigre. Sus movimientos son impredecibles, ataca, muerde, nunca del todo podemos fiarnos de ella. Recuerdo que en cierta ocasión caminaba cerca de Place de La Bastille. Habían montado un espectáculo antiguo de animales, bufones y trapeartistas. Los niños y algunos afortunados que habían obtenido sus pases después de una maraña interminable de tramitaciones legales, reían espontáneamente. Sus risas desbordaban por encima de la carpa de colores. Yo podía ver una espuma de sonidos desbordando aquel cono enorme, cuyo reguero bañaba las calles y de vez en cuando provo-

caba el caos en algún circuito vial. Todos estábamos embelesados ante aquel espectáculo inaudito, pues ya desde entonces la risa se había desterrado de París. Recuerdo que había guardias por todas partes. En eso se escuchó un rugido estremecedor. Todos en la calle lanzamos alguna clase de alarido. Algunos se llevaban las manos a la boca sin saber qué hacer. Parecía como si una bestia hubiera emergido desde el fondo de una caverna. Después vino el espanto generalizado, gritos por todas partes, berridos, chillidos de mujeres y niños que desesperadamente trataban de escapar de aquella carpa. Muy pronto supimos lo ocurrido: el domador había sido literalmente despedazado por una de sus fieras. ¿Qué es la voluntad entonces? ¿Cómo había sido posible que de nada hubiera servido esa feroz voluntad construida durante largas horas, meses, incluso años de trabajo, si ahora el experto yacía en el suelo convertido en un simple amasijo de huesos y carne desgarrada? No sabemos de quién es la voluntad. Sus artimañas y entresijos obedecen a designios repentinos. Era yo, el destino, fragmentos del azar, ¿quién me impulsaba a pensar en Sophie? No lo sabía, tal vez nunca lo sabré.

Cerré la puerta del departamento para dirigirme de nuevo a la universidad. No había dado unos pasos por la calle cuando ya empezaba a desmadejar el hilo de una cuestión apremiante: ¿cómo haría para acercarme de nuevo a Sophie sin despertar sospechas? Ningún pasillo era lo suficientemente seguro, ningún aula, ningún rincón de la cafetería podía servir de coraza para ocultar mis intenciones. Había ojos por todas partes vigilando hasta el detalle más insignificante. Cualquier gesto mal articulado podía ser interpretado a capricho del observador, no olvidemos que desde el año pasado, cuando se instauró el sistema

abierto de compensaciones contra delitos comunes, cualquiera podía convertirse en potencial enemigo, aunque ciertamente en muchas ocasiones las compensaciones no eran tan atractivas como pregonaban los gorilas de la publicidad, incluso había casos en que ni siquiera se llevaban a cabo las primeras diligencias contra una denuncia, de tal manera que al final, un proceso delicado y prometedor podía caer en ese abismo enmarañado de asuntos que a diario desbordaban los ministerios. Sin embargo, he aquí lo más importante, para todo mundo estaba claro que los demonios de la culpa y el castigo andaban sueltos, quiero decir que un dedo acusador muchas veces no era levantado por el simple impulso del desprecio. Los motivos eran, con frecuencia, profundos e inexorables. A veces provenían de culpas adormecidas, de un mal sueño, de un vaso de agua derramada en el pie descalzo. Incluso había quienes afirmaban que al igual que en tiempos de la Primera Revolución, la venganza era una cosa simple, transparente y al mismo tiempo inevitable que flotaba en el cielo de París.

\* \* \*

Ese día el metro estaba más lleno que de costumbre. Se decía que los conductores habían estallado en huelga. Nunca había visto tanta gente en un vagón. La proximidad, además de peligrosa, provocaba un desconcierto muy grande en los rostros sorprendidos y temerosos de cada pasajero. Yo no me percaté de las pequeñas pegatinas adheridas en algunos cristales, hasta que un señor de piel oscura, colocado justo a mi derecha, me hizo una señal con el periódico. Entonces pude darme cuenta. Los traba-

jadores afiliados al Sindicato de Conductores nos pedían que si acaso ese día éramos tocados por algún pasajero, no lo denunciáramos, pues al final ellos serían los castigados; simples trabajadores de un servicio indispensable y necesario para la comunidad parisina: libertad, igualdad, fraternidad. Llegamos a Cardinal Lemoine. Como siempre, dejé pasar a los más apresurados. Esta vez no lo hacía por temor a tocar accidentalmente a alguien, simplemente me gustaba esa costumbre, la cual desde hacía tiempo consideraba enteramente mía. Y en el fondo el placer más grande era sentirme oculto, desapercibido, mínimamente feliz de vivir como un incógnito en mi propio cuerpo. Yo dejaba pasar a las gentes que deseaban bajar por el simple deleite de hacerlo, y eso, en aquellos tiempos, era fantástico, un salto adelante sobre las barreras y controles del Estado.

Los altavoces no habían cambiado la oferta de viaje anunciada días atrás «Ciudadano del mundo... Todo el Caribe por un día de trabajo... El mundo siempre a tu alcance con Air France... Todo el Caribe por un día de trabajo». Esta vez creí distinguir un matiz diferente en la voz; algo más tipludo, chillante, como si el anunciador fuera un niño metido en una jaula. También recuerdo que ese día se había hecho un gran alboroto en una de las escaleras eléctricas. Un grupo de policías había detenido a un par de chicos por haber arrojado deliberadamente papeles en el piso. Sin embargo, lo sorprendente para mí no fue la detención, sino el espectáculo de verlos felices en su raptó, completamente entregados a los guardias y sin hacer ningún esfuerzo contra las esposas eléctricas. Por el contrario, reían, gozaban, se jactaban a gritos de su fechoría ante el desconcierto de quienes subíamos por las esca-

leras eléctricas del lado contrario. Cuando nos cruzamos, el menor, de aspecto desgarrado y famélico, me sacó la lengua y se abrazó a la cintura del guardia de una manera descarada. Todavía recuerdo cómo al ir llegando al final del ascenso pude ver desde lo alto su rostro haciéndome señas y gestos de burla. Entonces me pregunté cuál sería el castigo para esos chicos. Seguramente serían llevados a una fábrica de ultraciclados. Ahí tendrían que trabajar durante una semana completa sin remuneración alguna, después vendría ese proceso largo, tozudo y meticuloso para vigilar durante algunos días todos y cada uno de sus movimientos. Además, al igual que yo y probablemente al igual que todo el mundo, sus registros serían distribuidos automáticamente a través de todas las redes sensoras del país. Se trataba de un ritual hundido en su propia oscuridad. Que todos conozcan a todos, cada uno con su corazón de escarabajo siempre dispuesto a perforar en la espesura del orden, pues en el fondo algo nos hacía repetir en nuestro cerebro aquella hermosa consigna aprendida desde los primeros días de la infancia: «Ciudadano del mundo... vigílate y vigíleme. Tú eres parte de mi conciencia».

Afuera lloviznaba. Los vendedores de café se amontonaban en la boca del metro. Extendían sus manos mostrando los granos recién tostados con excesivo fervor. De pronto, ya casi a punto de salir hacia la calle, me sucedió una cosa terrible, algo que estaba totalmente fuera de mis coordenadas para defenderme contra el sistema, y era que alguien acababa de dar un brusco jalón a mi felpudo.

—Amigo, compras, compras café de Guinea.

Sentí miedo, un escalofrío seco atravesado en la garganta. Quise correr, ¿pero hacia dónde? Rápidamente caí

en la cuenta de que una cosa así sería absurda, además, podían verme como un sospechoso y no tardarían en rodearme los pretorianos. Pero lo cierto es que nunca antes me habían tocado de esa manera tan infame. El negro reía y me mostraba sus dientes enormes. No sé si me causaba más temor el acto en sí o esa asquerosa seguridad tan retadora que exhibía. A ellos no se les podía acusar de nada, pues a base de coartadas extremas (amenazas públicas, manifestaciones, disturbios, etcétera) habían logrado cierta impunidad que los convertía de facto en delincuentes y al mismo tiempo les daba poder sobre los demás. Y si acaso caían en manos de la justicia se ponían felices, pues acostumbrados a dormir entre cartones orinados, sabían que en prisión se estaba mucho mejor y sin demasiados peligros. Ahí el negocio del café tenía otros derroteros más prósperos y sin tanta competencia.

Entonces se me ocurrió una barbaridad. Me detuve en seco, miré fijamente a los ojos al vendedor que acababa de tocarme y con la mano derecha le hice una señal obscena. Fue algo tan rápido que dejó perplejo al mismo negro. Rápidamente traté de ocultarme entre los negocios de comida china que se abarrotaban a lo largo de aquella bocacalle. Me sentía sofocado y casi no podía respirar. Me oculté bajo un toldo extendido en un móvil de frituras humeantes, letreros de neón y farolas coloridas. Estaba confundido, las manos me temblaban. Ni siquiera en ese momento me di cuenta de que había corrido lo suficiente y sin argumentaciones como para poder evadir ese otro delito. Ahora ya no me importaba llegar a tiempo a la universidad. Seguramente alguien me había visto y tarde o temprano darían conmigo, me interrogarían, investigarían a fondo, sabrían mis motivos, la celda sería otra vez

mi espacio, mi dormitorio, mi confin. ¡No, esta vez no, carajos!

Para no levantar sospechas me senté junto a un hombre gordo que comía apaciblemente. Ordené un plato grande de arroz guisado con setas y pescado. El cocinero, un chino viejo que al hablar mostraba una dentadura podrida con varios dientes a punto de desprenderse, me dijo con cierta burla que desde hacía dos semanas nadie en París comía pescado. No respondí nada, bajé los ojos y desvié mi atención hacia otro lugar. El miedo zumbaba en mis oídos. En París cualquiera podía tener dotes de salpicante delator, cualquiera, incluso ese mismo cocinero tan abstraído del mundo; lo mismo el hombre gordo sentado a mi lado; un simple transeúnte que tuviera deseos de fastidiarme. Por tanto, se hacía necesario guardar silencio y volverse huraño hasta las últimas consecuencias. Mentira eso del platonismo espiritual. Nadie, en aquellos tiempos, era capaz de lanzar un dardo sin ser acusado y yo no podía ser la excepción, de tal manera concluí que lo mejor sería despreocuparme y dejar que todo siguiera su desenlace natural, aunque en el fondo de mi cabeza restallaba una y otra vez el mismo grito. ¡Atrápenme, aquí estoy!

Recibí el platillo, lo coloqué frente a mis ojos y con toda parsimonia empecé a comer tal si no hubiera pasado nada. Y en efecto, increíblemente nada pasó en relación con la señal obscena que dediqué al negro del metro y con las dos o tres calles que recorrí de prisa. Terminé de comer, pagué y seguí caminando por Saint Germain hasta llegar al vestíbulo principal de la universidad. Sin duda algo extraño estaba sucediendo, porque ningún pretoriano me había alcanzado ni siquiera para someterme a las preguntas rutinarias que suelen derivarse de sucesos

como aquél. En cambio, una voz hueca martillaba en mi cerebro: Ciudadano del mundo, Samuel J. Vacuitis... cometiste falta... quebrantaste una de las leyes que edifican nuestro orden social, desde hace siglos diseñado a favor y en beneficio de la patria... Era culpable, no había duda. Tarde o temprano el peso de aquella falta reventaría sin piedad, pues todos sabíamos que un delito no se podía ocultar durante mucho tiempo, y por más esfuerzos de silencio que se hicieran bastaría un simple instante de flaqueza para correr ante un guardia pretoriano y vomitar de un solo golpe todas nuestras culpas. La persecución de la conciencia es implacable. Algo desde muy adentro hace que nuestro rostro cambie. Es bien sabido que cuando llevamos una culpa grande, hay algo maligno y perverso que de algún modo se filtra por todo el torrente sanguíneo y entonces, de manera involuntaria, se nos hunden los párpados, el ceño se arruga preso de sus mínimas tragedias. Es entonces cuando ya atrapados en el túnel del nerviosismo empezamos a sudar descontroladamente en aquellas partes del cuerpo imposibles de nombrar. Un buen día alguien, algún colega, un simple transeúnte de pronto se acercará y nos dirá al oído «oiga, usted es culpable de algo». Entonces, presos de una ansiedad insostenible, terminaremos confesando con la voz entrecortada en cualquier despacho pretoriano. De hecho, en los últimos años, nuestro gobierno se ha jactado de haber invertido millones de francos en estrategias legítimas de autoculpación. Todavía puedo repetir casi de memoria los mensajes insistentes que todos los días y en diferentes horarios son transmitidos por las televisoras públicas. Las inversiones en estrategias de autoculpación nos han permitido ahorrar millones de francos en gastos de logística y adiestra-

mento a pretorianos. El gran ideal es que cada ciudadano llegue a convertirse por sí mismo en su propio policía. Cuando esto suceda lograremos erradicar para siempre muchos de los males que a todos nos aquejan. Seremos moralmente autosuficientes. Desapareceremos las prisiones porque las faltas podrán expiarse tranquilamente sin salir de casa, etcétera.

Por suerte, hasta el momento nada importante había sucedido en la universidad, y eso era un alivio. Los estudiantes, generosos como siempre, habían decidido esperar más de lo conveniente. Yo les agradecí con mucha sinceridad aquel gesto. Aunque muy pronto me asaltarían de nuevo los demonios de la ansiedad. Sophie no estaba. Al principio tenía la esperanza de que sólo se hubiera retrasado, pero a medida que transcurrían los minutos, al mismo tiempo que trataba de explicarles un pasaje oscuro del poeta Maiakovski, iba comprendiendo algo terrible que poco a poco me fue agarrotando los nervios: Sophie ya nunca regresaría a mi clase, su ausencia era definitiva, se había ido para siempre y no había posibilidad de remediar eso. Ni siquiera al final de aquella sesión me atreví a preguntar por ella, pues en el fondo de mi cabeza resallaba un hecho contundente y definitivo: nunca más... nunca más.

Despedí a todos con un lacónico hasta luego. Después, cuando ya el salón había quedado vacío, me derrumbé en una butaca. Entonces empecé a sentir que una especie de suave imbecilidad se apoderaba de mí. Al mismo tiempo me sentía extremadamente agobiado. Cuántas ganas tenía de tirarme en el suelo nada más para extender mi cuerpo y sentir el contacto fresco a lo largo de mi espalda sin ninguna clase de remordimiento. Tal obsesión era una espe-

cie de fantasía muchas veces deseada en las noches de perros tristes, mientras el sueño atrapaba mis pulmones y el aire de la noche inflaba mis venas duras. Sin embargo, eso era imposible, debía seguir, meterme a otro salón de clase y emprender el mismo ritual de manos tensas, gestos al aire, malabarismos verbales, preguntas, silencios, exageraciones, divagaciones, todas mis algaradas y miedos transformados en pasión por las palabras, y era que más allá de cualquier conocimiento, lo verdaderamente vital en esos momentos era hablar, mover la boca, morder, chupar, tragarse todas y cada una de las palabras retacadas en el estómago hasta quedar extenuado como león herido después de haber corrido inútilmente tras su presa.

Sin embargo, una luz perversa ya me había iluminado. Se hacía urgente violar las normas, transgredir; al carajo mis censores. Así que me recosté en el suelo con los brazos extendidos hacia atrás, de tal manera que con ambas manos sujeté las patas de un mesabanco. En el techo vi el bosque respiratorio de los adúlteros, de los clérigos, de las adolescentes y de los médicos entregados a juegos obscenos. En medio de todos ellos estaba yo, sentado sobre una piedra. Podía verlos como si realmente estuvieran ahí materializados en carne y hueso. Se reían de mí. Hacían toda clase de mofas sacándome la lengua, castañeteando los dientes y escupiéndome al rostro. El clérigo acercó su crucifijo enorme hasta un palmo de mi rostro. El médico trató de sujetar mis manos y la adolescente me mostró unos pechos amoratados y cubiertos de llagas. Ven, me decía la muchacha sonriendo, mientras retorció el dedo índice hacia sí misma. No puede ser, me dije. Es como si hubieran previsto esta situación y hubieran decidido castigarme. Al instante me incorporé. Salí de aquel salón y me

dirigí hasta la oficina de registros. Me sentía muy ansioso. Algo quemante corría por mi garganta. Las manos me sudaban. Delante de mí había otro profesor de bigote abundante, que seguramente notó mi ansiedad, pues de manera un tanto apresurada me cedió su lugar ante el tablero electrónico. Ahora recuerdo que ni siquiera le di las gracias, simplemente me coloqué delante de la pantalla y marqué el código secreto de mi expediente. Junto a los datos de mi clase había un espacio en blanco destinado a justificaciones relacionadas con ausencias o retardos de clase. Después de pensarlo un rato escribí lo siguiente: «Alumnos míos y ciudadanos del mundo, de verdad siento mucho no poder impartir la clase de hoy, pero ciertos problemas personales me lo impiden. Espero verlos en la próxima sesión. Atentamente su profesor y amigo Samuel J. Vacutis».

Al salir del edificio me sentí liberado hasta los huesos. Respiré profundamente. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan aliviado, y si alguien me hubiera visto en ese momento hubiera encontrado a un hombre muy distinto al de hacía apenas una hora. Incluso, por más que deseaba justificar mis emociones en sentido contrario, me daba cuenta de que los transeúntes del Boulevard Michelet, con sus largos abrigos negros, me parecían seres agradables y dignos de mi distancia más respetable. Aquel zumbido metálico de los automóviles tantas veces ahuecado en mis oídos, de pronto lo sentía bien armonizado junto al paisaje de grises edificios y fábricas humeantes. Por primera vez desde hacía mucho tiempo no me parecía necesario prestar atención a los edictos y mensajes urbanos del Tribunal Mayor. Se anunciaban las últimas reformas parlamentarias en el gobierno. Tres nuevas guerras declaradas a países

hermanos del África sureña habían empezado apenas unas horas antes. Dos nuevos desertores habían sido condenados al exilio perpetuo. En las próximas horas cesarían los últimos bombardeos de lluvia ácida. Las calles poco a poco se iban quedando semivacías, un tanto astragadas por el incesante vapor que salía de las alcantarillas. Infinidad de anuncios luminosos se fueron encendiendo y una voz chillona empezó a anunciar monótonamente en los noticieros electrónicos de las bocas del metro el último premio para quienes se declarasen abiertamente informantes al servicio del Templo Mayor: «respiraderos con cilindros de oxígeno comprimido, totalmente puro e inofensivo para el organismo humano... Ciudadano del mundo. El Estado se encarga de instalar en casa los equipos y de mantener cargados de por vida los cilindros de oxígeno... sin gasto alguno para los afortunados... Recuerda, tu religión es la democracia, practícala desde su germen, o lo que es igual, colaborando con el Estado».

Aquella tarde, mientras caminaba, volví a sentir la imperiosa necesidad de refugiarme en algún lugar donde pudiera contemplar a mi gusto toda suerte de arañas. Desde niño había soñado con ellas. Me gustaba escudriñar en los nichos oscuros del departamento hasta encontrar un nido lleno de huevos. Siempre me cuidaba de no ser visto para no compartir el secreto, porque ya desde entonces me gustaba cuidarlas, protegerlas de cualquier intruso, y aunque sabía que tarde o temprano empezaría a criarlas, por el momento me conformaba con observarlas. Tal vez a mi corta edad, muy pocos podían entender el grado de excitación tan agradable que se apoderaba de mí cuando iba en busca de ellas. Una vez encontrado el nido colocaba un palito de madera especialmente preparado

con lombrices de tierra, moscas, grillos o cualquier otro insecto. Podía quedarme hasta horas enteras sin perder un palmo de atención. A veces se iba el tiempo sin que ningún bicho se animase a salir. Entonces me veía obligado a regresar frustrado porque mamá estaba llamándome desde la cocina.

Pero he ahí que algunas veces la espera me recompensaba con un premio insuperable, cuando por fin asomaban las patitas ambulatorias de una hermosa viuda negra. Si era macho no me movía en absoluto porque suelen ser más tímidos, pero si era hembra no podía contenerme y de algún modo me acercaba siempre un poquito más, a fin de contemplar en detalle el relojito carmesí que las ha hecho tan famosas. Claro que por aquel entonces yo desconocía todas esas historias sobre los peligros encerrados en el abdomen redondo y brillante de las viudas. Me parecían seres incapaces de morder, siempre tan sigilosas, tan retraídas. Su brillantez era para mí una muestra inefable de pulcritud, elegancia sublime y limpieza. Mucha gente las detesta pero en realidad son pequeños ermitaños aislados del mundo en busca de una tarea exacta y al mismo tiempo definitiva. Sigo creyendo que los seres humanos hemos sido poca cosa comparados con el rigor existencial de las arañas. Recuerdo que siendo niño, un día entre tantos, había estado observando durante un buen rato el nido oculto de una enorme viuda. Yo estaba recostado sobre unos leños podridos que alguien había abandonado justo sobre la boca del desagüe. De pronto empecé a sentirme feliz porque la viuda salía del oscuro nido a hurgar el palito con los frescos manjares que yo le había traído. Esa vez se trataba de un par de grillos atados con un cordón de coser. Creo que nunca antes una hembra

me había permitido acercarme tanto para ver en detalle el momento en que capturaba mis ofrendas. Aquel tanteo de sus patas me fascinaba. Pronto atrapó el abdomen de un grillo y empezó a jalarlo hacia el nido con tal pulcritud de movimientos que me vi obligado a ranurar un poco más la entrada, a fin de facilitar el desenlace de tan sofisticado ritual. Pero entonces algo terrible sucedió. Un chorro de agua jabonosa arrastró a mi pobre amiga y la sepultó con todo y grillos en su propio nido. Desesperado traté de salvarla. Tomé el palito y empecé a picar cuidadosamente en el interior del nido para ver si podía sacarla, pero todo fue inútil. Allá al fondo vi a la pobre viuda retorciéndose como escocida por un ácido terrible. Cuando la saqué ya estaba completamente inmóvil. Me di la media vuelta y me saltó a la cara el gesto apresurado de mamá indicando que me hiciera a un lado porque iba a echar otra cubeta con agua. Para ella la cosa era bastante simple: mi padre estaba a punto de venir y aún no había fregado el patio. Así de rotunda era ella, y si el mundo estuviera a punto de estallar en mil pedazos, ella sentía que primero debía fregar el patio, y ahora, después de muchos años, sigo pensando que si en ese momento se me hubiera ocurrido explicarle cuán doloroso había sido ese pequeño acto de vandalismo, sólo habría servido para enfadarla aún más. De hecho todavía puedo recordar el murmullo de una voz interior sujetándome con tenazas y al mismo tiempo invitándome a callar, a no decir nada, ni una palabra, ni un sonido, pues después de un tiempo la rabia contenida sabe preservar el calor de la venganza.

Todo pasó, el agua jabonosa siguió corriendo y esa fue la primera vez que un sentimiento de odio verdadero hacia mamá se aposentó en el fondo de mi ser. Yo también

me sentía escocido. Engarruñaba mi cuerpo en la cama y durante horas me ponía a observar una mancha de humedad amarilla que se obstinaba en el muro. Tuve insomnio. Patrice, Rudi, Valmi, Anika y los otros dejaron de buscarme, pues casi no salía del departamento. Recuerdo que por entonces la radio empezaba a dedicar pequeños **spots** publicitarios, cuyo mensaje de fondo era persuadir a la población sobre la importancia de acatar las nuevas disposiciones morales diseñadas por el Estado Mayor. Principalmente hacían énfasis en la necesaria regulación que debía haber en el roce de los cuerpos. De hecho nadie sabía cómo, pero de manera clandestina empezaron a ser fichadas miles de parejas cuyo pudor no les impedía abrazarse en plena vía pública. Por supuesto hubo reacciones encontradas. Se organizaron grandes manifestaciones, algunas de ellas tan espontáneas como la niebla que descendía sobre la ciudad. Nos acostumbramos a los gritos desgarradores de dos o tres muchachos que se paraban sobre el techo de un autobús, armados únicamente con sus megáfonos enormes para exigirnos a todos que nos armáramos del mínimo valor ciudadano y moral contra todas esas disposiciones diseñadas a la medida de nuestra flaqueza más preciada: el amor. Y así, recuerdo que no una, sino en muchas ocasiones llovían panfletos arrojados desde algún edificio popular. Nadie sabía cómo, pero incluso a nuestros departamentos llegaban pequeños papeles exigiendo la derogación inmediata de todas esas disposiciones. Recuerdo que después de haber leído uno de esos papelillos papá decidió llevarme una vez a Place de la Concorde. Nunca sabré precisar cuántas personas había, pero a mí me parecían miles. Todo mundo se apretujaba intencionalmente, incluso había quienes se

atrevían a subir sobre los estrados improvisados nada más a besarse y a frotarse unos contra otros descaradamente. Hablaban de la última revolución del mundo. Llovían tomates y papeles lanzados desde todas partes mientras yo me tapaba los oídos porque una tromba de incendiarias y ensordecedoras proclamas empezaba a rugir desde los edificios aledaños: «¡Abrazaos hermanos! ¡Apretad con fuerza la piel vecina, que puede ser ésta la última oportunidad de hacerlo sin maldad!» Yo sentía los abrazos alegres de quienes se apretujaban junto a mí, aunque mis años no eran suficientes para comprender las verdaderas dimensiones de aquella euforia. Incluso, cuando vi llorar a papá, sentí miedo de mi propia confusión, pues por primera vez en mi vida el rostro excesivamente alegre de una persona me provocaba una sensación de miedo y hastío más allá de mi discernimiento. Pasados muchos años me doy cuenta de la importancia del siguiente hecho: a veces, en algún rincón de mi oscura imaginación, se catapultaba aquel rostro de mi padre con las venas del cuello hinchadas. Lo veo gesticulando, gritando efusivamente con los puños levantados en señal de victoria. Eso me produce tal felicidad que por un momento siento asfixia en el pecho y tengo que detenerme en cualquier asiento público únicamente para regodearme con los detalles mentales de ese recuerdo tan fugaz e incisivo que al mismo tiempo me deleita y me sigue atormentando. Muchas veces, de modos muy distintos, sigo viendo a papá.

Mas no debo seguir hablando de esos asuntos, porque cuando llegué a la calle Rochelles decidí doblar hacia la derecha en busca de uno de mis rincones favoritos. Se trata de un local semioculto entre puestos de comida, lupanares y mendigos lanzadores de fuego. Como ya

mentoné, aquella tarde había sentido una especial necesidad de observar a mis anchas toda clase de arañas. De tal manera que al aventurarme por aquel callejón volví a experimentar la misma sensación de ansiedad y alegría, como en aquellos años infantiles cuando iba en busca de nidos para darles de comer a mis amigas con un palito preparado con lombrices, moscas, grillos o cualquier otro manjar que se me ocurriera.

Pronto me vi rodeado por un río de extrañas criaturas que deambulaban sin sentido rumbo al Sena. Jóvenes de todos tamaños y colores con las cabezas rapadas, peinados puntiagudos, cadenas en los cuellos, chamarras de cuero negro, algunas lustrosas, otras tan roídas como si hubieran sido masticadas por alguna plaga de termitas. En ese lugar de tolerancia no era extraño encontrar perros callejeros. Algunos chicos atrevidos incluso se besaban a plena luz del día. Por veinticinco francos era posible sentarse en una pequeña camareta y ser acariciado en el rostro sin riesgos de castigo.

Ahí estaba. Era una fachada color violeta custodiada por un pequeño establecimiento donde se vendían *crêpes* untadas con dulce árabe. Un letrero verde luminescente en forma de ojiva anunciaba la venta y exposición permanente de animales exóticos a punto de extinguirse. Abrí la portezuela y tras el sonido de un pequeño anunciador de cristales en forma de lluvia, me vi sumergido en aquella semipenumbra dominada por una serie de interminables y ensordecedores ladridos. Lo fronterizo y lo remoto martillaban mis oídos. Aquel hedor a excremento y pesticidas era insoportable. Me tapé la boca, pero al intentar abrirme paso empecé a golpear con toda la torpeza del mundo las patas de algunas jaulas, de tal manera que sin

preverlo supe que en aquel lugar también había distintos pájaros y patos silvestres al borde de la extinción. Aunque tal vez lo que más me llamó la atención fue un cachorro de oso pardo que iba y venía de un lado hacia otro metido en una miserable cajoneta de tres metros. Quise acariciarlo, pero me gruñó violentamente y se puso a chillar como si mis intenciones hubieran sido totalmente otras. Shhht... ¡Deja Shota! Enseguida escuché unas palmadas al aire seguidas por una voz aguardentosa.

Al señor Malek lo había conocido tres años antes en una de las prisiones periféricas destinadas a personas infractoras contra la salud pública. Durante dos días compartimos una celda virtual cuyas dimensiones podían ensancharse a nuestro antojo. En un momento de sinceridad necesaria yo le había confesado mi afición por las arañas sin tener la menor idea de que justamente me encontraba sentado junto a uno de los más grandes y oscuros coleccionistas de arácnidos que uno podía encontrar en París.

Malek estaba sentado, fumando apaciblemente sobre un cesto de comestibles chinos. Como siempre, llevaba un sobretodo parecido a bata de baño. Sus pies descalzos y el bigote largo le daban un aire de vagabundo recién reconciliado con el mundo, aunque en realidad esa pinta de hombre decadente sólo era un ardid para resguardar su posición política, pues en uno de sus múltiples arrestos había confesado una serie de peligrosas inclinaciones hacia los ideales de los demócratas blandos. Ya me había confesado en cierta ocasión que aquella apariencia era un simple truco para protegerse contra las sospechas de los inspectores pretorianos. Así molestan menos. Yo, cómplice, cliente y tal vez colega clandestino, estaba exento de protocolos. Ante Malek sobran las palabras, de tal

manera que tal y como había sucedido en ocasiones anteriores sólo fue necesario acercarme, estrechar su mano y esperar sentado en una pequeña silla de mimbre. Mi amigo dirigió una mirada inquisitiva hacia la calle. Metió la mano en un cajón de su atestado escritorio, sacó una llavecilla plateada y después de entregármela abrió de prisa una cortina trasera. Lo demás era conocido para ambos. Yo dejaba unos billetes sobre su escritorio y me perdía tras la cortina. Entonces volvía a quedar completamente solo, esta vez plantado frente a un pasillo iluminado apenas por una alfombra de luz proveniente de una puerta enclavada en el fondo. A partir de ese momento me sentía invadido por una sensación revulsiva de tranquilidad. Las manos se me aflojaban y empezaba a respirar lánguidamente. Para nadie es un secreto que cuando estamos a punto de acercarnos a algo muy deseado nuestra sensibilidad se agudiza, nos transformamos en pequeñas larvas en busca de algún rincón apetecible, y en esos momentos cualquier vaporcillo puede quemarnos porque hasta el más mínimo detalle visual o táctil lleva una flama de química secreta. Entonces ya nada puede detenerse porque el mundo se ha llenado de ansiedad.

Cuando abrí el postigo un olor acre me quemó dulcemente la nariz. Era el guano de cientos de arañas aposentadas a lo largo de un enorme tubo transparente que se extendía desde la entrada hasta los linderos de un jardín adornado con begonias y madreselvas. Todo estaba cubierto por una cúpula de vitrales cuyo colorido filtraba destellos de luz amarilla, gualda, rojiza y azul. Por supuesto no hace falta decir que Malek había tenido en cuenta muchos detalles más allá de la luz. Un aspersor de vapor sobresalía en la punta de una palmera enana. De

vez en vez se oía el rebullido de una suave expulsión y una brisa de fina humedad descendía. Qué felicidad, pensaba yo. Estas sabias criaturas rebosan calor y humedad, tesoros del trópico. Además, en cada compartimento había ingeniosos covachos, madrigueras, ramalillos, pequeños cestos con restos de insectos y trozos de frutas podridas. Cuánto podemos aprender de esta vida aparentemente detenida. Aunque en realidad todo está bullendo, todo palpita.

Muchas veces, antes de iniciar el trance de mi observación, me detenía a reflexionar en torno a minucias provenientes del dominio común. Esta vez se me ocurrió pensar en la importancia del tamaño, es decir, en esa parte de lo aparente que aumenta o disminuye nuestros miedos. Sabido es cuán terrible o indiferente puede ser la imagen de un arácnido según su tamaño. Lo aterrador suele asociarse con la desproporción de la fealdad y es verdad que muchas arañas son casi invisibles, pero hay otras que pueden llegar a medir hasta treinta centímetros, lo cual hace de su aspecto algo verdaderamente monstruoso. ¿Será también el número de sus patas? Ocho en vez de seis, como sucede con los insectos. Algunas tienen cuatro, pero nunca seis. Yo encuentro este hecho delicioso porque el número elevado de patas aumenta notablemente su capacidad de reacción y movimiento, aunque a diferencia de sus primos ácaros y escorpiones hay más belleza en una tarántula plenamente suspendida, es decir, cuando sus poderes están ahí contenidos hasta el límite, sin pizca ninguna de frenesí. Para ellas el mundo es susceptible de ser atacado porque al haber eliminado cualquier movimiento, el enfrentamiento, la defensa, el ataque y los instintos de supervivencia se agudizan hasta el límite. En absoluta quietud poseemos todo. Ya Sprenger

había notado cómo la pretendida fealdad de muchos arácnidos era sólo aparente, pues en distintos lugares puede verse cómo algunos de ellos detestan aquellas atmósferas favoritas del diablo: luz, calor y líquidos. Más demoníacos decía, habremos de ser los hombres, pues el demonio con sus garras filudas y su bífida lengua se aprovecha de que el cerebro fuese la parte más húmeda del cuerpo, además de la influencia de la luna que excita en él los humores.

Las primeras arañas que me gustaba contemplar en la tienda de Malek eran siempre las tejedoras de jardín. A veces, con un poco de suerte, podía presenciar el ritual completo de una hembra en plena labor y no me importaba si la telaraña quedaba terminada en dos horas. Nada hay tan placentero como abandonarse por completo frente a una hembra de movimientos retráctiles y llenos de simetría. Sus palpos en el aire me producen agradables sensaciones de ligereza, libertad y equilibrio, como si yo mismo hubiera deseado desde siempre tejer una tela espesa donde sentarme a esperar la caída dulce de mi presa. Además, siempre he pensado que la construcción simétrica, más allá del instinto de supervivencia, requiere de ciertas fibras invisibles dedicadas únicamente a satisfacer nuestros más recónditos deseos y créanme que de algún modo misterioso las arañas lo saben, pues en la aparente fragilidad de una telaraña todo está dispuesto para dar rienda suelta a los límites de un placer insaciable, terrible incluso, pero cuya frialdad en el propósito nunca va más allá de la supervivencia. Yo pienso que lo terrible de verdad está en el castigo, en el aguijonazo preparado a sal y fuego sin más prevención que la suerte o la benevolencia del destino. Madre, Padre, Iglesia o Estado, da igual, en todos esos continentes hay fermentos de hilo gomoso.

veneno untado con la punta de la lengua y después embarrado en cada parte de nuestro cuerpo cada vez que nos vamos a dormir. Así nacemos, así vamos creciendo, esa es la condición de nuestra educación. En cambio las arañas son incapaces de toda esa talabartería de quinto patio. A ellas les importa el cuerpo nada más, buscan líquidos, materia, pequeñas grasas digestivas y tal vez un poco de sangre fresca, mas nunca gastarán sus palpos de seda en busca de una víctima intelectual. Ahí estaba por ejemplo ese saltamontes atrapado entre los cruces periféricos de una telaraña construida por la tejedora. Sus patas, ya inmobilizadas, luchaban desesperadamente por zafarse. Todo era inútil, pues aquellos esfuerzos desesperados, en realidad servían para enredar más y más el amasijo de patas, élitros y grumos de hilo pegajoso. A muchas personas esta escena les eriza la piel, a mí me tranquiliza porque me pone de golpe ante lo inapelable del mundo: vivir es un acto de guerra. Yo sé que la muerte de ese saltamontes representa el opuesto extremo entre paz, tolerancia y sanidad. Sin embargo, no sé de qué manera cada vez que he presenciado la misma escena a lo largo de mi vida, siento que algo muy importante está a punto de serme revelado, y tal vez este solo hecho sea suficiente para que la contemplación de un arácnido, a punto de aniquilar a su víctima, sea uno de los actos más apasionantes que puede haber en mi vida.

Ahora, después de los años transcurridos, me pregunto hasta dónde actuaba exaltado por impulsos primitivos, pues en realidad el amor que sentía hacia las arañas era tiránico, me desgastaba dejándome flaco. A veces, incluso, caía en las garras del insomnio nada más por no haber podido resolver durante el día el misterio de una

**hembra saltadora** que había devorado al macho después **de una** cópula fallida. Me preguntaba cientos de veces si **aquel** ataque mortal provenía de la mera insatisfacción, de **la** venganza instintiva o simplemente si se trataba de una **confirmación** excesiva de la propia soledad. Las hembras **arañas**, al igual que los hombres, siempre desean, en el **fondo** de sus entrañas, volver a estar solas. Por ello son **capaces** de matar.

Esa vez tenía ganas de pisotear las reglas. Sophie **no** estaba, se había ido, y a Malek tal vez no le importaría demasiado. Así que me acerqué a una de las jaulas y **levanté** la rejilla que estaba colocada en la parte superior **u** manera de tapa. Metí la mano derecha deslizando mi **brazo** como pude hasta posar mis dedos sobre una costra **de** piedras. Inmediatamente sentí el suave roce de las patas **de** una tarántula rojiza del Brasil. Giré mi mano y presto **me** encendió feliz como para descansar en esa nueva superficie de mi palma. Era tan ella misma, tan desprovista de **naderías**, hermosa como princesa de la selva. Oh Dios, un **simple** monosílabo mal dicho hubiera sido suficiente para **echarlo** todo a perder. Cómo resistir cuando ya me había **aceptado**. La envolví suavemente con mi puño guerrero. **La** saqué de su jaula y pude meterla sin mayores misterios **en** el bolsillo interior de mi chamarra. Nada más tenía que **hacer** en aquel lugar. Me despedí con los ojos del resto **de** mis amigas y salí. Malek estaba ocupado removiendo **latas** y sacos de nutrimento animal. Apenas se inmutó para **decirme** adiós mediante un gesto displicente que dejaba **al** descubierto años de vitalidad insatisfecha. Pensé que **frente** a mí estaba otro cuerpo más encubriendo la miseria **de** un hombre que sin saberlo ocultaba una vida echada **a** perder.

En aquellos tiempos era difícil granjearse alguna satisfacción inmediata. El miedo, la tristeza, el sopor, la simple melancolía podían decapitar nuestros sueños. Sin embargo, el pequeño bulto que se movía en el bolsillo interior de mi chamarra era capaz de anestesiar todas mis frustraciones. Podía, incluso, dejar de pensar en Sophie sabiéndome recompensado, pues muy pronto, al llegar al departamento, dedicaría el tiempo restante de la tarde a confortar a mi hermoso bicho sin tener que dar explicaciones a nadie. Claro, a esas horas hubiera sido una locura subirme al metro, pues mi pequeña tarántula habría sido detectada fácilmente por una maraña de sensores infrarrojos prácticamente imposibles de evadir. Así que decidí caminar hasta llegar a mi departamento.

\* \* \*

Al abrir la puerta un chiflón helado me corrió desde los tobillos hasta el asiento de la nuca. En el piso había un par de sobres sin remitente. Los coloqué sobre la mesilla del comedor y tan pronto como pude fui al patio trasero, siempre lleno de utensilios inservibles y pequeñas trampas para insectos. Levanté con extremo cuidado varios palitos de madera, cucharones, vasijas, ollas y otros cacharros de cocina que desde hacía tiempo habían estado olvidados en un rincón. Siempre me han fascinado los espacios caóticos, abandonados y mugrientos porque al paso del tiempo acaban por transformarse en pequeños paraísos donde las arañas pueden hacer felizmente de las suyas. De momento no aparecía ninguna a la vista, aunque al fondo de un bote de pintura se notaba ese tamiz tupido a manera de colchoncillo, señal inequívoca de un capullo

reciente de arañitas trébol. En esos días fríos del año las hembras suelen hacer abandonos largos del nido pues les cuesta más trabajo conseguir insectos. Entonces metí la mano en el bolsillo interior de mi chamarra hasta empuñar el cefalotórax de mi nueva inquilina. Suavemente la coloqué sobre el bote abierto de pintura. Vi cómo oliscaba comida, pues rápidamente levantó sus patas delanteras y acto seguido se escabulló hasta el fondo del bote. En esos momentos a nadie se le hubiera ocurrido esperar que una tarántula tuviera un brote de compasión hacia un capullo tierno de arañitas trébol. Mi amiga necesitaba alimento y yo simplemente la acerqué, lo demás corresponde a las leyes del azar y de la naturaleza, por lo que nadie debe atormentarse con el drama seguido de la hembra madre que regresa de su pequeña jornada y descubre a un monstruo que ha devorado todos sus críos, porque tal cosa supondría que la naturaleza obedece a principios sentimentales, cuando ya sabemos desde siglos atrás, que entre ciertas especies animales la creación persiste gracias a fuertes y contundentes impulsos de violencia y destrucción, es decir, sobrevivencia.

Yo, siempre respetuoso de la intimidad más secreta que guardan las arañas, me limité a colocar superficialmente la tapa en el bote. Nadie debe presenciar el instante preciso en que una araña engulle a su presa, porque si así lo hace, entonces su vida se verá ensombrecida por el caos y la mala suerte. En eso recordé las cartas que había dejado sobre la mesa. La primera que abrí era del Ministerio de Justicia y Afectos. Me llamaban a rendir declaración por el asunto del negro que me había empujado en plena boca del metro. Al parecer uno de los testigos presenciales, amigo del negro seguramente, había declarado que

la intención de tocar deliberadamente había sido mía. Por tanto debía presentarme ante un juez delegado del Templo Mayor a más tardar en dos días, o de lo contrario ellos procederían a arrestarme exactamente veinticuatro horas después de concluido el plazo para presentarme. Bah, esas cartas ya no me intimidaban. Acudiría y punto. La verdadera sorpresa estaba encerrada en el otro sobre. Adentro había una hoja doblada en cuatro partes. Un solo mensaje destacaba al centro de la hoja:

«El domingo a las ocho p.m. en el café París. No falte por favor. Sophie.»

Me tiré sobre el sofá temblando de emoción con la hoja en las manos y respiré profundo, porque sentí que unas manos providenciales acababan de jalarme del pantalón impidiéndome saltar al despeñadero. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido eso? Sophie, mi dulce fantasma, se las había arreglado para dar con mi domicilio sin que las autoridades universitarias le hubieran copado el camino. Por un momento, al cerrar los ojos, la vi parada tras la puerta de entrada como si hubiera regresado a comprobar si yo había leído su mensaje. Corrí a la puerta. Abrí, pero no había nadie, sólo calles vacías. Volví al sofá con la hoja en la mano. Después de leerlo un par de veces más, comprendí que aquel mensaje no respondía a una simple invitación. Había cierta urgencia en la velocidad de la escritura, un cierto tono de auxilio en la brevedad y hasta en la tosquedad con que había sido doblada la hoja. Para nadie es un secreto que cierta clase de concisión en la escritura puede provocarnos ansiedad, miedo, temor, incluso pánico. Deduje primero que Sophie estaba en peligro y que me estaba pidiendo ayuda de la única manera posible en ciertas circunstancias, ¿pero cuáles eran esas circuns-

tancias y por qué se había arriesgado tanto? ¿Acaso tenía problemas en la universidad?, ¿necesitaba pedirme algún consejo o simplemente tenía ganas de verme? No, eso no podía ser. Me despreciaba demasiado como para que eso último fuera posible. Me parecía absurdo pensar que una mujer tan hermosa como Sophie se hubiera arriesgado de aquella manera impulsada únicamente por el simple y llano deseo de verme. Cualquiera sabe que en nuestros tiempos la entrega personal de un sobre puede convertirse en un acto sospechoso de impredecibles consecuencias legales. En esta ciudad hay ojos por todas partes. ¿Acaso no hubiera sido mejor enviarme un mensaje electrónico, limpio, seguro, sin compromisos? Tal vez en esos momentos ya estaban hostigándola en algún centro de interrogatorios, aunque siempre cabía la posibilidad remota de que no hubiera sido ella en persona quien había depositado el sobre bajo mi puerta, sino alguno de esos pobres diablos que por una propina se prestan a lo que sea.

Me sentí prisionero de mi propia impotencia porque en aquellos momentos no podía hacer absolutamente nada. Ese día era viernes, es decir, faltaban cuarenta y ocho horas para ver a Sophie y hasta que no se cumpliera exactamente el día y la hora señalada, estaba condenado a guardar en mi cerebro todos y cada uno de los ramalazos de ansiedad que se fueran presentando. Entonces fui a la cocina, abrí un cajón desvencijado y hurgué hasta encontrar un cigarrillo hecho a mano. No hace falta decir que desde hacía varios años habían dejado de fabricarse los cigarrillos porque un comité de lucha ecológica había logrado la prohibición total del tabaco en cualquier lugar de la ciudad, con tal rigor en el decreto-ley, que si alguien era sorprendido in fraganti o simplemente denunciado

por la quema de un pitillo, podía pasar hasta doce meses de prisión continua. Yo, por supuesto, estaba consciente del delito, pero mi desesperación era mucho más fuerte, así que aseguré las ventanas con doble pasador, me encerré en el baño, encendí el cigarrillo y acto seguido, con la luz apagada, me puse en cuclillas para convertirme en el pequeño dios humeante de la nada. Mordí mi mano hasta sangrar. Tuve rabia, tristeza, nostalgia. Se me estaban yendo los años y yo seguía siendo la misma mierda de siempre. Lloré porque por primera vez en mi vida me sentía enamorado y acababa de descubrirlo de la manera más estúpida posible.

Tanto fracaso había hecho estragos en mi ánimo ya de por sí echado a perder, y todo por mi culpa. Entonces se me hizo claro que en esos momentos lo mejor sería castigarme físicamente, sanar o quemar de golpe todas esas heridas mal cicatrizadas que ya se me estaban llenando de gusanos. La vida siempre ha sido como una hoja de cuchillo muy filosa y todos los días temblamos de miedo porque sabemos que nos podemos cortar. Yo decidí no jugar más a las medias palabras, al susurro hipócrita de los bienaventurados ¡Jódete de una vez Samuel! Así que me conseguí entre los trastos guardados un pequeño frasco de vidrio. Fui hasta la guarida de mis preciosas amigas. Levanté un plato de barro que yo había colocado a manera de escondite. Ahí estaban. Con un palito fui empujando una pequeña viuda negra hasta la boca del frasquito de vidrio. Lo tapé, fui a mi cama, desabotoné mi camisa, me puse un trapo en la boca y apreté el pomo abierto contra mi abdomen. Ahh... cuántos minutos pasaron antes del dolor: uno, dos, a lo sumo tres. De pronto sentí como si un punzón caliente abriera mi carne. Granos de sal derri-

tiéndose bajo los pliegues calientes. Dios mío, voy a morir, me dije, ¿por qué me dejaste hacer esta estupidez? Mordí el trapo. Me aferré con uñas de perro a las sábanas y volví a maldecir contra todo el mundo. Escupí el trapo y lancé putas al aire. Dejé caer el frasco al suelo y por primera vez en mi vida maté a una viuda negra de un puñetazo. Puaff... Sentí asco, náusea. Tan repugnante se veía esa argamaza de sangre y viscosidad amarilla embarrada en mi vientre. Yo estaba muerto, vivo, herido de muerte como los viejos sifilíticos abandonados a la orilla del mar.

Nadie vino a curarme. Dos noches pasé colgado de las estrellas. Me volví náufrago en mi propia cama. Natas de fiebre se habían esparcido por todo el cuerpo. Náuseas acompañadas de calambres en las piernas. Grité muchas veces, llamé a los monstruos que mordisquean el alma. De mi boca saqué un montón de pájaros y serpientes desgarradoras. A ratos entraba en sueños abismales, llenos de comida fría, tabernas oscuras y seres desnudos que pronunciaban mi nombre mientras se revolcaban en el fango. Cuando tuve ganas de orinar me incorporé de la cama dando tumbos, pero el baño se había transformado en un sitio demasiado lejano, a tal grado que antes de llegar perdí dos veces el control y la orina se me escurrió hasta los tobillos. Tuve que limpiarme con trapos sucios y luego, para colmo de males, vomité repetidas veces un líquido amarillento y fétido cuyo ácido sabor me quemaba la boca. Regresé a la cama derrotado. Me hundí en aquel colchón lleno de piojos a fornicar con mi almohada. Pero nadie podía oír mis gritos porque un enredijo de alambres, garras, púas y dientes afilados trataban de hundirme en el caos. Nunca antes me había sentido tan miserable, tan infecto. Aquel piquete de viuda negra me había con-

vertido en una especie de orangután herido que vive al fondo de un albañal.

Sin embargo llegó el domingo. Cuando desperté no podía abrir los ojos de tan hinchados. Apenas podía moverme. Era como si un ejército de adolescentes hubiera descargado sus furias contra mi espalda, brazos y piernas. En realidad experimentaba los estragos de un sueño pesadísimo, similar al de un minero que despierta en su cama después de haberse partido el espinazo día y noche picando piedras bajo tierra. En el espejo del baño vi un monstruo desgredado. Tenía la lengua llena de puntos amarillos. Los labios estaban resecos. En mi cabeza flotaban círculos verdes. Aún me sentía mareado. Volví a la cama y dormí a pierna suelta, de un solo tirón hasta bien entrada la tarde. Esa vez desperté mejor, mucho mejor. Salté de la cama y recorrí descalzo el departamento en busca de alimento fresco. Devoré todo lo que encontré en el refrigerador: carnes frías, leche, un par de huevos revueltos y dos latas de coca-cola. Finalmente eructé, fui al baño y bajo el chorro caliente de la regadera volví a este mundo.

Llegué al café París cinco minutos antes de las ocho. Los últimos estragos de la resaca se diluyeron enseguida. Un guardia pretoriano de la hermandad sur custodiaba la puerta. Recuerdo que su levita negra borlada con insignias militares me causó una agradable sensación de seguridad. Cuando entré, el hombre se inclinó levemente hacia mí, lo cual me pareció un cumplido excesivo y hasta cierto punto sospechoso. Adentro también percibí algo extraño. Ciertas personas se mostraban descaradamente alegres. Vivaqueaban ostensiblemente moviendo manos y ojos como si hubiesen regresado de un campamento feliz.

Incluso, por ahí escapaban murmullos de risas liberadas de su madriguera. Todo eso me desconcertó y al mismo tiempo aumentó mi ansiedad, pues pasados unos minutos, Sophie no se veía por ningún lado. Seguramente vendría en camino con las manos en el tubo del metro pensando tal vez en mí. Esa pequeña imagen cobró tanta fuerza en mi cabeza y volvió el hecho tan intenso, que en un momento decidí que si no llegaba la esperaría hasta medianoche.

Allá vi una mesa libre junto a la calle. Me senté y de inmediato vino un mesero. —Espero a alguien—, dije como para quitármelo de encima. Pero ya mencioné que esa noche todo parecía inusual en el café París, así que no debí extrañarme cuando el mesero inclinó su cabeza y me preguntó casi al oído:

—¿Hombre o mujer?

En otras circunstancias aquella pregunta no hubiera tenido mayor importancia, pero a esas horas del día y en un lugar público, adquiría cierto matiz de impertinencia que no deseaba tolerar.

—No se ofenda caballero. Es sólo que hoy cumplimos veinte años y el Ministerio de Afectos nos ha concedido una prerrogativa especial. De ahí mi pregunta.

Yo, todavía sin entender, le repliqué un tanto enfadado.

—Pues explíquese mejor, buen hombre.

Enseguida sonrió y volvió a inclinarse hacia mi oído.

—Mire usted. Desde ayer sábado hasta el día de hoy a las doce de la medianoche, este café queda exento de observar el reglamento contra el roce de los cuerpos, ¿se da cuenta?

Claro, seguro, cómo no iba a darme cuenta. En ese

lugar Sophie podía ser acariciada, besada incluso. Sonreí complacido y el mesero se alejó dejándome sumergido en un mar de felices elucubraciones. Después de todo se me hacía evidente que Sophie debía estar al tanto de aquella prerrogativa concedida al café París. Aún más, en esos momentos nada me hacía dudar. Ella había dispuesto las cosas intencionalmente de esa manera: la hora, el lugar, ese levantamiento de murallas absolutamente clandestino. ¿Acaso después de tantos fracasos una llave de plata me había sido obsequiada y tal vez había dado con la puerta correcta? Pronto lo sabría.

Treinta minutos pasé sumergido en pequeñas fantasías hasta que por fin ella entró al café. Dios mío, la sangre se me vino a la cabeza, pues no parecía ser la misma estudiante sencilla y melancólica de todos los días, no. Hacia mí se acercaba una mujer mucho más hermosa y decidida. Pelo suelto, vestido negro, ajustado y falda corta más allá de los límites constitucionales. Pero sobre todas las cosas me impresionó esa crema brillante en los labios que invita, no a las simples y vanas conversaciones del mundo, sino a la práctica de algo infinitamente más interesante y peligroso: el deseo.

Lo sé, no es fácil describir ese golpe a los sentidos, cuando de buenas a primeras descubrimos un cambio drástico en la apariencia total de una persona, y más cuando se trata de alguien tan reservado y rutinario en su manera de vestir como lo era Sophie. Ahora bien, ¿cómo explicar lo que en esos instantes atravesó por mi cabeza? Miedo, curiosidad. Ganas de no preguntar nada, simplemente tomar su cabeza y besarla delicadamente en los labios. Se veía preciosa con su cabello suelto y la ropa un tanto ajustada. Sören Kierkegard afirma que cuando una criatura joven

e inocente acude a una cita de amor, siempre se precipita como furiosa. Y en efecto, mi dulce amiga había llegado hasta donde yo estaba, un tanto sofocada por la premura y los nervios de quien se sabe a punto de ser sorprendido in fraganti por una falta. Inmediatamente se sentó como si quisiera pasar desapercibida, pero al hacerlo, un perfume absolutamente delicioso manó de su cuerpo y yo experimenté ese cosquilleo en el bajo vientre que tarde o temprano causa estragos en todo enamorado reprimido.

—Le ruego disculpe mi tardanza, profesor.

Debí haberme turbado como adolescente ante una mujer de verdad cuando sentí que los ojos azules de Sophie me miraban fijamente.

—Bah, no se preocupe señorita Sophie. El mundo debería estar hecho para esperar un poco, ¿no cree?

—Sí, lo creo.

Aquel asentimiento me agradó sobremanera, pues lo tomé como una tímida declaración de complicidad.

—Escuche, preste atención al estribillo de esa canción. Hace apenas unos meses estaba prohibida en todos los rincones de París. Hoy, a las doce del día, un locutor de Radio France la incluyó en la lista de canciones liberadas por el Ministerio Ultra de Educación. Lo ve, nuestra paciencia y tal vez el destino han obrado para que podamos escucharla en este lugar sin temor a represalias. En el fondo todo es cuestión de esperar.

—Sí, tiene usted razón profesor. Yo también he debido esperar mucho tiempo a fin de obtener una milésima parte de mis deseos.

Aquella revelación llena de resentimiento me provocó un mar de incertidumbres. Hubiera deseado inquirirla de inmediato a fin de abrir cerrojos, pero rápidamente me

contuve. Aún no era el momento. Sophie era una chica en extremo reservada y yo, fiel a mis principios, debía respetar sus silencios como si en ello me fuera la vida. De hecho ambos permanecemos sin hablar durante un rato, hasta que la voz de un mesero vino a romper ese hielo vergonzoso. Yo pedí una cena ligera. Sophie rechazó todo alimento y se limitó a un café con galletas almendradas. Aquí debo decir que durante los días previos a ese encuentro, yo había delineado en mi mente una serie infinita de detalles que, desde mi egocéntrica visión, servían únicamente para convencerme de que tal vez a ella tampoco le desagradaría enamorarse de alguien como yo.

Admítelo Samuel Vacuitis, ¿acaso aquellos ademanes dulces no provenían del amor oculto? Sus miradas esquivas hacia los transeúntes de la calle, ¿acaso no eran impulsos eléctricos provenientes de la culpa y el remordimiento? ¡Que otra cosa puede ser!, díganme, ¿alguien puede decírmelo? Nadie, sólo yo y mis estúpidas suposiciones. Cuán lejos estaba de la verdad. A veces los hombres somos tan arrogantes, tan incapaces de alejarnos de nosotros mismos con verdadera sencillez, que en el momento menos esperado podemos cometer la mayor estupidez sin apenas darnos cuenta de ello. Digo esto porque al dar rienda suelta a mis comentarios banales yo estaba actuando como un perfecto imprudente. Creía tener el poder de seducirla con mis historias cuando en realidad la estaba desesperando terriblemente. Desde aquel instante en que había abierto el sobre misterioso y había leído el mensaje de Sophie citándome en el café París a las ocho de la noche, ni siquiera por asomo se me había ocurrido pensar que no eran delirios de amor lo que urgía de aquella manera a mi dulce alumna, sino algo mucho más importante y apre-

miente, que en medio de mi frívolo parloteo me calló en la cabeza como un cubetazo de agua fría.

—Profesor Vacuitis, voy a morir dentro de poco.

Me quedé paralizado. Las palabras de Sophie restallaron en mi cabeza duras y martillantes como si hubiera escupido cientos de clavos dirigidos al centro de mi lengua. Ni siquiera pude articular palabra, pues en un segundo comprendí en toda su dimensión el tamaño de mi torpeza.

—Estás bromeando, ¿no es así?

Ella inclinó la cabeza para no verme. Sus dedos pellizcaban la punta de una servilleta con rabia contenida y yo sabía como nunca lo he sabido antes que en esas pequeñas descargas de electricidad emocional, ella me estaba implorando, desde lo más profundo de su corazón, que hiciera algo para comprenderla y para reconfortarla. ¿Pero cómo?, ¿cómo debía actuar?, si durante toda mi vida yo había cultivado el penoso arte de ser atolondrado ante las mujeres, y precisamente en esos momentos de tanta necesidad me estaba sintiendo más invadido que nunca por el virus de la ingenuidad y la torpeza.

—Vamos, dígame algo señorita Sophie.

Fue lo único que pude sacar de mi boca.

Levantó el rostro y la vi llorar. Parecía tan vulnerable.

—Cuando menos apriete mi mano. Se lo suplico profesor.

Entonces lo hice. Por primera vez en muchos años rompí ese ayuno del tacto. Extendí mi mano y envolví la suya de la manera más delicada posible. Fue tan límpida, tan cálida esa experiencia que me sentí cubierto de fosforescencias.

—Quiero contárselo todo. Pero no aquí. La gente me da miedo.

Salimos. Ni siquiera hubo tiempo de probar el primer plato que el mesero había puesto en la mesa. Debo admitir que mientras abandonábamos el café, un sentimiento de frustración empezó a apoderarse de mí, pues en la vía pública no podría envolver su mano con la mía por más que lo deseara. También me sería imposible acercar mi rostro al de ella y mirar fijamente sus diminutas pupilas azules, ni podría percibir el perfume de su aliento como lo había hecho apenas unos minutos antes.

Ella, sin lugar a dudas, debió darse cuenta de mi frustración, pues inmediatamente asumió una actitud condescendiente y empezó a quejarse de una manera un tanto extraña por el clima tan raro que había descendido esa noche sobre las calles de París, de tal manera que mediante alusiones vagas me dio a entender que a la menor oportunidad regresaríamos al mismo café y de ser posible volveríamos a sentarnos en la misma mesa.

¿Pero cómo podía ser yo tan egoísta? ¿Cómo podía dedicar tanta importancia a mis deseos cuando esa chica tan dulce y melancólica me acababa de decir que estaba a punto de abandonar este mundo? Aún hoy, cuando vuelvo a esos instantes, me invade la misma sensación de repudio y asco hacia mi persona.

\* \* \*

Caminamos en dirección a la *cité*. Ninguno de los dos hablaba. Parecíamos dos extraños enredados en esa grave dificultad de no saber por donde empezar cuando la vida se nos quiere salir por la boca. Recuerdo la atmósfera solitaria de aquella noche. Nunca antes me había percatado de la cantidad de edificios derruidos y abandonados

que hay por las calles de París. El ruido de unas máquinas excavadoras y el trasiego de los mendigos harapientos me hizo pensar en todo ese magnífico esplendor del que hablan los libros obligatorios para niños, que reparte el Ministerio para el Orden Académico. Ahí se explica con lujo de detalles cómo es que Francia llegó a ser, durante mucho tiempo, un Estado poderoso como ningún otro en el mundo. Casas brillantes, edificios majestuosos, jardines espléndidos, hombres y mujeres robustos, bien alimentados y sin remordimientos de culpa. Todo eso había formado parte del mismo paisaje que mis ojos contemplaban, y mientras caminaba al lado de Sophie trataba de reconstruir mentalmente la apariencia de aquella clase de gentes. ¿Cómo habrán sido? Seguramente sonreían a causa de cualquier tontería. Se gastaban bromas en el metro. Podían comer trozos de carne hasta que les doliera la barriga. ¿Podían acaso besarse en las calles y en las plazoletas públicas sin ser sancionados? ¿Cuántas horas podrían dormir de un tirón aquellos hombres? ¿Cuántos cafés y cigarrillos podrían disfrutar al día sin ser requeridos por el Ministerio de Justicia y Afectos? Cuántas cosas...

Pero en esos momentos el mundo parecía totalmente distinto. Las casas, los edificios, las calles. Todo estaba impregnado por una suerte de oscuridad fantasmal. Únicamente Sophie parecía un ser vivo de verdad. Seguimos caminando hasta llegar a una pequeña plaza en forma de media luna. Nos detuvimos a contemplar las cabezas cortadas de los músicos representados en las estatuas.

—¿Hacia dónde seguimos?

—Vamos hacia allá, hacia el Sena.

Unas cuantas personas deambulaban a esas horas. Cierta neblina espesa había descendido. No muy lejos

algo grave debió haber ocurrido, pues no dejaban de escucharse los aullidos de las sirenas policiales y de las ambulancias. París había dejado de ser una ciudad segura. Sentí miedo porque sabía muy bien que cualquiera podía ser asaltado por algún traficante de corbatas, libros o zapatos. Para ellos se trataba de mercancía muy cotizada y fácil de vender a precio de oro en ciertos países de África. Aunque todo el mundo sabía que lo más peligroso era toparse con alguno de esos esbirros empeñados en conseguir un cigarrillo que luego fumarían plácidamente entre el hedor a orines de algún puente abandonado. *Le Matin* informaba cada ocho días de personas golpeadas e incluso apuñaladas por negarse a compartir una cajetilla de Marlboro. Aquellos *malfhuzos* estaban siempre bien armados. Usaban sensores de tabaco a pesar de que muy rara vez alguien se atrevía a llevar consigo algún cigarrillo, y más a esas horas de la noche. Si no detectaban nada maldecían contra nuestra madre, se alejaban y punto. Pero si alguno de sus aparatos daba con el más mínimo residuo de tabaco, entonces ponían el cuchillo en el cuello y daba inicio un acoso insostenible de preguntas. Les interesaba saber dónde, cómo, cuándo, en qué lugar exactamente había sido fumado ese cigarrillo, quién había sido el maldito proveedor, etcétera. Muchos de ellos eran reincidentes empedernidos, cómplices de guardias pretorianos que encontraban en ellos una fuente segura y discreta de suministros a bajo precio. Mercado negro a la vuelta de la esquina y sin demasiadas preguntas. Esa era la consigna. Ahora bien, todos queríamos saber por qué un Estado hiperdemócrata como el nuestro permitía esa clase de corruptelas policiales. Lo más absurdo del caso era que de una forma o de otra, todos estábamos enterados. Incluso, no hacía mucho tiempo,

se habían descubierto en un cuartucho de hotel numerosas fajas de tabaco en hoja, perfectamente flejadas y bien enrolladas, que habían sido embarcadas en algún puerto de Camboya. La noticia fue un reguero de pólvora en todo el país, sobre todo cuando se demostraron las implicaciones de varios guardias allegados a las altas esferas del Tribunal Mayor.

De pronto Sophie me detuvo.

—Profesor, ¿le parezco una mujer enferma?

—No, en absoluto. Me parece usted una persona bien dispuesta.

¡No, no debí haber dicho eso! Vaya estupidez. Ni en su rostro, ni en su ánimo había evidencias claras de una persona «bien dispuesta».

—Disculpeme, acabo de decir una tontería.

—Vamos, ¿acaso me veo tan mal?

Sus palabras las acompañó de un ademán extraño, como si deseara desprenderse de algo molesto.

—Oh, claro que no. Yo me refería a otra cosa.

—Bueno, no se preocupe. Ahora sentémonos en aquella banca del parque y escúcheme sin decir nada. Prometa que no me interrumpirá ni una sola vez hasta que haya dicho todo lo que debo decir. ¿Lo hará?

Levanté mi mano y dije, lo prometo.

Nos sentamos en una banca cubierta de hojarasca. Se revolvió el pelo y miró hacia el horizonte bañado de luces y neblina.

—Todo empezó hace dos años. Mis padres habían salido de viaje a Venecia. Se les veía muy ilusionados porque después de penosas diligencias, finalmente habían obtenido un par de salvoconductos para salir y entrar de París sin mayores contratiempos. Yo los abracé. Nos besa-

mos y lloramos emocionados porque después de todo iban a gozar de un viaje maravilloso y muy codiciado por muchos compatriotas. Recuerdo el rostro nervioso de papá mientras nos apuraba casi a gritos, diciéndonos a mamá y a mí que dejáramos nuestras mutuas recomendaciones para después, ya que el camino a la estación de trenes debía estar intervenido cuando menos por dos retenes militares. En efecto, la ciudad estaba sitiada por soldados enemigos de Marsella y Montpellier. Dos veces, en una misma semana, se habían convertido primero en ciudades rebeldes y luego, inmediatamente después, en ciudades fidelísimas al Tribunal Mayor de París. Por las calles iban y venían los soldados. Había tanquetas por todas partes. Ráfagas de disparos, heridos en las aceras, francotiradores apostados tras las ventanas. Aunque yo, al igual que usted seguramente, no me preocupaba demasiado porque sabía que la ocupación terminaría como en otras ocasiones, después de una semana de ruidosas escaramuzas y sesiones interminables de negociaciones políticas que se transmitirían a todo pulmón desde Radio France.

»De hecho la vida seguía su curso. Nadie parecía especialmente alerta o temeroso a causa de los problemas que pudieran ocasionar aquellos jóvenes armados con bayonetas inservibles. Teatros, salones, cafés, salas de concierto, cines. La gente seguía divirtiéndose incluso con más euforia que en las semanas de paz. Yo misma tenía pensado ese día tomar un baño caliente, maquillarme, vestirme y salir como siempre a la universidad. Sólo una clase estaba anotada en mi calendario escolar. Yo había escrito el nombre de una persona en el recuadro correspondiente al aula 525, y ese nombre era precisamente el de usted: profesor Samuel J. Vacuítis.

»Así que puse manos a la obra. Me bañé, maquillé mi **rostro**. Me hice un peinado caprichoso y pinté mis uñas **de un** color muy tenue. Discreción y belleza van siempre **de la** mano. Deseaba, tal vez sin proponérmelo abiertamente, agradar a todo el mundo. Incluso le confieso que **me** atreví a poner un poco de carmín brillante y cremoso **en** mis labios, lo cual como usted sabe puede ser motivo **de** expulsión en clase. ¿No le hubiera molestado verdad? **Refunfuña** usted mmm... Vamos, no debe escandalizarse, **pues** eso nunca llegó a suceder, porque justo cuando ya **me** disponía a abrir la puerta de la calle para salir, sonó el **umbr**e. Afuera se oían voces y risas. Le juro que un escalofrío de pánico me recorrió la espalda cuando me di cuenta **de** que aquellas risotadas sólo podían provenir de soldados. ¿Pero qué había hecho yo? ¿Por qué habrían de tener motivos para venir a buscarme? ¿Acaso no vivíamos en un país libre y civilizado? Mis pensamientos se agolpaban en mi cabeza dejándome paralizada. Realmente no sabía qué hacer, aunque afuera ellos siguieran oprimiendo el botón del timbre con violenta insistencia.

»Finalmente decidí abrir, pero apenas había girado un poco la perilla cuando ya unas manos llenas de tierra **empujaban** la puerta con tanta fuerza que sólo pude **hacerme** a un lado. Tres soldados sucios y desgarrados **entraron** sin decirme nada. Inmediatamente pasearon por **el** salón, las habitaciones y el baño. Uno de ellos, aparentemente el de más edad y jerarquía, se me acercó y me puso **su** rostro así de cerca, como para que yo me diera cuenta **de** la terrible vida que había detrás de aquellos ojos inyectados en sangre y de aquel aliento apesadoso a tabaco y alcohol. Volteó y les dijo a sus compañeros que por fin habían **dado** con una mujer de verdad. Los tres empezaron a reír

de nuevo. Por supuesto yo no dije nada. ¡No podía decir nada, por Dios! ¡Estaba tan aterrorizada!

»Ustedes los hombres jamás podrán entender cabalmente las verdaderas dimensiones de ese miedo porque a ustedes no los pueden ofender igual que a nosotras. No ponga esa cara profesor. Compréndame. Imagine lo que sentí al ver que aquellos tres soldados, fuera de todo control en mi departamento, de pronto empezaban a acercárase lentamente y yo les imploraba que por favor me dejaran en paz, que yo nada les había hecho, que tuvieran consideración, pues estaban en casa de una mujer sola, etcétera. Traté de escapar. Intenté zafarme de aquellos cerdos. Pero uno de ellos me tomó de los hombros y me aventó al sofá. Entonces vino lo peor. Porque mientras dos de ellos me sujetaban por ambos lados, el jefe, lleno de lascivia, empezó a recorrer mi cuello con su asquerosa lengua. Nunca, se lo juro, había experimentado esa clase de humillación tan confusa y tan cruel en sí misma. Deseaba morirme. No quería estar ahí por nada en el mundo. Aquella viscosidad, el hedor mezclado con el sudor y la fuerza bruta de aquel animal me producían un asco indescriptible. Y créame, por todos los demonios, que si en esos momentos hubiera encontrado el más mínimo resquicio para escabullirme, ni siquiera lo hubiera dudado. Pero cuando la impotencia del cuerpo es tan grande, ¿qué pueden hacer nuestros pensamientos? A ellos también les llega una descarga súbita de veneno cuyo poder paraliza, mata, entorpece cualquier voluntad.

»Por mi cabeza desfilaban múltiples escenas de mi vida, raudas, veloces, cargadas de tremenda vivacidad, como si de pronto en una milésima de segundo hubiera vuelto a vivir en cada una de ellas. Voy a morir, me dije una y mil

veces, voy a morir. Debí gritar, arañar, morder, vociferar, porque no conforme con habérseme echado encima, aquella bestia inmundita trataba de apoderarse de mis bragas. Al mismo tiempo su lengua desesperada empezó a buscar mi boca, oh Dios qué asco, y no hubo poder humano que impidiera su cometido. Entonces, aferrada por la cola del instinto que nos urge a vivir, sentí que se me presentaba una sola oportunidad, de tal manera que me aflojé. Dejé que aquel marrano de mil demonios jugueteara con su lengua dentro de mi boca. Pero cuando él menos lo esperaba, apreté mis dientes sobre aquel músculo inmundito con todas mis fuerzas, y créame que hasta el día de hoy no sé si llegué a desprenderlo. ¿Por qué sonrío usted? ¿Acaso tal cosa tiene gracia? No se imagina cuánto sufrí en esos momentos. Aquel soldado empezó a dar gritos enloquecidos y a revolcarse en el suelo como poseído por el demonio. Su boca estaba llena de sangre y la mía también. Imagínese usted la escena. De seguro van a matarme, pensé. Van a tomar venganza de la manera más terrible como yo había oído que hacían con sus agresores de guerra.

»Pero afortunadamente para mí los acontecimientos no se precipitaron de aquella manera. Los otros dos soldados parecían haberse olvidado de todo al ver la gran cantidad de sangre que manaba por la boca del amigo. Supongo que un rayo de razón les había hecho entender que yo únicamente había actuado en defensa propia. Me pidieron un trapo. Yo señalé hacia el baño. Uno de ellos fue rápido, trajo una toalla y lo envolvió a manera de bozal. El otro, que tampoco decía nada, se me acercó y lanzándome una sonrisa irónica sacó de su bolsillo interior una carta que me arrojó a la cara. Los tres caminaron hacia la salida y se fueron sin decir nada. Yo, todavía fre-

nética y temblando de pies a cabeza, me precipité bruscamente hacia la puerta. Cerré con fuerza. Eché todos los cerrojos del mundo y me solté a llorar durante horas como nunca lo había hecho en mi vida.

»Espere, espere, aún no he terminado. Si usted sospechaba que después de aquella humillación terrible ya nada más debía sucederme, se equivoca. En realidad no había pasado nada, pues aquella vejación, mi rabia, mi vergüenza y el miedo terrible que me habían ocasionado aquellos tres soldados, no podía compararse con la noticia que a punto estaba de leer. La Sociedad Médica de Asuntos Humanos me hacía llegar, a través de un medio tan cordial y eficiente, como según ellos era el servicio militar de correo, los resultados de mi último examen aplicados con toda puntualidad a mi sistema inmunológico. Ahí decía con todas sus letras que desde hacía unos meses mi organismo estaba habitado por un virus demasiado destructivo para el sistema inmunológico de un ser humano, dada su extraordinaria capacidad mutante y la feroz voracidad con que destruye cualquier defensa natural del cuerpo. «Mucho lo sentimos señorita Sophie P. Daren, pero ante casos como el suyo la ciencia médica está literalmente atada de manos. Hemos calculado para usted un promedio de tres meses de vida». A continuación escribieron para mí una secuencia minuciosa de los síntomas, los achaques, las manchas, la pústulas y los dolores que deberían ir manifestándose en mi cuerpo. Al final de la carta, nada, ni una recomendación, ninguna instrucción. Tan solo un cordial saludo de sus amigos preocupados siempre por la salud de los ciudadanos.

»Eso fue todo. Miserables. Cuánto los odio con toda mi alma. ¿Por qué me anunciaron mi muerte y luego han

seguido torturándome con más y más cartas?, algunas con sus estúpidas frases de pretendido pesar y otras repletas de minuciosos pronósticos sobre el estado de mi enfermedad. Yo sé que me vigilan día y noche. Me observan para saber cómo, cuándo y dónde seré capaz de contagiar deliberadamente a alguien ¿Sabe usted lo que eso significa? No, no lo sabe, ¿por qué iba usted a saberlo? No tema, ¿por qué pone esa cara? Seguramente usted también es como los demás, piensa que detrás de mis palabras pretendo devorarlo, inmiscuirlo, enfermarlo de algo terrible. No, no es verdad, ¿cómo puede usted pensar algo semejante? Para su tranquilidad déjeme decirle que sólo hay una forma posible de contagio y eso nada más puede ocurrir en la intimidad de un lecho, cuando dos personas se aman profundamente. ¿Acaso alguna vez en su vida usted ha amado profundamente? No, creo que no. En su mirada veo cenizas de todo, menos de amor.

Me vi obligado a interrumpir.

—Dígame, ¿qué hizo después de haber leído la carta?

—Me lavé la cara en el baño y miré mi rostro descompuesto por el llanto, las babas y la sangre embarrada en mi boca. No sé cuánto tiempo estuve mirándome al espejo. Estás enferma, me dije, pronto empezarás a degradarte como un miserable mendigo. Tu cuerpo se irá corrompiendo. Apestarás. Darás lástima. Tendrás que vivir encerrada, metida en un cuarto oscuro donde nadie pueda ver ni oler tu carne llagada y maloliente a sudor, mugre y pus. Serás un monstruo, Sophie.

Entonces se llevó las manos a la cara como para ocultarse de la infinita tristeza que manaba de sus lágrimas. En esos momentos sentí que una sola palabra de ternura hubiera bastado para aliviarla un poco. Pero yo, ser

egoísta, retraído hasta los huesos, no fui capaz de otorgarle ni siquiera un gramo de sincera compasión, aunque fuera una palabra que le demostrara mi solidaridad hacia su dolor. Antes bien, me porté como el más vil de los canallas. Permanecí como un idiota, de pie junto a ella, sin decir nada, sin hacer nada. ¿Por qué?, no lo sé, simplemente eso fue lo que hice.

Válgame, cuánto daño hemos hecho al mundo los taimados. Muchas veces he tratado de excusar mi cobardía frente a Sophie, arguyendo para mis adentros que en esos momentos debía haberme preocupado en extremo ante la posible presencia de algunos *malfhuzos*. ¿Acaso no se oían sirenas de ambulancia calles abajo? ¿Por qué algunas personas pasaban a toda prisa por la misma calle donde nos encontrábamos? Debí comportarme como un pez muerto cuyo ojo se hunde para mirarse a sí mismo. Junto a nosotros había una banca de piedra. Sophie se sentó.

—Profesor, aunque no diga usted nada, por lo menos siéntese un rato junto a mí.

Obedecí. Dócilmente me senté junto a Sophie, más temeroso que complacido, pues ya una serie de ruidos y movimientos extraños me indicaban la cercanía del peligro. Ella sacaba de su bolso un pañuelo para secarse las lágrimas. Pero en esos momentos de nada le sirvió mi cercanía en aquella banca. Volví a decepcionarla. No dije nada. Me hice ovillo y a pesar de maldecirme por ello me metí en la concha negra del mutismo. Además, cómo explicar esa sensación de rabia y vergüenza bulléndome en el vientre. Era como si un tropel infinito de bichos hubiese carcomido mi lengua y con ella toda la voluntad de mis nervios, pues cualquier intento que hacía por decir algo, inmediatamente adquiría categoría de absoluta

estupidez, de tal manera que las palabras permanecían rumiantes entre mi lengua y dientes, a lo sumo como simples y diminutas migajas de pan. ¿Cómo paliar su dolor?, me preguntaba, si para ella todo está resuelto y ni el mejor de los discursos podrá modificar un ápice la dirección de su destino. Sophie va a morir y yo no puedo remediarlo. Eran esas las únicas palabras que cabían en mi cabeza.

Y sin embargo hice algo. No sé cómo pero lo hice. Giré mi rostro hacia el de ella y la besé en los labios con toda la dulzura que me era posible. Sophie sonrió y me miró a los ojos llena de gratitud. Enseguida su mano tibia cubrió mis párpados y durante unos brevísimos instantes sentí que ambos éramos atravesados por una ráfaga de prístina felicidad. Ni siquiera nos percatamos de la grave falta que estábamos cometiendo. Sophie me abrazó en busca de refugio. Recargó su cabeza sobre mi hombro.

—Quédese así profesor, se lo suplico. No se imagine cuánto me alivia su hombro.

Y repitió, casi como en susurro, las siguientes palabras de Duparc: «Hay ese otro abrazo que es un enlazamiento inmóvil: estamos encantados, hechizados: estamos en el sueño, sin dormir; estamos en la voluptuosidad infantil del adormecimiento».

Yo permanecí completamente inmóvil, asustado, sintiendo una extraña felicidad interior. Por primera vez en mi vida estaba cometiendo un delito sin arrepentirme, por un carajo. Entonces surgió una voz potente desde mi interior diciéndome, quédate, búscala, no te detengas porque ella es, y si ya la has encontrado, maldita sea, entonces bien vale el sacrificio aun a costa de tu insípida libertad.

En efecto, a los pocos minutos un automóvil pretoriano se detuvo frente a nosotros. Dos hombres perfectamente

uniformados descendieron a toda prisa y se dirigieron hacia donde estábamos sentados. Sophie me apretó aún más contra su cuerpo y al mismo tiempo acercó sus labios a mi oído para decirme de prisa lo valiente y amable que me había portado con ella.

—¿Pero qué diablos pasa aquí! Esto es absolutamente inmoral. Quedan arrestados en nombre del Ministerio de Justicia y Afectos. Aver, usted, rápido, dese la vuelta. Manos atrás, bien visibles y contra la cintura. Señorita, sus manos al frente. ¿Qué hace? ¿Por qué escupe contra el piso? Está usted metiéndose en problemas mayores. ¿Acaso le gusta la prisión, eh? Tienen derecho a permanecer en silencio hasta que un abogado vele por sus intereses. Ahora suban al auto, ambos al asiento de atrás y cada uno bien colocado en su celdilla contra roces del cuerpo.

Y fuimos llevados a un edificio en ruinas, donde habríamos de ser enjuiciados y procesados por atentar en plena vía pública contra el orden moral y civil de los parisinos. Sin embargo, no había en mi cabeza lugar para la tristeza mercenaria. Sophie, separada de mí en el asiento por un guardia pretoriano que también parecía enjaulado en su pequeño compartimento, estaba condenada a morir dentro de poco tiempo y eso me parecía la cosa más triste del mundo. Aunque al mismo tiempo sentía pequeñas púas de remordimiento y culpa clavadas en mi frente, pues acaso estaba comportándome como un embustero de mierda al dolerme, no desde la auténtica solidaridad, sino desde el egoísmo de quien se siente a punto de perder lo poco que ha ganado.

¿Pero acaso yo había ganado algo? La respuesta me fue regalada más adelante, mientras el auto policial se deslizaba a toda velocidad entre avenidas repletas de

luces y anuncios luminosos. Sophie me sonrió tras la nuca del pretoriano. Entonces comprendí que sí había ganado algo, tal vez mucho más de lo que en esos momentos mi agotada imaginación podía comprender.

\* \* \*

Aquella noche Sophie y yo fuimos llevados a la Prisión Oriente del Supremo Tribunal del Templo Mayor. Luces, bullicio de autos, formas difusas moviéndose fantasmalmente tras el cristal empañado por el vapor de lluvia. Afuera todo sigue igual, dije para mis adentros. No estaba preocupado, ¿por qué debía estarlo? Sería como en otras ocasiones. Las preguntas de siempre, cuestionamientos, miradas oscuras, algunas indulgentes, otras indiferentes; la mayoría reprobatorias. Enseguida vendría la ceremoniosa lectura del veredicto y finalmente otras tantas noches de sueño y aburrimiento en una celda aséptica. Recliné lo mejor que pude mi nuca en el asiento y traté de dormir pensando únicamente en la sonrisa de Sophie. Un crujir de fierros, candados y cadenas arrastradas me volvió a la realidad. Era el inmenso portón de la prisión abriéndose lentamente frente al auto policial. Traté de accionar el botón para bajar la ventanilla del auto, pero estaba atascado. En eso, un mar de confusión y órdenes se produjo a nuestro alrededor. Varios guardias se agolpaban muy cerca de la patrulla. Discutían acaloradamente agitando las manos en sentidos opuestos. Uno de ellos montó en cólera y soltó un manotazo al auto. Desde adentro era imposible oír. ¿Ocurre algo?, pregunté al *chauffeur*, pero no me contestó, únicamente esbozó una sonrisa siniestra y volvió a acomodarse su gorra.

Fue hasta ese momento cuando empecé a sospechar que las cosas no iban bien. Pobre Sophie, debía sufrir mucho con todo aquello. Había tanto ruido, luces de reflectores dando vueltas, voces encontradas a nuestro alrededor. Ninguno de los dos sospechábamos siquiera lo que acababa de suceder. Pocas horas antes de nuestra detención la prisión se había sacudido a causa de una fuga reprimida. Tres reos habían logrado hacerse de cuchillos, desarmadores y otras armas punzantes. Mataron a dos guardias y de no haber sido por un ínfimo error de cálculo, probablemente nos hubiera tocado presenciar la última odisea de tres héroes nacionales. Imagínense cuánta valentía, cuánto desafío. Picar a dos hombres uniformados en plena penitenciaría, ocultar los cuerpos, cambiarse de ropas, huir, escabullirse, librar tres niveles de seguridad. Simplemente maravilloso. Aún ahora, cuando recuerdo los cuerpos de aquellos tres héroes colgados en el patio penitencial, me siguen llegando ráfagas de miedo mezcladas con un sentimiento profundo de admiración y respeto.

Por primera vez mis ojos acudieron al llamado de la muerte. Nada de sutilezas ni de ridículas melancolías. Eran tres cuerpos de seres humanos colgados de un travesaño giratorio justo al centro del patio mayor, de tal manera que podían ser contemplados para escarmiento de todo el mundo, casi desde cualquier punto de la prisión. Mi amiga y yo los vimos mientras éramos conducidos a través de un pasillo que parecía no tener fin. Tenían los rostros amoratados y las lenguas salidas como hebras rojas, ávidas de agua.

Imposible sustraerse; el miedo es una cosa negra, atroz, que siempre está dispuesto a devorarnos. Tratamos

de apretar los puños, de mordernos las uñas. Nosotros. Yo, tú, cualquiera podía estar en el lugar de esos tres infelices. Un error o una pequeña locura podían ser suficientes para echarse la soga al cuello. Los psicólogos plantean la cosa de un modo más simple. Todo es cuestión, dicen, de abandonarse al capricho de uno de esos impulsos primarios que en ciertas circunstancias nos impulsan a gritar, morder, arañar, incluso a matar. Será por eso que amo con tanta devoción a las arañas. Ellas obedecen siempre a esa clase de impulsos y, al contrario que los seres humanos, son incapaces de mendigar por ello un trozo de felicidad.

En mi caso siempre he pensado que esa clase de errores contra el Estado simplemente no podían darse en mi persona, por la simple y llana razón de que siempre he actuado de manera pusilánime y cobarde. Yo jamás hubiera podido llevar a cabo la mínima parte siquiera de lo que esos hombres intentaron. Pero, ¿y Sophie? Acaso ella... No, por Dios. Juro que lo pensé de muchas maneras. Yo sabía que su estado emocional estaba sobreexcitado y en cualquier momento podía estallar en mil pedazos. Tristeza, debilidad, pesimismo, excesiva melancolía. Nada fácil debía ser para una chica tan sensible y dulce afrontar los días con la mira puesta en el féretro que ya se asoma a la vuelta de la esquina. Todos sabemos que ciertas personas condenadas a muerte debilitan de muchas maneras su carácter y tienden a volverse obsesivamente fatalistas. Su ánimo, debido al pesimismo acumulado, poco a poco va poblándose de fantasmas negros. La vida se transforma por completo. Algo pesa excesivamente. Se vuelven cargadores de baldosas invisibles. Forman joroba en sus espaldas, y al contrario que la mayoría, los condenados a muerte no suman los días; restan, fraccionan, desgranán. Para ellos la

vida se ha transformado repentinamente en una cinta proyectada para verse nada más de atrás hacia delante.

De pronto nos detuvimos. Otra vez el mismo crujir de fierros, engranajes, cadenas arrastradas. Frente a nosotros se abría otro portón enorme, custodiado por dos pretoria nos. Lo cruzamos. Seguimos andando y a los pocos minutos volvimos a llegar a otro igual y después a otros tres, siempre iguales ¿Por qué tantas puertas? ¿A dónde nos conducían? ¿Acaso nos estaban llevando a niveles máximos de seguridad? Pronto lo sabríamos, pero por lo pronto no dejaba de pensar que todo aquello era excesivo y ridículo, pues nuestra falta no podía haber sido tan grave, ya que fuimos sorprendidos en una zona desprovista de señalamientos restrictivos. A la menor oportunidad, me dije, voy a explicarles que no somos ladrones ni proxenetas.

Mi turbación creció a cada momento. Incluso, en varias ocasiones, llegué a sentir cólera de verdad. Interpelé a los guardias. Exigí explicaciones porque nada de lo ocurrido hasta esos momentos guardaba semejanza con mis anteriores detenciones. Ahora se habían invertido mis temores: lo que antes me parecía de sobra conocido y rutinario, de pronto se me presentaba como algo amenazante. La conducción de los guardias, irónica y sutil al mismo tiempo, el repetido y constante franqueo de portones, todo parecía planeado desde la más profunda perversidad.

Llegamos a una última puerta roja. Ahí nos obligaron a desnudarnos por completo. Nuestras ropas quedaron encima de una mesa metálica. Primero pasó Sophie, después yo. Adentro, la oscuridad y nuestro desconcierto eran absolutos. Ni una indicación, ni una orden, nada. De pronto, pumm... la puerta se cerró de golpe. Sentí como si mi cuerpo hubiera ingresado al vacío. Traté de buscar

en las paredes un muro, un trozo de fierro, cualquier cosa que me permitiera delimitar el espacio. Pero todo era inútil, pues mis manos arañaban el aire sin toparse con nada, en cambio mis pies tropezaban a cada paso con relieves abruptos, así como con pequeños pozuelos llenos de agua, de tal manera que muy pronto tenía los dedos de los pies magullados y entumidos a causa del agua fría.

—Señorita Sophie, ¿dónde está usted?

Nada, ni el más mínimo sonido. Sólo podía oír el jadeo de mi respiración. Volví a preguntar.

—Señorita, ¿por qué no me responde? Sé que usted está cerca, en algún lugar. ¿Se encuentra bien?

Todo parecía inútil. Estaba ciego. Me senté en un pequeño lugar aplanado del piso, ¿qué más podía hacer? Me sentía tan cansado, tan molido, como si hubiera trabajado cien años en el fondo de una mina y justamente hasta ese instante hubiera silbado la sirena del descanso. Recuerdo perfectamente que empecé a sentir náuseas debido a la falta de aire puro y a la ansiedad de sentirme devorado por tanta oscuridad. Ni siquiera a un palmo de mi nariz podía distinguir los contornos de mi mano. Volví a llamar a Sophie sin recibir una respuesta. Pasados unos minutos de angustiosa espera, empecé a percibir, allá, al fondo, un gimoteo muy débil y entrecortado. Como pude, arrastrándome a gatas, fui acercándome, pero con la sensación de estar adentrándome en las fauces de un monstruo maloliente y húmedo, pues además de la oscuridad y la falta de asideros, teníamos que soportar olores nauseabundos y chillidos de ratas al acecho. De pronto sentí el contacto frío de una mano sobre mi rostro. Era Sophie.

—¿Por qué llora usted? Vámonos. Tranquilícese. Ya verá que todo se va a arreglar.

Entonces sucedió algo maravilloso. En medio de aquel calabozo infinitamente oscuro, Sophie extendió sus brazos y empezó a envolver delicadamente mi cuerpo. Yo no dije nada. Por primera vez en mi vida estuve completamente seguro de que en ese momento no debía pronunciar ni una sola palabra. Déjala Vacuitis, déjala. Es ella quien está muriendo y no tú. Mis pensamientos daban vuelta en círculos concéntricos. El rumor del agua subió hasta mi pecho. Ya no eran sólo sus brazos, también sus labios atraparón mi cuello ascendiendo lentamente hasta dar con mi boca para besarme despacio, deslizando su lengua como un caracol deseoso de adentrarse a un temblor de agua dulce. Nunca imaginé tal avidez. Sus manos se aferraban, ebrias de contacto, a cualquier parte de mi piel y yo, también embriagado, me dejé montar a un ritmo de gotas muertas que caen sobre los cristales de una ventana.

Placer, dolor, nostalgia. Todo eso me fue dado mientras ella y yo pertrechados en un recoveco hacíamos un amor de ciegos, contemplados, según creíamos, nada más por las ratas y otros bichos hambrientos. ¿Cómo, en dónde, de qué manera debía ser el amor? Estoy seguro de que por aquel entonces nadie lo sabía. Lo cierto es que al derramarme dentro de ella no sentí, como dicen los demagogos de la sexualidad, esa pequeña porción de paraíso florecida sobre mi vientre. Más bien me llegó de golpe un fatal sentimiento de haber nacido tarde, sin optimismo, sin vigor, desprovisto de bondad.

Yo era tal vez un simple riachuelo encontrado en medio del desierto. Pero Sophie tenía sed y había bebido de mi cuerpo. ¿Acaso no era suficiente para seguir viviendo?

Permanecemos abrazados sin conocer siquiera las dimensiones de nuestra desnudez. Muy cerca empezamos

a oír el sonido hueco de un goteo. Sophie tapó mi boca con su mano.

—¿Oye usted?

—Sí.

—Parece una gota de agua.

—Se oye como si cayera desde muy alto.

—Sí, el techo de este lugar debe tener por lo menos diez o quince metros de altura.

—Shh... guarde silencio. Ahora el goteo se oye al otro extremo. ¿De qué se trata?

—Nos dan indicios, señales. Quieren decirnos algo, pero sobre todo desean confundirnos.

En efecto, algo extraño estaba sucediendo. Aquel goteo que al principio golpeaba constantemente sobre una de las baldosas, que a juzgar por la textura y el olor a barro que despedían, de pronto se cortó, provocando que el silencio a nuestro alrededor se hiciera aún más desconcertante y amenazador. También escuchamos el zumbido de las moscas.

Minutos más tarde volvió aquel maldito plop, plop, sólo que esta vez se aproximaba hacia donde nos encontrábamos. Cuando ya lo sentimos demasiado cerca dimos unos pasos hacia atrás, pero al hacerlo Sophie debió pisar en falso una de las muchas salientes húmedas, de tal manera que se cayó, pero al hacerlo sus huesos crujieron como hacen las tablas al romperse. Vaya desgracia. Me sentí tan miserable, tan impotente. Ni siquiera fui capaz de encontrar su mano rápidamente para tratar de ayudarla. Estar ciego es la cosa más triste del mundo.

—No es nada profesor. Usted siga caminando hacia atrás. Es necesario que demos con un muro para protegernos.

—Pero si sólo es una gota de agua, le dije. En realidad será mejor estarse quieto. Presiento que ese maldito tamborileo de agua nos seguirá por todas partes hasta el último rincón de este calabozo.

Decidimos entonces permanecer sentados de la mejor manera posible, sobre una loseta no tan escarpada como las otras, aunque en aquellas penosas circunstancias lo mejor que podía ofrecerle a Sophie eran unos brazos para envolverla en posición fetal, de modo que pudiésemos preservar la mayor cantidad de calor y fuerzas físicas, pues aunque no lo habíamos mencionado, ambos sospechábamos que afuera ya serían las cuatro o cinco de la madrugada, y que por lo visto, vaya broma, no probaríamos bocado hasta la hora del desayuno.

Pronto fuimos abatidos directamente en la cabeza por aquel inclemente goteo que desde hacía un rato nos seguía. Primero silbé entre dientes y después escupí.

—No tema, señorita Sophie, ya pasará.

Eran gotas gordas y heladas, que caían irregularmente, primero muy seguidas unas de otras, después, como si quisieran darnos una tregua en la batalla, empezaban a caer más espaciadas, aunque esos intervalos sólo servían para provocarnos más ansiedad, pues hacia cualquier lugar donde movíamos nuestras cabezas, allá, justo en el blanco, siempre caía una gota certera.

—El demonio juega tiro al blanco con nosotros.

Sophie se rió un poco y yo le agradecí profundamente ese pequeño gesto de humanidad.

Así pasamos una hora o dos, no lo sé, tratando inútilmente de esquivar aquellas gotas de agua cada vez más desquiciantes. Hijos de puta, pensé, ese es su propósito. Desquiciarnos, mantenernos despiertos para saber hasta

**dónde** podían llegar nuestras fuerzas, nuestra capacidad **de** resistencia, antes de implorar a gritos un poco de clemencia.

Ahora no sabría decir desde dónde padecíamos más **en** esos momentos, si desde las sombras del sueño, desde **los** ardores del hambre en el estómago o desde la rigidez **y** el temblor de huesos a causa de la fría humedad. Pese a **todo**, el goteo amainó, de tal manera que nos quedamos **dormidos** como dos aerolitos destinados a permanecer **juntos** después de haber caído en los pantanos de otro mundo.

Dos o tres horas a lo sumo nos dejaron dormir. Fue **como** una limosna en medio del lodo, hasta que repentinamente un relumbrón de luz quemó nuestros ojos. «¡No mires, no mires!», grité con fuerza, mientras trataba de **cubrir** el rostro de Sophie. Arriba de nosotros se oían voces **mezcladas** con risas. Nuestros cuerpos desnudos eran **ventilados** y expuestos a los escarnios de los guardias **morbo** **so**s que se asomaban a contemplar con especial deleite el **espectáculo** de dos monstruos débiles. Algunos arrojaban **migajas** de pan a las ratas merodeantes que chillaban muy **cerca** de nosotros. Otros se mofaban y nos gritaban consignas burlonas contra las leyes que prohíben el roce de los **cuerpos**. A Sophie le gritaban «¡puta, puta!» y otras cosas como «¡encontraste por fin a tu chulo de mierda, vamos bésalo, nadie te prohíbe nada!»

Sophie y yo nos agazapamos lo más cerca que podíamos **uno** del otro, en un intento desesperado por defendernos contra toda esa metralla de luces, burlas y consignas. Por un momento creí que ahí mismo nos iban a sacrificar como a dos perros. No, cómo iban a atreverse si estábamos **en** medio de la civilidad. Esas cosas debían ser imposibles.

La historia nos había transformado a todos. Si estábamos padeciendo, en el fondo debía ser por nuestra culpa. No habíamos observado las leyes y punto. Sin embargo, lo que vi enseguida no estaba contemplado en mis coordenadas del infortunio. En medio del bullicio levanté mi rostro y entonces, oh Dios, pude ver, casi accidentalmente, cómo la espalda de Sophie estaba llena de pequeños lunares amoratados. Por supuesto mi reacción inmediata fue de repulsión y miedo ante la inminente posibilidad de haberme infectado yo también. Al mismo tiempo, impulsado tal vez por ese inevitable instinto de expiación y defensa propio de los espíritus mediocres, me repetí mil veces que yo no podía haberme infectado nada más por haber hecho el amor con Sophie, de tal manera que enseguida experimenté una grosera sensación de lástima hacia ella y de rabia hacia mi persona. Qué diablos debían importarme los miedos, las carencias, toda esa inminencia de lo fatal, si desde hacía muchos años yo había invertido toda mi existencia en la posesión inobjetable de mi pequeño *joi de vivre*, que no estaba dispuesto a perder por nada en el mundo.

Ahora me avergüenzo y no debo justificarme, lo sé. Pero si de algo vale a mi favor, debo advertir al lector que en tales circunstancias muy pocos son capaces de razonar conforme a los más altos valores de la moral humana. La mayoría de los seres humanos solemos mostrarnos extremadamente débiles cuando somos desbordados por el ánimo y la pesadumbre. Después de todo, nunca he intentado pasar por superhombre. Me conformo con esta condición de común embeleco, ni más ni menos. Así pues, si las manchas en el cuerpo de Sophie me revelaban el avance de su fatal enfermedad, ¿acaso debía importarme

demasiado? Yo la había poseído. Todo aquel suplicio pasaría. Nos dictarían sentencia, la cumpliríamos y tal vez jamás volveríamos a encontrarnos.

Pero diablos, no era posible que tales pensamientos provinieran de mí, si apenas horas antes de aquel cautiverio yo me estaba comportando como un adolescente enamorado y hubiera dado cualquier cosa por un abrazo de Sophie. Así no debía proceder un hombre reservado, culto y de buena reputación. Eso estaba bien para los rufianes de tugurios infectos, no para un ilustre profesor universitario. Así que la volví a abrazar y armándome de valor le dije al oído con todas mis fuerzas que me perdonara y que pasara lo que pasara, de ese momento en adelante siempre iba a estar junto a ella.

Nos arrojaron un mantón verdoso con el cual nos cubrimos en silencio. Ella mencionó unas palabras de otro escritor prohibido, un tal Stevenson: «no es la vida lo que amamos sino el vivir». Se llama Robert Louis Stevenson, me dijo con una sonrisa. Arriba se cerró el pórtico de luz, por tanto las voces y los murmullos fueron diluyéndose. Había terminado el espectáculo. Volvimos a quedar completamente a oscuras, pero esta vez sería sólo por unos instantes. Un foco rojo de luz muy tenue se encendió sobre nuestras cabezas. Enseguida se abrió una portezuela baja por donde nos deslizaron dos platos con carne de pollo frita y un par de gaseosas. No es difícil adivinar que devoramos todo con harta desesperación.

—Tienen veinte minutos para tomar sus alimentos, ni un minuto más ni un minuto menos.

Cuando frente a nosotros se volvió a abrir el portón accionado por cadenas arrastradas, lo primero que vi fue la figura glacial y hermética del guardia A-525. Debí supo-

nerlo, sólo a él se le hubiera ocurrido decir algo como ni un minuto más ni un minuto menos. Salimos del calabozo. Nos ordenó que nos colocáramos uno junto al otro con los pies abiertos. Enseguida nos entregó nuestras ropas mirándonos fijamente a los ojos como si quisiera leer hasta el más recóndito de nuestros pensamientos. Seguía los pasos rituales al pie de la letra. Entonces, sin proponérmelo, se presentó ante mí una magnífica oportunidad para saber hasta dónde aquel hombre nacido y educado entre los muros inexpugnables del Templo mayor, era capaz de mostrarse como un ser totalmente liberado y «superior», más allá de cualquier debilidad carnal, según nos repetían hasta el cansancio en todos los medios donde tuviera cabida cualquier clase de propaganda oficial. Así que deliberadamente clavé mis ojos en los suyos, retándolo a contemplar el cuerpo desnudo de Sophie sin pestañear. Vamos, decía para mis adentros, muéstrame tu fortaleza, tu certificado de buena conducta.

Sophie, cada vez más perspicaz y valiente, comprendió también. Pero de una manera que me es imposible explicar llevó el asunto mucho más lejos, como si quisiera vengarse descaradamente de la brutal hipocresía que le habíamos demostrado los hombres. Así que no sólo hizo muy despacio lo que cualquier otra chica en tales circunstancias hubiera hecho apresuradamente, sino que aún desnuda dio un paso al frente, besó al guardia en los labios, regresó a su lugar y empezó a vestirse sin ninguna prisa. Se reía. Vaya estupidez, pensé. Ahora sí estamos metidos en un buen lío. El guardia A-525 permaneció en su lugar petrificado, impávido, como si todo a su alrededor fuera a desmoronarse. Por su frente escurría una gota gruesa de sudor. Sinceramente, temí lo peor.

—Terminen de vestirse y síganme.

Otra vez recorrimos muchos pasillos asépticos. Mi vista seguía encandilándose con los reflectores encendidos, aunque ello no me impedía percatarme de un hecho aparentemente insustancial, pero muy importante en realidad si tomamos en cuenta la verdadera dimensión de lo que acababa de suceder entre Sophie y el guardia. Bien, tal hecho era que la frente de A-525 seguía sudando, lo cual revelaba el tamaño de su turbación. Juzguen ustedes trivial, pasajero, anodino el asunto, pero en esos momentos entendí que una simple ciudadana, como lo era Sophie, había logrado ella sola tocar con la punta de sus labios el talón de Aquiles de un monstruo.

Llegamos hasta un lugar similar a las antecámaras de los teatros clásicos. Piso de mármol, columnas jónicas, grandes esfinges representando a Alalcomeneo y otros súbditos de Crono, primeros habitantes de Ática, la región feliz donde se perpetuaban eterna justicia y paz, donde los hombres podían vivir sin preocupaciones ni fatigas por trabajo, donde sólo había necesidad de frutos silvestres, bellotas, miel, leche de cabras y un poco de vino, y donde, además, los hombres jamás envejecían porque pasaban los días bailando despreocupados de las trivialidades del mundo. Cómo me hubiera gustado estar representado ahí también, aunque fuera discretamente, junto a uno de esos pastorcillos acompañados de Pan.

—Imposible, señor Vacuitis —me dijo A-525, como si hubiera leído mis pensamientos.

Adentro el enorme tribunal de juicios estaba semivacío. Apenas sobresalía un puñado de gentes adelante y atrás otros cuantos, seguramente estudiantes jóvenes, de esos que suelen asistir fatigados a los juicios después de

haber hecho ejercicio en el gimnasio. Sin duda estaban allí nada más para justificar otra encomienda más del exigente profesor, que de última hora les habría pedido en clase de jurisprudencia un reporte *in situ*. Tal desaire, después de todo, no debía extrañarme, pues hasta el adolescente menos informado sabía que todos los días del año, a cualquier hora, se llevaban a cabo, en aquel edificio, juicios de naturaleza tan variada como lo permitieran las cincuenta y cinco salas destinadas exclusivamente a desahogar uno tras otro, cada delito de los cientos que se cometían cada semana: tocamientos en vía pública sin autorización, desquiciamientos a la salud por fumar en lugares públicos, robo de libros, agresión ecológica de quien arrojó algún papel sobre la acera, incautos sorprendidos en plena venta de cigarrillos, mujeres acusadas de seducción deliberada, *malfhuzos* de diversas categorías sorprendidos en plena venta de cigarrillos. No se diga toda esa maraña de delitos graves que requieren largas y sesudas disquisiciones a fin de merecer permuta, salvedad o condena definitiva. Me refiero a quienes por alguna extrema perversidad violan sexualmente a cierta compañera de oficina o, peor aún, llegan a cometer asesinato.

Vaya palabra, es tan horrible, suena en sí misma como una explosión de furia sangrienta, como si al pronunciarla ya estuviéramos frente a un cadáver con el puñal clavado en el pecho. Aunque todo hay que decirlo, la muerte de una persona producida en circunstancias donde plenamente se ha comprobado premeditación, alevosía y ventaja, es desde hace tiempo un suceso muy infrecuente, por no decir extraño; algo casi desterrado de nuestra memoria urbana. Muchos demagogos, miembros del Tribunal Mayor, constantemente se vanaglorian de este hecho.

Con orgullo suelen gritar a sus correligionarios: «¡el asesinato en París no existe. Nosotros lo hemos desterrado!» Cualquier móvil peligroso es inmediatamente localizado, interceptado y sometido a un proceso muy estricto de indagaciones. Y sí, es verdad, casi nadie muere asesinado en París. Odios, venganzas, envidias, rencillas personales, deudas de mafias, arrebatos de amor, caricias, todas y cada una de las pasiones humanas se han reglamentado y codificado a grado tal que nadie puede, en honor a la justicia, darse el lujo de condenarse para siempre.

Allá estaba Sophie. La habían colocado al otro extremo de la sala como si aún les preocupara que fuéramos a tocarnos. Nadie hablaba, nadie decía nada. En ese lugar las palabras sin permiso estaban prohibidas. Cuando entró el juez todos nos pusimos de pie y estiramos con firmeza el brazo hacia el frente. Rápidamente ocupó su lugar en el sillón central y empezó a leer una serie de palabras protocolarias, que me eran tan familiares como detestables. Nunca había visto un rostro tan severo, tan adusto, casi diríase tan lleno de furia. Cuando advirtió nuestra presencia en la sala hizo un gesto de repugnancia. Seguramente nos maldecía en silencio por haberlo puesto a trabajar como debe hacerlo cualquier sirviente del Estado. Yo me limité a bajar la cabeza, temeroso de provocar en su señoría la sensación de desafío. Al mismo tiempo, como si un flamazo me hubiera quemado, comprendí que esta vez las cosas no resultarían tan rutinarias como en mis anteriores arrestos; por el contrario, se presentarían muchas más dificultades de las previstas. Dicho en otras palabras, nos habíamos metido en un lío bastante gordo.

Mi espalda y mis axilas estaban empapadas de sudor debido a la fiebre y al nerviosismo que amenazaba con

devorarme. Los huesos de todo el cuerpo me dolían como si me hubieran zarandeado, arrastrado y golpeado hasta decir ya basta, déjenlo, es un pobre diablo que no ha podido reprimir sus instintos de hombre sin educación. Pero Sophie, cuánto debía sufrir en aquellos momentos de tensa humillación. En vano traté de mirarla, pues me habían quitado los anteojos. Únicamente podía distinguir al otro lado de la sala un bulto borroso de coloraturas azules. Ahora me sería sumamente difícil responderle a quien me preguntara, porque al ponerme de pie y ser conducido al sillón de los acusados le grité a Sophie con todas mis fuerzas que no tuviera miedo, que todo iba a salir bien, porque ambos éramos buenos y decentes ciudadanos y eso debían saberlo todos los presentes en aquella sala. Hubo rechiflas, gritos: «¡vamos profesor, no sea usted hipócrita! ¡Embaucador de menores!» No era posible, no podía ser, aquellas voces provenían de mis alumnos. Dos, tres, cinco, no sé cuántos de ellos estaban ahí presenciando felices mi debacle. Jamás volverán a una clase mía, fue lo primero que pensé cuando estuve seguro de que por lo menos dos de ellos estaban sentados en primera fila. Cómo se burlarían de mi derrota, pequeños cretinos, infelices de mierda. Ya los estaba viendo reunidos en los pasillos, en el café de la facultad, pavoneándose frente a los otros, de haber presenciado mis rictus de miedo, la manera tan absurda y vergonzosa de admitir mis culpas frente a todos, sin cor-tapisas, aun las más mezquinas y humillantes, como esa historia de la seducción, los abrazos y los besos en plena vía pública. En fin, qué más debía importarme si tantas veces los había defraudado en clase con mis sermones y mi flemática displicencia. No veía entonces la razón de mostrarme de pronto como un héroe redimido.

Una mano gorda y velluda me obligó a sentarme de golpe en un sillón perfectamente acojinado. La voz de su señoría empezó a recitar una especie de discurso dedicado a todos aquellos ciudadanos que dejados llevar por sus impulsos más bajos y detestables, atentan contra esa edificación moral y civilizada que ha significado siglos de constante y difícil esfuerzo político. Vaya palabras tan certeras y dignas de sabios monumentos, dirigidas por igual a presentes y ausentes, principalmente a esos dos interfectos tan jóvenes y provechosos a la sociedad como éramos Sophie y yo, cada uno cual púgil derrotado, en su esquina y sin hablar. Pero vaya cosas tiene la vida, tan absurdas e incomprensibles, porque justamente cuando más debía yo prestar atención a las palabras del señor juez, más estragos causaban en mi cuerpo mullido el cansancio acumulado, los ardores de hambre y las horas sin sueño, de tal manera que en el corto viaje trazado desde la boca del señor juez hasta mis oídos, las palabras se transformaban en pura boruca densa, pesada; un amasijo de ruidos imposibles de retener en el cerebro. Los párpados empezaron a pesarme como si fuesen cortinillas de plomo, llenándome de un potentísimo sopor muy superior a mis fuerzas, que me impidió vencer las normas de cordura más elementales en este mundo. Ahí mismo, en el sillón de los acusados, me quedé profundamente dormido.

\* \* \*

La sentencia que recibí fue breve pero encarnizada.

—Profesor Samuel J. Vacutis, el jurado aquí presente, siempre fiel a los sagrados preceptos de templanza, justicia y equidad, ha deliberado en estricto secreto todos y

cada uno de los pormenores integrados a su caso. Inapelable decisión, irrevocable nuestra sentencia, hemos encontrado en usted a un ciudadano culpable de haber cometido por lo menos dos faltas en grado B, lo cual nos obliga, tal y como establecen nuestras sabias leyes constitucionales, a suspenderlo temporalmente de sus labores como profesor universitario. No podrá, por lo menos durante dos años lectivos, acercarse más allá de cien metros periféricos al edificio de la universidad. Cualquier contacto exterior con alguna persona ubicada físicamente en alguno de los recintos universitarios sólo podrá llevarse a cabo por teléfono, computadora o cualquier otro medio electrónico de su interés, siempre y cuando dicha comunicación haya sido previamente aprobada por el Comité Censor del Ministerio de Justicia y Afectos. Del mismo modo, queda usted obligado a presentarse puntualmente a las ocho de la mañana los días lunes de cada semana, durante los dos años lectivos que dure el efecto de su justa suspensión. Compensatoriamente a los efectos de nuestro dictamen, usted recibirá durante seis meses, a partir de hoy, un salario mínimo que le será de valioso sustento mientras encuentra otra ocupación remunerada. Eso es todo. Dentro de unos momentos usted será liberado en el sitio exacto donde nuestros guardias lo descubrieron en flagrante delito.

A Sophie no la volví a ver, pues toda vez que el juez hubo terminado de leer la sentencia me ordenaron abandonar la sala, siempre escoltado por dos pretorianos. Uno de ellos era A-525. Me sentía sumamente aturdido. La luz me seguía molestando. Cerré los ojos. Cuando los abrí ya me llevaban caminando a través de un largo corredor impregnado de olores químicos parecidos a los que uno

percibe en un hospital. Sentí un leve tirón en la manga de mi camisa. A-525 estaba inquieto, nervioso. Quería decirme algo pero no encontraba el momento adecuado. Todo se volvía tan peligroso. Cualquier sospecha del otro guardia podía complicarnos la vida hasta lo inimaginable. Llegamos por fin a un patio enorme. Ahí me aguardaba una furgoneta policial junto con un guardia flanqueado por dos mastines furiosos que inmediatamente empezaron a ladrar y a jalonear las cadenas que los ataban, como si alguien estuviera mostrándoles a un palmo de distancia un buen trozo de carne fresca. En un instante, cuando estaba a punto de subir, A-525 se me acercó y rápidamente introdujo algo en mi bolsillo. La puerta de la furgoneta se cerró, dejándome sumergido en un ambiente de semipenumbra.

Inmediatamente volví a sentir angustia y miedo como en la mazmorra compartida con Sophie. Dónde estaría en esos momentos, me preguntaba. ¿Por qué no me habían dejado presenciar el veredicto de los jueces? Ellos sabían del estrecho vínculo que se había establecido entre nosotros. Pudieron, cuando menos, dejarnos intercambiar unas cuantas palabras, algún mensaje, algo insignificante nada más para no quedarnos con el amargo silencio del recuerdo absurdo. Fuimos tan idiotas, tan ingenuos. Vivíamos a cada instante entre presagios de vacío, ausencia, muerte.

Mientras íbamos pasando entre calles y avenidas mis pensamientos se ofuscaban, extraviados en preocupaciones sin principio ni fin ¿Y si la recluían? ¿Y si la obligaban a mantenerse alejada de mí? ¿Por qué se había atrevido a tanto? ¿Por qué había cometido aquella estupidez de besar a A-525? Y si esto, y si lo otro. Nada tenía respuesta.

El mundo se había vuelto tan absurdo, tan deprimente. Nadie sabía nada porque las explicaciones eran privilegio de unos cuantos. ¿Acaso a mí, simple ciudadano-profesor, cesado por completo de sus funciones, habrían de darme explicaciones sobre el futuro de Sophie? Me sobrecogió una infinita vergüenza y un gran desamparo nada más de pensarlo.

Se detuvo la furgoneta. Inmediatamente la puerta volvió a abrirse. Vamos, baje rápido, me dijo el conductor. Ahí estaba la pequeña plazoleta en forma de media luna. Los músicos sin cabeza seguían sentados alrededor de un auditorio invisible. ¿Y ahora qué diablos voy a hacer? Volví a sentarme en la misma banca donde Sophie había cometido el infame delito de recargar su cabeza en mi hombro, metí mi mano al bolsillo y saqué el pequeño objeto que A-525 había depositado ahí. Era un botón amarillo, un botón de Sophie. Entonces sentí una nube gris sobre mi cabeza y lloré de nostalgia por Sophie. Nadie podía imaginarse cuánto hubiera dado por estar en esos momentos junto a ella.

\* \* \*

Sin rumbo fijo me vi caminando entre sucios callejones, inmundas plazoletas y fuentes pequeñas, cuyas aguas par-duzcas habían ganado el humor grisáceo de los estanques abandonados. Casas y edificios derruídos, muchos de ellos probablemente habían caído en el extremo deterioro debido a la sensación de miseria y desgaste moral que sentían sus dueños después de haber vivido tanto tiempo en un suburbio tan decadente. A cada paso mis pies daban contra latas de cerveza, cartones y otros desperdicios, que

no por lo reducido de su tamaño me resultaban menos asquerosos, como era el caso de esas pequeñas nubecillas de bolitas blancas que salían volando a ras del suelo como si fueran copos de nieve desafiando la gravedad, aunque en realidad se trataba de un polvillo tóxico muy azufrado y pestilente. Me tapé la boca. Sentí ardores en mi nariz. Sin duda me había metido a uno de esos suburbios llamados radicales. Bah, qué importaba, después de todo la inmun-dicia no era tan repugnante como solían decir en televi-sión. Todos, de vez en cuando, la necesitamos, incluso la deseamos, sólo que muy pocos se atreven a tocarla como yo lo hice en esos momentos de vagos sentimientos y frustra-ción perpetua, cuando vi en una esquina un bote de basura que me pareció de gran tamaño. Entonces, sin pensarlo demasiado, me acerqué, metí primero una mano, después un brazo, luego el otro y así de pronto ya no supe cómo ni dónde pero abruptamente me vi con medio cuerpo metido en aquel hermoso vertedero revolviéndolo todo, urgando a placer cuanto me permitían manos, dedos, uñas y hasta dientes, porque no fueron pocos los papeles, cartones y restos de fruta podrida que a mordidas removí de sus lugares sin parar, como un poseso endemoniado, hasta que me sentí completamente exhausto. Entonces me incorporé como un cristo sangrante y humillado. Escupí a los cuatro vientos los últimos restos de mi propia imagen transfigurada. Limpié enseguida mis ropas pensando en la devoción absurda que sienten las personas hacia cosas tan banales como la limpieza, el orden y la asepsia. Volví a escupir. Empecé de nuevo mi marcha como si nada hubiera ocurrido, pero mientras caminaba mirando las luces exiguas de los aparadores, tuve grandes deseos de volver a reunirme con mi pequeña cofradía de arañas, así

que apuré mis pasos y me dirigí de inmediato a la estación más cercana del metro.

Seguramente mis ropas apestaban, pues la gente me rehuía de un modo bastante gracioso. Confieso que tal cosa no me desagradaba, por el contrario, me confería una suerte de autoridad sobre las gentes que nunca antes había conseguido. Algunos se cubrían la boca, otros se volteaban bruscamente o simplemente se limitaban a señalarme con el dedo. Ahí va un apestado. Sus rostros se retorcían y eso me complacía. Maricas, chulos de mierda, pensaba. Cuánto me hubiera gustado prenderme de alguno de ellos, digamos de un varón maduro, de preferencia ejecutivo, y embarrarle inmundicias en la corbata. Vaya escándalo, se escucharían gritos de auxilio por todas partes, sonarían las alarmas. Tal vez el metro permanecería anclado en la fosa sin moverse y de inmediato acudirían dos, tres, hasta cinco pretorianos enfurecidos con las esposas en alto para llevarme otra vez a prisión. Pero nada de eso sucedió. La gente se limitó a morirse del asco frente a mí, nada más. Tomé un vagón hacia Cardinal Lemoine. Ningún contratiempo se me presentó en el camino, salvo unas cuantas maldiciones que a dos asientos de distancia me endilgó una viejecita. Su vocecilla como de rana triste, lejos de incomodar me hizo gracia. No sé hasta dónde sería capaz de darse cuenta, pero la pobre olía tanto como yo a mugre y basura de la calle. Pensé en mi madre. Bien podía ser una mujer como aquella anciana. Sentí algo. Antes de bajar abrí mi cartera. Saqué el carnet de profesor universitario y lo coloqué cuidadosamente sobre su falda roída.

Pero no todo había terminado ese día. Cuando me acerqué a mi departamento noté que una mujer me espe-

ra recargada en el descansillo de la entrada. Me detuve en la acera de enfrente. Podía ser una treta. Nunca se sabe cómo actúan los ladrones de cigarrillos. Decidí que lo mejor sería probar sin arriesgarme demasiado, así que seguí de largo una calle más arriba, hasta donde me pareció que la mujer ya no prestaría demasiada importancia a mis movimientos. Esperé un rato y enseguida regresé hacia donde se encontraba aquella misteriosa mujer. Mi intención era echar sólo una ojeada fulminante a su rostro, memorizarlo y seguir de largo. Pero nada salió como yo esperaba. Al llegar a mi domicilio la mujer se apostó en medio de la acera.

—Señor Vacutis, déjese de jueguitos estúpidos y abra usted su departamento para que podamos hablar como la gente decente.

Sí, no había duda. Era la misma inspectora del MOA que antes de abandonar el salón de clase había puesto en mi mano derecha un tubo de labios.

La primera cosa que me sorprendió fue que a diferencia de las personas que poco antes se habían topado conmigo, la inspectora no parecía darle demasiada importancia a mi aspecto pestilente. Al entrar fue directamente a sentarse en el sofá. La falda que llevaba se abrió, dejando al descubierto un par de muslos blancos y carnosos, lo cual, admito, despertó en mí una serie de deseos urgentes y al mismo tiempo muy reprimidos. Pero al ver su pequeña sonrisa de triunfo me sentí desconcertado, nervioso, como si un animal venenoso me hubiera mordido y de pronto me hubiera dado cuenta de las consecuencias fatales.

—Le importaría aguardar un poco aquí, dije, tratando de disimular mi nerviosismo. Debo hacer algo muy importante.

—Claro, seguro, señor Vacuitis, está usted en su casa. No sé por qué sonreía cada vez que me hablaba, eso me pareció tan obsceno.

Dejé a la mujer y fui al patio trasero en busca de mis pequeñas arañas. Abrí la portezuela y... ¡no, santo Dios! lo que vi me pareció espantoso, repugnante. Un tupido enjambre de arañas crías y madres chupasangre habían atrapado viva a una rata. La tenían enredada en una poderosa telaraña todas montadas en su lomo y consumiendo su sangre hasta dejarla casi en el puro hueso. La pobre rata apenas podía mover un poco las patas y entrecerraba los ojos. Mierda, les grité. Malagradecidas, hijas de puta. Llené una cubeta con agua, puse dos puños de detergente, moví hasta hacer espuma y les arrojé un chorro certero con todas las fuerzas de mi alma. Basta ya, les dije, bastante me han jodido afuera para que ustedes me hagan esto, no es justo. Con un palo rematé a la rata. Chilló débilmente. Su estertor me hizo pensar en mi propia gesticulación. Debo ser un farsante de cabo a rabo. Durante muchos años hubiera sido incapaz de hacerle daño a una sola araña. ¿Por qué de pronto había exterminado a toda una prole? Y lo más detestable era que no sentía nada, el menor remordimiento; por el contrario, al verlas retorcidas y quemadas en la espuma tuve la impresión de estar contemplando una escena absolutamente trivial y cotidiana. Simples animalillos, bichos del bajo mundo sin oficio ni beneficio. Antes de regresar al salón con la mujer del MOA tomé un higo chumbo que estaba abandonado sobre un plato viejo y con la palma de mi mano derecha lo oprimí. El ardor de los pinchazos me quemó.

Cuando regresé al salón vi un espectáculo inaudito. La mujer del MOA fumaba plácidamente.

—¿Pero qué hace? No puede hacer eso y menos en presencia de un desconocido.

—¿Piensa denunciarme? Ja, no creo. Usted no es tan agresivo.

Ahora me da risa, pero recuerdo perfectamente que de una manera compulsiva corrí a cerrar todas las ventanas.

—Vamos, no se altere. Los vecinos no dirán nada. ¿Quiere probar?

Le arrebaté el cigarrillo, lo apagué sobre un plato, eché la colilla en el remolino del excusado y rápidamente fregué el plato varias veces hasta que estuve convencido de que todo rastro de olor había desaparecido.

—Bueno, ya que no piensa permitirme fumar, cuando menos ofrézcame algo interesante para beber. Necesito hablar con usted sobre un asunto muy serio.

Me senté frente a ella.

—La escucho.

—No, así no, primero tiene que darse un baño. Por si no lo había notado, despide usted un olor nauseabundo. Ah, pero antes hágame el favor de abrir las ventanas. Por los vecinos no se preocupe. Le aseguro que antes de cualquier olor a cigarrillo primero les llegará la peste suya. Vamos, desaparezca de mi vista.

No sé cómo pero obedecí a esa mujer cuya voz autoritaria me produjo temores indecibles. Pero antes de escabullirme, observé tras una puerta que la inspectora del MOA se pintaba minuciosamente los labios con el mismo tubo que había puesto en mi mano poco antes de abandonar mi salón de clase en la universidad. ¿Cómo había dado con él? Entré a mi cuarto y me desvestí a toda prisa. Bajo la regadera traté de meditar un poco la situación. ¿Por qué estaba aquella inspectora en mi casa? ¿Acaso venía

de nuevo a arrestarme? No podía ser. Estaba seguro de no haber cometido ninguna falta seria desde mi liberación. Pero tal vez... sí, bruto, estúpido de mí, pensé. Probablemente algún pasajero del metro se había molestado mucho con mi olor y había telefoneado a la policía. No era difícil describirme en esas condiciones. Mi ropa, la barba, mis gafas doradas. Debes ser cauteloso, muy cauteloso, me dije varias veces. Pero en eso estaba cuando de golpe se abrió la portezuela del baño. Era la inspectora del MOA. Su apariencia era tan distinta, nada que ver con la bufona que apenas unos minutos antes fumaba con sorna en el salón de mi departamento. Ahora su rostro mostraba un extraño color rosado, casi radiante, porque además sus labios brillaban como una gran cereza que emerge en medio del vapor. Creo que estaba excitada o compungida, no lo sé. ¿Qué le pasa?, le pregunte, pero ella en vez de contestarme se desnudó y se metió conmigo bajo la regadera. Me abrazó llorando.

—Señor Vacuitis, ayúdeme por favor.

Yo tampoco dije nada porque mis manos en su cintura empezaron a hablar por sí solas. Nos besamos hasta que rato después imaginé que una gota de leche brotaba de la luna, pues estábamos llegando a ese coito desesperado y atroz que sólo experimentan los perseguidos. Ambos, estoy seguro, volvimos a nacer.

Permanecimos abrazados un buen rato sin decirnos nada, porque la conciencia del delito cometido era inevitable. Su voz tembló muy cerca de mi oído.

—Profesor Vacuitis, me llamo Miriam. Usted no me conoce pero yo sé todo sobre su vida.

En ese momento volví a sentir las heridas en la mano provocadas por las minúsculas espinas del higo chumbo.

Cuando quise interpelar ya era demasiado tarde. La mujer fue hasta el guardarropa, tomó una toalla seca y sin dejar de sonreír se envolvió en ella como si acabara de tomar un chapuzón.

—Venga, siéntese aquí, no tenga miedo.

Lo decía con tanta confianza y naturalidad que daba la impresión de ser ella la dueña y yo un simple inquilino. ¿Por qué hace esto?, le pregunté mientras me vestía encerrado en el cajón de la regadera.

—Es por usted.

Abrí la portezuela rápidamente. Me senté junto a la inspectora mirándola fijamente a los ojos.

—¿Por mí, dice? ¿Quién la mandó? ¿Acaso es otro juego del MOA? ¿Otra novedosa estrategia para conocer a fondo la vida que llevan sus amados profesores? ¿No se da cuenta que usted me ha inducido a cometer un delito clase B.

—Sé lo que ha pasado entre usted y esa estudiante Sophie. También a ella la han expulsado definitivamente de la universidad y seguramente en estos momentos aún continúa detenida. Desde aquella inspección en su salón de clase, tuve el presentimiento de que usted andaba metido en un lío de faldas con alguna estudiante. Hoy por la mañana tuve en mis manos el expediente completo de su caso. El abrazo en el parque, la forma en que usted besó a la señorita Sophie, mmm... parece tan romántico. Enseguida la detención, el castigo en un cuarto oscuro, el beso que Sophie plantó al guardia A-525, todo eso lo sé.

Cuando llegué a este punto no la dejé continuar. Tomé con fuerza la toalla que envolvía su cuello y le exigí que me dijera dónde estaba Sophie.

—Vamos, tranquilícese, justamente a eso he venido.

Yo puedo ayudarle. Tenga, aquí está la dirección del Centro Malthus. Su alumna está bien atendida, no se preocupe. Será cuestión de dos semanas como máximo antes de que recupere su libertad. Lo sé por experiencia propia. Hace algunos años estuve en calidad de reclusa. ¿Por qué? Bueno, en estos tiempos es difícil contenerse. Dos o tres pequeños atrevimientos, sabe. Yo también alguna vez, después de un par de cervezas, besaba a un chico en plena vía pública. Me detuvieron de un modo histérico a gritos y empujones. Bah, pero eso que importa ahora. Lo cierto es que ahí una la pasa de maravilla, porque se trata de reorientar las emociones primarias de la mujer.

—¿Y cómo lo hacen? —pregunté con ansiedad a fin de conocer lo antes posible cualquier detalle sobre la suerte que había tenido Sophie después de nuestra separación. Emitió un leve suspiro y en seguida contestó.

—Ah... si usted supiera, se trata de un proyecto muy exitoso. Imagínese, todo aquello está lleno de hombres guapísimos, algunos tan hermosos y bien proporcionados que parecen sacados de un estudio de Miguel Ángel. Nada de barrigudos ni flemáticos. Cada guardia tiene sus propias distinciones, logros y premios en asuntos de mujeres. Créame, ahí todo está permitido a ciertas horas de la noche, ja, ja, ya sabe usted.

Mientras hablaba sonreía y movía con extrema locuacidad sus manos, dejando ver signos evidentes de placer y complicidad femenina. Puso su mano sobre mi rodilla pero yo la aparté. De seguro, dije, usted también disfrutó mucho sus días de cautiverio en aquel reclusorio. La inspectora del MOA no me contestó. Visiblemente molesta se vistió y se fue de mi casa.

\* \* \*

Siempre he pensado que las arañas sufren como los humanos debido al uniformismo de su existencia. Nunca pasan por las metamorfosis de otros artrópodos. Desde sus primeros tentáculos fuera del huevo hasta los últimos estertores de muerte adulta, una araña es siempre una araña. Si acaso se trata de una tejedora, por ejemplo, muy pronto empieza a cardar y a guiar sus hilillos sedosos tal y como lo haría una adulta descosida de cazar uno o dos mosquitos para comérselos. Varias veces, a medida que va creciendo, cambia de piel y en cada una de esas ocasiones modifica su tamaño y sus costumbres, pero su forma sigue siendo esencialmente la misma, no importa que haya pasado de ser una simple criaturilla de medio centímetro a un enorme ejemplar tropical de treinta centímetros. Su memoria genética es infalible. Siendo aún muy pequeñas y aunque nunca en su vida hayan visto una telaraña, invariablemente las tejen del mismo modo que sus antepasados. Una araña es siempre una araña, qué le vamos a hacer.

Y sin embargo todas son distintas entre sí. Muchas de ellas tejen hermosas y complicadas telas, otras atrapan a sus pequeñas víctimas de maneras más simples, mediante nidos contruidos bajo la tierra, en cápsulas de seda o bien se da el caso de arañas que no hacen nada de eso, simplemente rastrean a sus presas y las siguen hasta que de un salto las atrapan y se las comen. Cierta vez leí a hurtadillas en la biblioteca de la universidad sobre una clase fabulosa, muy antigua, cuyo hábitat se encontraba en la selva amazónica. Era muy peluda y algunas llegaban a medir hasta un metro de largo. Nunca dormían. Los niños solían atarles una cuerda del cefalotórax y las pascaban regocijados

por el sonido de sus ronquidos. Sobre esta especie, cuenta Hernando Colón (hijo del primer navegante descubridor), que podían fácilmente traspasar un círculo marcado con polvo de unicornio, cosa imposible según el filósofo Aristóteles, que muchas veces afirmó que ninguna araña era capaz de atravesar un círculo de polvo. Tonterías. Yo las conozco y sé que a pesar del pánico absurdo de muchas personas proclives a deshacerse de todo «bicho» viviente y de los vituperios que han recibido por su triste apariencia, las arañas han sido capaces de grandes proezas. Acaso haga falta decir que desde hace trescientos sesenta millones de años, aproximadamente, deambulan por el mundo sobreviviendo a toda clase de cataclismos. Fueron tal vez los primeros seres vivos que al salir del agua incursionaron con éxito tierra adentro, y por increíble que parezca las arañas sobreviven como hábiles artistas a todos los biotipos posibles de nuestro planeta, valiéndose casi exclusivamente del tacto.

Pero yo, simple mortal de pocas habilidades, admiro, muy por encima de cualquier otra virtud atribuible a las arañas, su tremenda, casi perfecta paciencia, pues cuando contemplo a una de ellas metida en su nicho de arcilla mientras aguarda la caída de un insecto en la tela, siento una descarga eléctrica que me eriza la piel, tan fuerte y nociva que muy pronto alcanzo el éxtasis de la inmovilidad absoluta. Entonces contemplo la verdad de las cosas.

Dos días después de haber sido visitado por la inspectora del MOA, decidí que lo mejor sería encontrar a Sophie cuanto antes. Así que aquella mañana fría y lluviosa desperté temprano, me afeité, me puse mis mejores ropas y tomé el metro rumbo a Cardinal Lemoine. En el trayecto hubo un hombre que se levantó enfurecido de su asiento

porque un negrata acababa de rozar deliberadamente su chaqueta. Como era de esperarse el hombre se enfureció y las injurias no tardaron en llegar. A gritos prometía denunciarlo porque, según decía, ya estaba harto de tantos abusos impunes en una ciudad tan abierta y tolerante siempre a favor de los derechos personales y del tránsito ilimitado, pero que esa clase de cosas no iba a permitir las porque su cuerpo era la propiedad más sagrada que tenía, bla, bla, bla. Yo observaba un tanto divertido cómo el amigo negrata se hacía el desentendido y continuaba leyendo plácidamente su periódico. Me hubiera gustado quedarme un poco más hasta no saber en qué iba a parar todo aquello, pero en eso llegamos a Cardinal. Se abrieron las puertas y no sé por qué antes de bajar se me ocurrió decirle al hombre enfurecido: «Amigo, sonría, la vida puede ser mejor». Insisto, no sé por qué lo hice y tal vez el asunto no tenga mayor importancia, sin embargo, en ese momento, estoy seguro, hubo algo hirviente, casi perverso en el tono de mis palabras, a grado tal que cuando ya se cerraba la puerta del vagón alcancé a oír las maldiciones del mismo hombre contra mis estúpidos consejos de ciudadano inconsciente, falto de solidaridad cívica, solapador, etcétera.

Mi primera impresión ante el edificio enorme del Centro Malthus fue similar, creo, a la de un niño cuando por primera vez contempla de cerca la corpulencia colosal de un elefante devorando su alimento. Miedo y gran expectación. Por un momento sentí que todo sería inútil. Lo más probable era que Sophie ya no tuviera el más mínimo interés en saber algo de mí. Ni siquiera estaba realmente seguro de que pudiera encontrarse ahí. Acaso, pensé, la inspectora del MOA fue a buscarme de aquel modo a casa para tenderme una trampa limpia, sencilla, sin embustes

de por medio. Cómo saber, me dije, si ante cualquier duda mis deseos eran mucho más potentes. La imagen de una araña macho buscando a su hembra para cortejarla bajo las hojas me dio cierta confianza. Ellos, incluso, son capaces de aparearse a riesgo de morir. Allá voy.

Me recibió un mozo negro de bastante altura. Debía ser el encargado de visitas, pues constantemente lo llamaban por el sonido electrónico. No puedo negar que a los ojos de muchas mujeres, aquel hombre sin duda resultaba bastante atractivo, pues no sólo tenía un cuerpo atlético y bien proporcionado, sino que, además, había en todas las facciones de su rostro una suerte de pequeñas ondulaciones y protuberancias muy llamativas, como si alguien las hubiera diseñado especialmente «para gustar». Después de identificarme hizo un ademán afeminado indicándome que lo siguiera. Caminamos en silencio a través de un pasillo largo flanqueado por arcadas de cantera y crisantemos de colores brillantes. Atravesamos dos patios pequeños colocados laberínticamente uno detrás del otro. Era obvio que aquel edificio estaba lleno de innumerables patios. Sin embargo, al tratar de explicarme los motivos funcionales de aquella distribución arquitectónica, inevitablemente concluí que todo formaba parte de una gran emulación de palacetes estilo rococó, diseñados para el goce de doncellas y sus príncipes. Ya me lo había advertido la inspectora. Se trata de un reclusorio hedónico, una prisión de los placeres en medio del caos corrupto. Sentí alfileres en el estómago. Era lo que llaman dolor de celos.

Llegamos a un pequeño salón oval. Nadie más estaba en aquel lugar, salvo el guía y yo.

—Espere aquí por favor.

Antes de retirarse me sonrió y descaradamente me guiñó el ojo.

Me quedé sumergido en un silencio absoluto. Únicamente se oían los segundos que salían de un reloj antiguo, cosa que en vez de tranquilizarme ayudó a que aumentara mi ansiedad. Algo me estaba pasando. Las manos me sudaban copiosamente, débiles; sentía mis piernas como de trapo y un golpe de vacío se me iba corriendo por todo el cuerpo desde la boca del estómago. Frente a mí había un cuadro con escenas felices de faunos desnudos en pleno correteo tras cuatro zagalas sobrecargadas de apetito. Me dije que tal vez si contemplaba con detenimiento aquella escena lograría serenarme un poco. Durante varios minutos lo intenté, pero al imaginar que yo también podía ser uno de esos rapazuelos que abandonaban todo en su vida para lanzarse raudos y veloces en busca de una doncella virgen, me invadió una terrible sensación de ridículo que de golpe me levantó de la silla y me hizo dar pasos como loco alrededor de aquel salón. Al cabo de un buen rato empecé a dudar. Mi ansiedad adivinaba escondrijos tramposos, alambicadas quimeras en contra de mis buenas intenciones, pues aquella tardanza ya me parecía demasiado sospechosa. Sin duda estaba siendo planeada desde algún rincón del edificio. Y cuánta razón tenía, porque la sorpresa deparada en mi contra habría de ser la cosa más ruin e insoportable que nunca antes me había ocurrido. Resulta que justo cuando ya estaba más desesperado, casi a punto de abandonar mi empresa, la puerta volvió a crujiir. Esta vez mi guía era una mujer sumamente delgada, a lo sumo de veinte años. Llevaba un tocado violeta similar al de las monjas descalzas que cada dos meses salían a manifestarse por las calles en contra de cualquier libertad sexual.

—Sígame por favor.

Otra vez atravesamos patios, fuentes, pasillos, un jardín enorme partido por un arroyuelo apacible. Hasta entonces pude ver corrillos de mujeres, casi todas sentadas en las mesitas blancas del jardín con sus tacitas de té humeante. Algunas otras paseaban acompañándose del brazo, diciéndose secretos al oído y luego soltando risotillas a los cuatro vientos, como si todas anduvieran de receso en la convención anual de mujeres rosagantes.

—Vaya, qué felicidad —dije a mi guía, que se limitó a mover afirmativamente su cabeza.

Así llegamos hasta un pasadizo que nos condujo a la boca de unas escaleras. Bajamos dos niveles. Entramos a otra habitación. Se encendió una luz blanca e inmediatamente percibí el sonido peculiar del aire acondicionado. Esta vez se trataba de un cuarto aséptico, totalmente austero. Las paredes blancas aumentaban la incómoda sensación de haber irrumpido en una sala de disección quirúrgica. Mi quijada empezó a temblar no sé si de frío o de miedo.

—Señor Samuel J. Vacuitis. Tenga la bondad de sentarse ahí por favor.

Así lo hice. En medio del cuarto había un pequeño sillón color amarillo muy intenso. Parecía muy confortable.

—Le recuerdo que está en el Centro de Regeneración Afectiva Malthus. Según me informan, usted accedió a este lugar por su propia voluntad. Es mi deber comunicarle que antes de traerlo hasta esta habitación hemos leído detalladamente su expediente. Ahora sabemos al detalle todo lo acontecido entre usted y la señorita Sophie.

—Dígame usted si eso debe alegrarme o entristecerme.

—Lo siento señor, no puedo responder a esa clase de preguntas. Me limitaré únicamente a informarle cuanto se me ha encomendado. Después de haber analizado cuidadosamente su caso, nuestras autoridades han decidido que el mejor encuentro entre usted y la señorita Sophie debe ser el que hemos preparado. Le deseo buena suerte.

La mujer salió del cuarto, cerró la puerta y se apagó la luz, dejándome sumergido en un mar de dudas que me daban vueltas en la cabeza como serpientes desquiciadas en busca de salida. ¿Por qué me había deseado buena suerte? ¿Por qué se había negado a responder mi pregunta? Pronto sabría la respuesta, mas ¡oh Dios!, mejor hubiera sido un disparo certero en el pecho que haber presenciado aquella escena, ¡maldita sea!, pues aún hoy, después de muchos años, la tengo tan viva y caliente en mi memoria que cualquier reminiscencia me provoca una crisis de nervios intolerable. ¿Pero qué pasó?, preguntarán ustedes. Sí, qué pasó. Será mejor decirlo de golpe. Se abrieron las cortinas y ahí, detrás de un enorme cristal, estaba ella completamente desnuda haciendo el amor con otro hombre.

Nunca he sabido a ciencia cierta lo que me sucedió después, únicamente recuerdo que me vi sentado al borde de un camillín en la enfermería central del Instituto Malthus. Un médico trataba de explicarme algo, pero yo no podía entender del todo sus palabras debido a la insoportable sensación de mareo. Pregunté a varios de ellos que deambulaban por ahí, pero ninguno me hizo el menor caso. Así estuve durante un rato, hasta que por fin se me acercó una enfermera. La recuerdo bien por sus ojos enormes y un par de dientes frontales que siempre asomaban por encima de su labio inferior. Me dijo que ante la visión de choque mi

reacción había sido frenética y bastante más explosiva de lo esperado, pues al parecer no sólo me había puesto a gritar como energúmeno injurias obscenas contra el instituto y la señorita Sophie, sino que había intentado golpear a dos terapeutas que se me acercaron con el propósito de controlarme. Parecía usted una fiera herida, me dijo aún con los ojos retraídos en señal de instintiva defensa, y sin que yo le pidiera más detalles me explicó que después de haberme arrojado sobre uno de ellos para morderlo enfurecidamente en la pierna derecha, por fin pudieron someterme con una camisa de fuerza y la ayuda de otras dos personas. Hasta entonces comprendí de dónde venían aquellos moretones en mis brazos. Bah, en esos momentos lo que menos deseaba eran explicaciones.

—¿Dónde está ella? —insistí—, ¿por qué no me dejan verla? ¡Vamos, respóndame!

Creo que la asusté porque abandonó la enfermería sin decirme nada. ¿Qué estaba pasando? Aquello era una locura. Poco antes yo había llegado feliz a ese edificio con la esperanza de terminar con aquella separación siniestra y ahora de pronto me veía transformado en un hombre paranoico, violento y humillado como les pasa a los perros que pelean a dentelladas sobre las sobras de un almuerzo callejero. Muerte o placer. La vida se había transformado en una caverna de inagotable fastidio. Al cabo de un rato, para mi sorpresa, volvió la misma enfermera. Me dijo que la siguiera. Yo me negué diciéndole que no estaba dispuesto a soportar otra vez una escena tan horrible. Pero aquella diminuta mujer de ademanes siempre tan precisos y elocuentes me calló.

—Guarde silencio. Todo va a salir bien esta vez, se lo prometo, pero por favor no haga ninguna clase de escán-

dalo. De aquí en adelante será muy importante que no se haga notar demasiado. Vamos, su tiempo de visita ya casi se ha agotado.

Otra vez me vi caminando en busca de mi fantasma. Cruzamos dos patios enormes, cámaras, galerías, columnas solares. De nuevo llegamos a la boca de una escalera y descendimos dos niveles. Al final llegamos a un cuarto apenas iluminado por una luz naranja muy tenue. Adentro no había nada, salvo una silla verde y un cuadro colgado en una de las paredes. Me detuve en seco porque inmediatamente advertí que se trataba de una obra prohibida desde hacía muchos años por los censores oficiales del Templo Mayor, ¿cómo podía ser?, y sin embargo no había duda. Ahí estaba el mismísimo cuadro *Azul cielo* de Wassili Kandinsky. Me pareció tan apacible, tan infinito, como si todo el conjunto fuera una hoja en alta mar apenas desplazándose sin ninguna clase de rumbo, pues todo lo pintado por ese hombre estaba lleno de libertad. Ah, cuán profundamente conmovido me sentí porque jamás imaginé que algún día observaría de cerca aquellos seres en forma de vacas, duendes y gusanos fantásticos que de un lado hacia otro parecían flotar sobre el vacío.

—Por favor no se mueva de aquí, señor Vacuitis.

Me senté en la silla verde y durante varios minutos me dejé llevar por la visión extática del cuadro, hasta que una mano tibia me regresó al mundo. Era Sophie. Nos abrazamos sin decir palabra, como si fuéramos dos fantasmas desgarrados por un viento helado. Entonces abrimos cicatrices mal cerradas y así nos mantuvimos extraviados en los labios de cada uno hasta ese momento de mareo que nubla todo placer. Desde adentro algo estalló. Caracolas de rabia. Inmundos tormentos oprimían mi garganta.

—¿Por qué hiciste eso, Sophie?

Me rechazó como si una explosión cercana la hubiera asustado.

—No sé de qué me habla, profesor Vacuitis.

—Hacías el amor con un hombre. Te vi detrás de un cristal.

—Ah, era eso. No tiene mayor importancia. Se trata de una simple tontería.

Nada me impedía reprochar ortodoxamente. Después de todo Sophie me había humillado sin la más mínima consideración. Podía entonces tomarla de los brazos y estrujarla sin piedad, como ella había hecho conmigo, hasta eliminar toda inmundicia, todo remanente de pecado. Sin embargo, al mismo tiempo me invadió una sensación de tranquilidad espiritual más allá de mi voluntad agresiva. Su presencia era real y tenía la simplicidad de un acto perfecto.

—Mi sexo está intacto. Puedo fornicar a placer, dos, incluso tres veces por semana, pero nada de eso tiene relación con el amor. Se trata nada más de un sistema conveniente para reactivar nuestra debilidad emocional. Eso es lo que nos dicen. Al principio me gustaba, lo confieso. Era como engullir un tónico dulce. Cada uno de mis amantes proporcionaba infinitas combinaciones de placer. Me obsequiaban regalillos perfumados, untaban mi cuerpo con aceites y cremas vigorizantes de Arabia. Una hoja de sándalo en mi boca, chorrillos de miel untada en mi ombligo. Todo sutil, perverso, refinado. Sin embargo, después de haber saciado todas esas curiosidades vino la tromba. Empecé a tener dolores de cabeza por cualquier cosa. Me daba asco la carne cruda. A veces he llegado incluso a vomitar. Sí, exacto, como si estuviera encinta.

¿Debía creerle? Yo nunca he visto a una mujer arrepentirse de haber hecho el amor con deleite. Sin duda trataba de apaciguar mis celos a fuerza de sutiles excusas y pequeñas fantasías infantiles. Por un momento hasta llegué a compadecerla.

—No llores. ¿Por qué no te olvidas de todo y tratamos de volver al principio? Ven conmigo. Podríamos vivir juntos. Recomenzar las cosas.

—No profesor, cómo cree. Eso sería imposible. Tarde o temprano darían con nosotros. Nos pondrían en la picota del concubinato. Además, se adelanta usted a mis pretensiones. El caso es que... Bien, será mejor decirlo de una vez por todas, sin rodeos. Usted no me interesa profesor, al menos no como un compañero amoroso. A lo sumo podríamos llegar a un acuerdo amistoso que nos permitiera seguir siendo amigos, o algo parecido.

De cualquier manera me porté como un verdadero estúpido. Ni siquiera ahora puedo comprender del todo por qué rayos dejé a Sophie hablando sola mientras yo me daba la media vuelta y salía huyendo de aquel infame instituto. La vida es una cosa incomprensible. A veces simplemente actuamos como cabras, impulsados por un miedo que aturde y aniquila. Siempre deseamos cruzar la cerca.

Pasaron semanas, meses tal vez. El caso es que yo creía haberme olvidado de Sophie, porque a medida que transcurrían los días, tenía la impresión de que a mi alrededor cada persona, cada objeto, ya no estaba tan vinculado al recuerdo de Sophie. En cierto sentido fueron días agradables. Podía holgazanear a mi antojo. Visité museos, me hundí en los sótanos prohibidos de algunas tiendas nash, donde más allá de las prendas exóticas, uno puede acercarse a otros cuerpos y tocarlos sin que se disparen las

alarmas ni los reclamos legales. Justamente en el sótano de una de esas tiendas viscerales oí a un grupo empedernido de *malfuzhos* intercambiándose consignas contra la prohibición del tabaco y el roce de los cuerpos. *Tolerance, tolerance!*, gritaban a saltos y unidos en un coro estridente que a ratos debía ser acallado por el dueño de la tienda, siempre vigilante y atento a la más mínima sospecha policial. Aunque todo hay que decirlo. Muchos de esos dueños asumían felices esa clase de riesgos, pues a cambio, los chicos debían consumir obligadamente por lo menos una prenda de vestir reciclada, de tal manera que en un buen día de jóvenes eufóricos, las ganancias podían ser mayores que todo lo obtenido por un mes de venta limpia.

Yo, devorado por mi desocupación, también me dejé llevar por aquel frenesí clandestino, y por lo menos un par de veces me puse a saltar y a gritar consignas de libertad junto a otros jóvenes universitarios. Ahí volví a disfrutar el sabor de un cigarrillo. Me reí como un idiota escuchando sandeces de todos colores junto a un par de chicas que apenas podían ver mi rostro en aquella semipenumbra pestilente a sudor y a tabaco. ¿Acaso importaba ser visto? Me hubiera dado igual, lo juro. Embebido en mis propias burbujas de placer, ni siquiera me importó el intoxicamiento que me produjo un licor de pésima calidad que de mano en mano hicieron circular los muchachos reunidos aquella tarde en la tienda de ropa Chez Blue. Ni siquiera cuando tuve que vomitar desesperadamente en el retrete de aquel sótano, se me ocurrió pensar que esa parte de mi vida estaba siendo un desperdicio. Todo aquello valía por su propio peso. ¿Acaso la vida no está llena de necedades felices?

\* \* \*

*Profesor Vacuitis. No se sorprenda, simplemente soy yo, Sophie. Espero que esta carta le llegue a usted íntegra. No hace falta decirlo pero desde hace años, un comité censor del instituto revisa minuciosamente cada mensaje recibido o enviado al interior de sus muros. Vivimos atados al periscopio de las miradas. Por tanto, pido su comprensión si acaso nota parquedad en mis palabras.*

*Hoy sigo preguntándome por qué se marchó tan de repente. ¿Celos? ¿Frustración? Me cuesta trabajo pensar que todo se debió a la simple visión de un acto corporal: yo, ejecutando una práctica sexual con un hombre. Si huyó sólo por eso, entonces sí me habrá decepcionado de verdad. Usted mismo solía repetir de maneras distintas que la moderna sexualidad se ha sublimado demasiado, a tal grado que hemos levantado altares donde acaso debíamos haber colocado un simple ramo de flores. Cuántos dardos calientes nos lanzó en clase, ¿recuerda? El sexo puede ser infinitamente menos pernicioso que una palabra mal empleada, nos decía, o bien señalaba con su dedo sapiente a uno de nosotros y le ordenaba ponerse de pie nada más para someterlo a un cuestionario aleccionante sobre asuntos propios del erotismo reprimido y del sexo castrado, que desde su perspectiva, todos sufríamos debido al congénito maleficio de la civilización extrema que habíamos alcanzado. Todo ello, por supuesto, salía de su boca bien seleccionado y aderezado con metáforas certeras, o bien a través de frases iluminadas por el prestigio de consagrados filósofos, algunos de ellos prohibidos para siempre, de tal manera que muchas veces éramos capaces de transformar lo prohibido en sublimada virtud, y más allá de nuestros fundados temores, lográbamos reflejarnos en las aguas dulces de un pozo profundo.*

*Así fue, así era usted en clase, profesor Vacuitis. Nos deleitaban sus disertaciones porque lograba exorcizar muchos de*

nuestros más arraigados temores. Nadie se lo habrá dicho, estoy segura, pero a veces, después de su clase, a todos nos pasaba que teníamos la boca reseca y los hombros entumidos. Cuando usted decía la última palabra, antes de abandonar el salón, yo me daba cuenta de que algunos de mis compañeros tenían la espalda y las axilas mojadas, como si hubiesen entrado a clase después de ir al gimnasio, o peor aun, como si todos a un mismo tiempo nos hubiésemos ido y venido, para no usar esa palabrita «orgasmo», sacada de la nevera biológica.

Pero no se crea tan importante. Todo se debía, se lo juro, a la extrema tensión que nos provocaban por una parte sus ideas y, por otra, a la demoníaca sensación de que en cualquier momento podíamos ser descubiertos por las autoridades censoras de la universidad. ¿Qué hubiera sucedido, me pregunto, si alguna vez, una nada más, usted y todos nosotros hubiésemos sido sorprendidos en plena discusión freudiana por algún inspector del MOA? Tal vez ni usted ni yo estaríamos aquí para contarlo. Afortunadamente eso nunca sucedió. Pudo más su buena suerte y nuestras mendaces cabriolas para contener incluso a los profesores más perspicaces que alguna vez llegaron a sospechar algo. Así como lo oye. Por lo menos tres veces durante un año, todos sus alumnos (y cuando digo todos es porque yo me incluyo, por supuesto), debimos organizar diversas estrategias de ataque a fin de conjurar las malas intenciones que mostraba, por ejemplo, el decano Goncourt hacia los contenidos del curso que usted impartía. Créame, de no habernos organizado concienzudamente como lo hicimos, a fin de persuadir primero a la asistente cara de sapo y después al mismo profesor Goncourt, haciéndole ver en todo momento los progresos y la gran cantidad de experiencias teóricas tan positivas y formadoras que de usted recibíamos, seguramente sus problemas en la universidad habrían empezado mucho antes de la absurda obstinación que lo condujo a enamorarse de mí. Por lo menos

tres profesores eméritos ya lo tenían en la mira: André Borgelli, Sebastian Goncourt y Marguerite Bonell. Desde un principio lo supimos, porque a la menor oportunidad que teníamos de conversar con alguno de los tres, bien en un pasillo o en la cafetería, indistintamente dejaban escapar elogios hacia su curso, lo cual nos parecía sospechoso. ¿Qué hubiera pasado sin nuestra intervención? La respuesta es simple. Por lo menos el decano Goncourt hubiera empezado a espiar sus movimientos, sus horas de entrada y salida. Lo hubiera persuadido para que le hiciera llegar copias de sus notas, bitácoras pormenorizadas de cada clase, reportes, datos, anotaciones incidentales, todo. Enseguida le hubiera enviado dos o tres inspectores del MOA bien apercebidos contra lo que él llamaba pomposamente «las excentricidades intelectuales del señor Vacutis». No lo dude, sin la oportunísima intervención de sus estudiantes, simple y llanamente ese hombre se las hubiera arreglado para que lo echaran a la calle como a un perro.

Pero bueno, debe usted pensar que sólo pretendo burlarme de su lamentable situación. Nada de eso profesor. De cualquier manera su condición actual es casi como la de un expulsado. Vamos, no tome tan en serio estas cosas. La vida se encargará de poner a cada uno de esos patanes en su lugar. Mientras tanto, yo sigo aquí reclusa en mi prisión de chocolate. Por cierto, si de algo le sirve saberlo, cada día aborrezco más este lugar. Todo se ha vuelto tan absurdo y rutinario como si estuviera metida en el nicho de una enorme noria sin oficio ni beneficio, pues muy contrario a lo que me habían prometido cuando ingresé, ahora me abruma la terrible sensación de que estoy metida en una de tantas prisiones que abundan por este lado de la ciudad. Se lo digo francamente, a sabiendas de que esta carta será sacada de su sobre y leída antes de llegar a sus manos. (Qué más da. Todos los días deben leer decenas de cartas parecidas). Desde el mismo instante en que me notificaron que ya había superado la primera fase de

sensibilización, muchos mimos y atenciones desaparecieron como por arte de magia. De pronto mi pequeña piscina se vio reducida a un miserable pozo sin agua. Se acabaron los platos de carne fresca, pescado a la carta, frutas del trópico y otras delicias que podíamos disfrutar a capricho. Puff, imagínese, hasta llegaban a darnos de vez en cuando un trocillo de porrón americano aderezado con aceitunas andaluzas y una exquisita salsa de higos. Ahh, se me olvida lo mejor. Esto debo decirlo en voz baja. De vez en cuando la dirección del Instituto nos obsequiaba con un vaso de vino tinto. Imagínese un trago delicadamente perfumado de vino barbaresco, elaborado con las mejores uvas piemontesas, mmm, se me hace agua la boca.

Pues todo eso terminó, y lo peor es que inmerecidamente nos han derrotado. Ahora deambulamos por los pasillos como fantasmas. Todas estamos flaquísimas. Si usted me viera entendería lo que le digo. El espejo no miente. Por las mañanas, cuando despierto, lo primero que hago es meterme al baño y acercarme al espejo. Entonces doy inicio a un extraño ritual. Me desnudo de pies a cabeza, saco mi lengua oxidada y la pego al espejo para sentir que toco la puntita de otra mujer. A partir de ahí empiezo a palpar con sumo detenimiento cada parte de mi cuerpo: rostro, cuello, brazos, axilas, cada uno de mis senos pequeñitos como peras. Después voy tocando, palmo a palmo, cada pliegue de mi abdomen, y así continúo con caderas, muslos, pantorrillas y tobillos hasta llegar al dedo gordo del pie derecho. En esos momentos de verdad soy capaz de percibir cualquier engrosamiento bajo la piel, por más pequeño que éste haya sido. Se trata de una clase de anorexia perversa y deliciosa al mismo tiempo. Cierro, lo admito, nunca elegí esta clase de abnegación tan salpicada de crueldad, pues no sólo han debilitado mis músculos y huesos, todo mi cuerpo ha perdido consistencia, volumen y pesantez, como si estuviera en pleno proceso de momificación. Sin embargo, ya sabe, los seres humanos

terminamos por acostumbrarnos a todo. Ahora no sólo acepto mi apariencia sino que me deleito en ella. Me gusta mi cuerpo así como está, flaco y decadente. Lo contemplo y me parece que estoy ante una obra maestra de creación marginal. No se imagina, profesor Vacuitis, cuánto disfruto como una ramerilla vulgar cada vez que contemplo mi costillar inflado bajo la piel. Es mi coraza endeble, mi pequeño galeón adormecido. No, no se asuste, nada de esto tiene que ver con la terrible enfermedad que padezco, por el contrario, según me ha dicho el doctor Michelle Bonard, todo ese régimen alimenticio, sumado a las potentes inyecciones y sesiones de terapia nuclear que recibo cada tercer día, me han ayudado a contrarrestar de una forma sorprendente los efectos del virus destructivo que, según parece, devora a pedazos cada órgano de mi cuerpo. Justamente hace dos días me practicaron el último recuento sanguíneo. Los resultados no pueden ser más alentadores. El propio doctor Bonard vino hasta mi habitación para notificarme sobre el aumento constante en el nivel de linfocitos. ¿Puede imaginarse mi alegría? Es como si desde algún remoto continente, un mando secreto me hubiera enviado un ejército poderoso, tanto en armas como en suministros médicos. Suficiente fuerza como para diezmar lentamente a mis pequeñísimos enemigos. Sin embargo, sé que nunca debo estar del todo segura, pues muchas cosas me indican que en lo más profundo de mi sangre no se libra una guerra a campo abierto, como sucedía en aquellos siglos románticos del viejo Napoleón. Más bien presiento que mis anticuerpos atacan furtivamente como hacían los antiguos guerrilleros del trópico. Destruyen instalaciones, depósitos enemigos, tienden emboscadas a patrullas y convoyes, cortan las líneas de comunicación. Se contienen, debaten, destripan dos, tres proteínas antígenas y luego huyen a lo más profundo del torrente sanguíneo.

Espero verlo pronto.

Suya. Sophie

sensibilización, muchos mimos y atenciones desaparecieron como por arte de magia. De pronto mi pequeña piscina se vio reducida a un miserable pozo sin agua. Se acabaron los platos de carne fresca, pescado a la carta, frutas del trópico y otras delicias que podíamos disfrutar a capricho. Puff, imagínese, hasta llegaban a darnos de vez en cuando un trocillo de porrón americano aderezado con aceitunas andaluzas y una exquisita salsa de higos. Ahh, se me olvida lo mejor. Esto debo decirlo en voz baja. De vez en cuando la dirección del Instituto nos obsequiaba con un vaso de vino tinto. Imagínese un trago delicadamente perfumado de vino barbaresco, elaborado con las mejores uvas piemontesas, mmm, se me hace agua la boca.

Pues todo eso terminó, y lo peor es que inmerecidamente nos han derrotado. Ahora deambulamos por los pasillos como fantasmas. Todas estamos flaquísimas. Si usted me viera entendería lo que le digo. El espejo no miente. Por las mañanas, cuando despierto, lo primero que hago es meterme al baño y acercarme al espejo. Entonces doy inicio a un extraño ritual. Me desnudo de pies a cabeza, saco mi lengua oxidada y la pego al espejo para sentir que toco la puntita de otra mujer. A partir de ahí empiezo a palpar con sumo detenimiento cada parte de mi cuerpo: rostro, cuello, brazos, axilas, cada uno de mis senos pequeñitos como peras. Después voy tocando, palmo a palmo, cada pliegue de mi abdomen, y así continúo con caderas, muslos, pantorrillas y tobillos hasta llegar al dedo gordo del pie derecho. En esos momentos de verdad soy capaz de percibir cualquier engrosamiento bajo la piel, por más pequeño que éste haya sido. Se trata de una clase de anorexia perversa y deliciosa al mismo tiempo. Ciertamente lo admito, nunca elegí esta clase de abnegación tan salpicada de crueldad, pues no sólo han debilitado mis músculos y huesos, todo mi cuerpo ha perdido consistencia, volumen y pesantez, como si estuviera en pleno proceso de momificación. Sin embargo, ya sabe, los seres humanos

terminamos por acostumbrarnos a todo. Ahora no sólo acepto mi apariencia sino que me deleito en ella. Me gusta mi cuerpo así como está, flaco y decadente. Lo contemplo y me parece que estoy ante una obra maestra de creación marginal. No se imagina, profesor Vacuítis, cuánto disfruto como una ramerilla vulgar cada vez que contemplo mi costillar inflado bajo la piel. Es mi coraza endeble, mi pequeño galeón adormecido. No, no se asuste, nada de esto tiene que ver con la terrible enfermedad que padezco, por el contrario, según me ha dicho el doctor Michelle Bonard, todo ese régimen alimenticio, sumado a las potentes inyecciones y sesiones de terapia nuclear que recibo cada tercer día, me han ayudado a contrarrestar de una forma sorprendente los efectos del virus destructivo que, según parece, devora a pedazos cada órgano de mi cuerpo. Justamente hace dos días me practicaron el último recuento sanguíneo. Los resultados no pueden ser más alentadores. El propio doctor Bonard vino hasta mi habitación para notificarme sobre el aumento constante en el nivel de linfocitos. ¿Puede imaginarse mi alegría? Es como si desde algún remoto continente, un mando secreto me hubiera enviado un ejército poderoso, tanto en armas como en suministros médicos. Suficiente fuerza como para diezmar lentamente a mis pequeñísimos enemigos. Sin embargo, sé que nunca debo estar del todo segura, pues muchas cosas me indican que en lo más profundo de mi sangre no se libra una guerra a campo abierto, como sucedía en aquellos siglos románticos del viejo Napoleón. Más bien presiento que mis anticuerpos atacan furtivamente como hacían los antiguos guerrilleros del trópico. Destruyen instalaciones, depósitos enemigos, tienden emboscadas a patrullas y convoyes, cortan las líneas de comunicación. Se contienen, debaten, destripan dos, tres proteínas antigénicas y luego huyen a lo más profundo del torrente sanguíneo.

Espero verlo pronto.

Suya. Sophie

Aquella madrugada no podía dormir. Los pies se me habían helado y cada tres o cuatro minutos un ramalazo de calosfríos me corría por toda la espalda sin detenerse, como si fuera una onda expansiva que termina estrellándose en el muro de mis dientes. Castañeteaba, sorbía mis propios mocos o estornudaba maldiciéndome por no haber pagado los dos últimos meses de calefacción ordinaria. ¡Eres un miserable!, me maldije en medio de la oscuridad. Para colmo de males debía también algunas semanas de luz, agua potable y servicio telefónico. De ese modo me invadió la certeza de que mi vida se degradaría por completo en un lapso no mayor de dos o tres semanas. Y si las cosas no cambiaban pronto, me arrastraría la miseria hasta el fango de los *malfhuzos* traficantes de tabaco. ¿Y todo por qué?, me preguntarán, pues simple y sencillamente porque cada vez me llegaban menos francos de los prometidos por el Supremo Tribunal del Templo Mayor. Cuánto los maldije por aquellos días, pues de buenas a primeras me redujeron casi a la mitad lo que me correspondía por decisión del juez, es decir, el equivalente al salario mínimo que mensualmente gana un profesor universitario de rango superior. Ahora esa cantidad sustituta, convertida en limosna, sólo me servía para proveerme de lo estrictamente indispensable. Cualquier error, cualquier gasto superfluo desencadenaba desgracias. Por lo menos podían venir tres o cuatro días de hambre perruna. Con frecuencia me veía obligado a terminar el mes durmiendo en algún albergue para indigentes, donde podía comer lo estrictamente necesario para sobrevivir, hasta que por fin llegaba el día de mi pago mensual.

Pero esa vez había decidido afrontar mis miserias en casa. No más albergues, no más comidas para indigentes. Era cuestión de orgullo. Y sin embargo, esa misma noche claudiqué, me arrepentí como nunca, por Dios. Cuánto hubiera dado por un plato caliente de judías, lo juro. Poco a poco el ardor de estómago se fue haciendo insostenible. Estuve a punto de salir de casa aullando como un lobo hambriento en busca de cualquier refugio para mendigos. Pero con el frío que hacía hubiera sido la estupidez más grande del mundo aventurarme por las calles, y más a esas horas de la madrugada. Además, pronto amanecería y por fin podría acercarme a la ventanilla del banco a cobrar mi pago mensual. ¿Cómo podría dormir en medio de tal ansiedad? Me sentía ahogado, sumergido en el caos. Sin embargo, pudo más el cansancio. Dos plomadas pesadísimas empezaron a posarse sobre mis párpados. Poco a poco me fui quedando dormido hasta que oí, como en un eco lejano, el timbre de la calle. Me levanté catapultado. Nadie timbraría a esas horas si no tuviera una razón muy importante para hacerlo. Y en efecto, así fue.

—Buenos días, profesor Vacuitis. Lamento molestarlo a estas horas de la madrugada, pero no encontré otro momento adecuado. Por favor déjeme pasar, es muy urgente.

Creo que yo acababa de salir de un pequeño pero profundísimo sueño, porque a pesar de mis esfuerzos no podía distinguir al hombre que permanecía detrás de mi puerta.

—Mi nombre es Sebastian Goncourt, decano de la universidad. Debe recordarme.

Claro que lo recordaba. Su nombre circulaba de boca en boca por toda la universidad como una exhalación de aire podrido.

—Ah, es usted, contesté con desgano. Pase.

Goncourt entró de prisa a mi departamento. Inmediatamente supe que alguien lo seguía, pues él mismo intentó cerrar la puerta jadeando y llevándose repetidas veces las manos a la cabeza. Más que su presencia, lo que realmente me impresionó del profesor Goncourt fue la repentina certeza de que en muy poco tiempo se había consumido. Ahora tenía canas, su rostro ya no era gordete sino afilado y sus ojos parecían haber perdido aquella vivacidad tan contagiante, propia de un hombre inquisitivo, recio y pertinaz. Ahora, en cambio, sus ojos parecían lamparillas a media luz enterradas entre dos surcos profundos y oscuros. Estaba sumamente inquieto. No dejaba de moverse de un lado a otro.

—Por favor, tome asiento profesor. ¿Puedo ofrecerle una taza de café?

—Se lo ruego.

Mientras estaba en la cocina preparando el café, me asaltaron toda clase de dudas. ¿Acaso el profesor había cometido algún delito clase B o C y desesperado había decidido refugiarse en casa de un antiguo colega, incapaz de denunciarlo? ¿Pero de qué podía huir un hombre tan severo y servicial? Nunca, nadie en la universidad le había conocido una falta, la más mínima llamada de atención por parte de las autoridades estatales, mucho menos una detención. Goncourt siempre nos pareció uno de esos pocos ciudadanos intocables. Por tanto, decidí que lo mejor sería no hacer preguntas.

—Gracias, Vacuitis. Es usted muy amable. Como verá, no he venido a molestarlo de madrugada para que me invite una taza de café. Iré al grano ¿Qué le dice el nombre de Miriam?

Seguramente notó mi sorpresa, pues una vez lanzado aquel proyectil, todo su cuerpo se hundió en el mueble como para darme tiempo de respirar. Yo me puse nervioso, porque inmediatamente comprendí que aquel encuentro en casa entre la inspectora del MOA y yo había llegado mucho más lejos de lo permisible.

—Bueno, dije, un tanto esquivo. En esta ciudad hay muchas mujeres con ese nombre.

Sonrió irónico.

—Sí, tiene razón, pero muy pocas mujeres con ese nombre son miembras activas del Ministerio para el Orden Académico.

—No sé de qué me habla. Como habrá podido darse cuenta, desde hace tiempo mi trabajo en la universidad se ha visto interrumpido por causas ajenas a mi voluntad. Pero tampoco creo que usted haya venido a visitarme a estas horas nada más para escuchar mi versión particular sobre las causas de mi suspensión laboral.

—Vamos Vacuitis, déjese de tonterías. Claro que no he venido con ese propósito. La cosa es mucho más grave. En la universidad se rumora que usted tuvo un encuentro bastante sospechoso con la inspectora Miriam, precisamente aquí en este departamento. ¿Es verdad eso?

—Sí, es verdad. Pero una cosa es cierta, yo jamás la invité. Fue ella quien vino aquí por iniciativa propia. De hecho, no sé cómo consiguió mi dirección. Además, sólo mantuvimos una conversación de lo más trivial sobre asuntos relacionados con la vida académica en la universidad. Luego ella tomó un poco de café igual que lo hace usted ahora. Nada importante, se lo juro.

—Vamos, vamos, tranquilícese. En realidad no me importa lo que usted y la inspectora del MOA hayan hecho

en este departamento. Lo verdaderamente importante vendrá a partir del momento en que yo salga por esta puerta.

—Explíquese, por favor.

Estas palabras mías lo crisparon de un modo incomprendible para mí. Goncourt se llevó las manos a la frente echándose hacia atrás como para tomar una bocanada de aire. En esos momentos me pareció más viejo que nunca.

—¡No, explíquese usted! No me diga que no lo sabe.

—Claro que no. Sea lo que sea no estoy enterado, y además no le permito que me levante la voz de esa manera. Recuerde que en estos momentos usted ya no es mi jefe.

Debí parecer convincente porque inmediatamente el profesor Goncourt miró a todos lados como para cerciorarse de que nadie más lo estaba observando.

—Escúcheme bien, profesor Vacutis. Ha habido un atentado. Un terrible y artero atentado terrorista en el que murió un guardia pretoriano de altísimo nivel. ¿Eso le dice algo o tengo que ser más explícito?

Creo que yo también me enfurecí porque en las palabras de Goncourt había un tono acusatorio que me pareció intolerable.

—¿De qué me habla? ¿Del atentado terrorista ocurrido ayer a la entrada del Templo Mayor? Claro que lo sé. Todo París está enterado del suceso. En las noticias no se habla de otra cosa. ¿Pero qué demonios tengo yo que ver con ese asunto?

Goncourt era un viejo diablo. Desde hacía muchos años practicaba con maestría el arte sutil de enfrentar a las personas. Pero sabía hacerlo de tal modo que al final sus adversarios quedaban agradecidos del modo más extraño, como cuando un pez da gracias a su pescador por haberle

desencajado el anzuelo de la boca. Así empecé a sentirme cuando me confesó lo siguiente:

—Ayer detuvieron a la señorita Miriam. Se le acusa de haber planeado toda la operación.

Fue un cubetazo de agua helada en mi cabeza. Me puse de pie y comencé a dar vueltas por el pequeño salón como si estuviera metido en una jaula. Entonces fue Goncourt quien me ofreció café, pero yo lo rechacé de un manotazo. Por allá fue a volar la taza. Tomé a Goncourt por el cuello de su camisa y lo aprisioné contra la pared.

—Miserable, dígame la verdad, ¿quién lo mandó? Ustedes, burócratas universitarios, son todos iguales. Llegan cada mañana a su despacho repleto de reconocimientos inútiles, se tiran de culo en una silla de lo más exquisita y entonces, sin mover siquiera un párpado, un cornete de la nariz, empiezan a jugar con un lápiz entre los dedos, ¿y sabe por qué? Claro que lo sabe, y si no lo sabe yo se lo voy a decir, querido profesor. Porque necesitan serenar sus demonios interiores mientras la mente planea con lujo de vulgaridad y libertinaje, mil formas de joder a otros colegas como yo. No, espere, aún no he terminado. ¿Por qué sonrío? Seguramente hoy pretendía ser un día grandioso para usted, porque tal vez por la mañana, mientras su culo todavía no se calentaba en la silla ejecutiva, muchas veces se dijo: vamos a joder de una buena vez al idiota de Vacutis, después de todo ya no trabaja por aquí. Nada pierdo, será divertido y sobre todo no es alguien de quien se pueda temer. Pero lamento arruinar la fiesta profesor, porque si usted cree que yo tengo algo que ver con esa ramera y con ese atentado, está usted tan equivocado como yo de haber nacido en esta ciudad de locos. Ahora fuera de mi casa.

Pero entonces, con tremenda fuerza me sujetó de las muñecas y haciendo un movimiento brusco dio una especie de giro torciéndome el brazo. Creo que grité. Goncourt me soltó y esperó a que me calmara.

—Ahora siéntese y escúcheme de una buena vez.

Literalmente fui arrojado al sillón.

—Yo no tengo nada contra usted, pero ellos sí. Desde un principio lo implicaron. ¿Cómo? Usted ya conoce el procedimiento. Saben todo. Rastrear como sabuesos hambrientos. ¿Por qué aceptó aquel tubo labial en clase, Vacuitis? Acaso los creyó tan ingenuos. Se me ha informado que había dos inspectores más del MOA en el salón de clase y que usted, con total desparpajo, aceptó aquel tubo labial. Para ellos estaba claro. Usted estaba recibiendo una señal de contacto.

—Pero qué diablos. Eso es lo más ridículo que he escuchado en mi vida. Ese tubo de labios no significa nada. Miriam lo puso en mi mano, así de simple. Igual que ahora yo podría hacerlo con usted. ¿Por qué habría de significar algo en especial?

Era inútil, mientras trataba de convencer a Goncourt yo mismo caía en la cuenta de mi absurda explicación. Todo encajaba. Para ellos Miriam y yo habíamos establecido una especie de pacto secreto, acordado primero mediante la entrega de un simple tubo labial. Más tarde Miriam había decidido visitarme fuera de servicio a fin de ultimar detalles. Era como la fémica errante de las antiguas leyendas en busca de su varón asesino. Según las últimas versiones oficiales, se decía que mientras Miriam y yo confabulábamos en mi departamento, muy cerca de ahí, en un garaje abandonado, tres cómplices más llevaban a cabo los últimos preparativos del aparato explosivo.

—Lo siento Vacuitis, pero en estos momentos lo menos importante es su versión de los hechos. Yo sólo he venido a advertirle. No hay tiempo que perder. Dentro de diez minutos deberá descender por la parte trasera del edificio. Un hombre con gafas estará esperándolo bajo el anuncio luminoso de coca-cola. Más tarde nos encontraremos de nuevo en un lugar secreto. Es todo.

Goncourt estaba a punto de salir pero yo lo sujeté del brazo.

—Espere. Si es verdad lo que está pasando, ¿por qué lo hace?

—Porque su vida está en peligro.

La puerta se cerró y afuera zumbó el viento.

\* \* \*

Goncourt no me había mentado. Media hora después, mientras viajaba en la cajuela de un auto desconocido, comprendí que todo cuanto me había dicho era verdad. Philippe, que así se llamaba el conductor del Mercedes rojo, encendió una grabación recién capturada minutos antes de haber llegado al anuncio luminoso de coca-cola. Una voz repetía con insistencia machacona los nombres de las cuatro personas oficialmente implicadas en el atentado del Templo Mayor. ¡Diablos! El corazón me dio un vuelco tras haber escuchado mi nombre junto al de Miriam.

Sin embargo, lejos de ponerme a pensar en lo absurdo de todo aquello, en la terrible injusticia que se estaba cometiendo contra mi persona, empecé a sentir una devastadora preocupación por la suerte de mis arañas. Cuán tristes y agotadas estarían a esas horas, encogidas en los rincones de cada una de las seis cajonetas que apenas unos días antes yo les había construido. Ahora, me preguntaba,

¿quién habría de complacer sus caprichos?, si nada más yo conocía el recóndito camino de sus obsesivos apetitos. Por ejemplo, cada tercer día salía de casa en busca de insectos: moscas, saltamontes, gusanos, hormigas, mariposas. De vez en cuando una libélula o si había suerte hasta una campamocha entraba en mi bolsa de plástico, todo con el único fin de consentir a mis arañas favoritas. En especial me gustaba desprender las alillas de las moscas y hundir sus cuerpecillos vibrátiles en gotas de miel reblandecida para después colocarlas, todavía medio vivas, en un punto estratégico de las cajonetas, de tal manera que pronto las arañas podían deslizarse a saborear su festín, o bien, si mejor les parecía, podían permanecer quietas durante horas en espera de que la pobre mosca enredase su cuerpo en la tela. Otras veces salía de casa durante casi todo el día en busca de arañas macho. Dos o tres eran suficientes. Los montaba en ramitas de árbol y de golpe los introducía hasta el fondo de las cajonetas. Entonces daba inicio un espectáculo que siempre me ha parecido maravilloso: hembra y macho se traban en una danza plena de complejos movimientos, donde patas, pedipalpos y quelíceros son usados como si fueran delicados instrumentos de ingeniería militar. A veces, como sucede en la cópula, el macho es devorado tan rápido como lo permiten las leyes del instinto. Pero otras veces ambas arañas retroceden, mueven sus patas hacia atrás y permanecen quietas durante días en espera de un descuido fatal. Todos esos pequeños recuerdos se agolpaban de un modo asfixiante en mi cabeza, motivados tal vez por ese terrible sentimiento de orfandad, propio de seres inútiles y desesperados como yo.

No puede ser, me dije en voz alta. Sophie ya estaría enterada de todo. A esas horas en el Instituto Malthus mi

nombre habrá pasado de boca en boca, manoseado como un sapo indescable que apenas se toca y luego es arrojado con asco. Lo peor del caso era que nadie, ni siquiera yo mismo, hubiera sido capaz de explicar a la pobre de Sophie cómo es que se había producido aquel enorme error que me involucraba de la manera más absurda. Porque más allá de la verdad, había una serie de fatídicas coincidencias, todas notables a simple vista y presentadas ante los ojos de cualquiera como claras evidencias de mi complicidad terrorista. Me preguntaba también si después de lo ocurrido a Sophie todavía le quedaría lugar para un recuerdo agradable hacia mí. No creo, volví a decirme. Seguramente al oír mi nombre en la radio debió haber vomitado en algún lavabo. Después debió haber llorado con rabia, maldiciendo la hora en que se topó conmigo. Pero un golpe seco, provocado por los frenos del auto, me devolvió a la gravedad ansiosa de mi nueva situación. Se abrió la cajuela e inmediatamente una luz de lámpara me hirió los ojos.

—No se preocupe —me dijo Philippe—. Si las cosas salen según lo previsto, muy pronto estará seguro en uno de nuestros refugios.

Yo, fatigado y nervioso como estaba, únicamente asentí con movimientos de cabeza. Las calles parecían desiertas. Por allá se veía solitario un borrachín pateando latas de cerveza. Mientras caminábamos una o dos calles rumbo al río, pensé mil veces en Sophie. La vi frente a mis ojos, pero creo que nunca me había dolido tanto su rostro, ni la sonrisa de sus labios. Entonces, en medio del frío, lloré como un adolescente ahogado en su propia frustración. Philippe tal vez notó algo en mis ojos porque no me preguntó nada, únicamente señaló con su mano una casa.

—Es ahí.

Fue todo lo que dijo. Antes de regresar al auto me entregó un pequeño maletín adornado con franjas violetas. Ni siquiera pude decir algo a Philippe. Simplemente desapareció de mi vista como un fantasma, dejándome sumergido en mis torbellinos de confusión. ¿Por qué estaba todo tan solitario, tan abandonado? A mi alrededor sólo había un montón de casas rojizas medio derruidas, cuyas nervaduras góticas conferían al aspecto de las fachadas un aire de lengüetas de fuego petrificadas desde siglos atrás. Nada me lo hubiera impedido. Por un momento sentí unos deseos irrefrenables de huir, de correr hasta reventarme los pulmones en el último callejón. Sin embargo era demasiado tarde. Arriba, tras una ventana oval, vi a un hombre que me hacía señas con la mano. Algo trataba de mostrarme con insistencia. Me acerqué la distancia suficiente para comprobar que el objeto que me mostraba era un maletín igual al que yo traía en mi mano. Otra vez la suerte estaba echada. El tiempo mira y nos mira de un modo obsesivo y cruel. Cuando se abrió la puerta de aquella casa comprendí que no importaba en absoluto lo que yo hubiera hecho. Me había convertido en un delincuente terrorista y punto.

\* \* \*

—¿Vacuitis?

—¿Lemand?

—Pasa por este lado. Aquí puedes dejar el maletín. Goncourt nos ha puesto al tanto de todo. La operación está lista. No, no digas nada. No hables. Estamos en peligro. A partir de este momento nuestra comunicación será

mínima. Las palabras quedan reservadas estrictamente para lo necesario, ¿entendido?

Yo asentí muerto de espanto porque estábamos casi a oscuras y no podía distinguir el rostro de mi interlocutor, únicamente sabía que era Lemand, mi pobre y viejo amigo de la universidad. Por absurdo que parezca, la presencia de Lemand, lejos de tranquilizarme un poco, sólo servía en esos momentos para aumentar mi confusión. Di unos pasos, trastabillé, pero no caí porque fui sujetado del brazo por una mano recia como de hombre curtido en faenas de campo. Allá detrás, junto a un sofá carcomido, brillaba la luz temblorosa de una lengüetilla de fuego. Lejos de tranquilizarme percibí en aquel débil destello la mala suerte de los que van hacia la muerte.

—Siéntate aquí por favor. Sólo es un montón de ropa vieja pero en las actuales circunstancias es como si fuera un sillón de verdad.

Pronto advertí que no estábamos solos. En el segundo piso de la casa había una mujer. Se llamaba Elvira. Tan pronto como supo de mi presencia bajó a reconfortarme. Sin decirme nada tomó mis manos entre las suyas, inmensas, nervadas, y así me tuvo atrapado en su calor como si yo fuera el hijo suyo que recién ha vuelto de la guerra. Tampoco hablaba porque tenía órdenes precisas de no hacerlo y porque era muy consciente de los infinitos peligros a nuestro alrededor. Sin embargo, desde el primer momento me pareció que el silencio había terminado por absorberse a través de su piel como una emulsión purificante. Hablaba nada más con las manos, casi con la punta de los dedos. Pero cada vez que lo hacía me comunicaba un secreto.

Entonces me dejaron solo, de tal manera que sin pensarlo mucho me recosté lo mejor que pude. Des-

pués de todo no parecía tan incómodo aquel montón de ropa vieja y yo estaba tan cansado que fácilmente podría haberme quedado dormido sobre un montón de piedras. Sólo entonces empecé a sentir un dolor muy intenso en la espalda, como si de pronto alguien hubiera alojado las cuerdas de mis músculos. No te vayas Sophie. Quédate conmigo. Acaricia mi espalda con tus manos. Sólo tú podrías hacerme descansar de verdad, sólo tú podrías regresarme al mundo. Pero también esas palabras huecas, calladas, casi vacías, eran soplos absurdos. Sophie no estaba ahí. Tal vez ya ni siquiera estaba en el Instituto Malthus. ¿Dónde te has ido? ¿Por qué no puedes venir conmigo? Fue lo último que dije antes de quedarme dormido.

Cuando Lemand me despertó sentí que mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Vamos, tienes que seguirme. ¡De prisa!

Su rostro estaba excitado. Tan pronto me miraba, volvía la cabeza hacia atrás como si estuviera ocultándose de alguien. Era evidente que algo grave estaba a punto de suceder. Cogí mi camisa lo más rápido que pude. Para mi sorpresa todo estaba ordenado. Muebles, objetos, libros. Hasta los hilachos de ropa vieja que habían amortiguado mi sueño, fueron removidos con extremo cuidado. Sin duda Elvira había trabajado mientras yo dormía. ¿Pero dónde estaba ella? Lemand me hizo una señal para que entrara al dormitorio principal. En cuanto ambos entramos cerró la puerta y me dijo que ahí podíamos hablar con mayor libertad, mas yo no dije nada. Permanecí callado como un animal asustado. Ahí también se respiraba otro orden bastante extraño, pues tanto la cama para dos personas, como los perfumes, el perchero y la vieja máquina de escribir, aún con la hoja ensartada en el rodillo, pare-

cían haberse dispuesto conforme al gusto de una pareja de jóvenes unidos a la usanza antigua, es decir, cuando la gente aún solía contraer matrimonio. Sin embargo, lo más impresionante de aquel dormitorio estaba colgado en la pared. Sobre la cabecera de la cama yacía colgado un cristo de madera negra con la cabeza llena de espinas enormes, el rostro ensangrentado y las piernas desgarradas por los costados. Nunca en mi vida había visto imagen tan terrible.

—No temas, Vacuitis, sólo se trata de un icono religioso. Esta casa, además de guarida, es un museo. Ya irás comprendiendo a su debido tiempo. Ahora por favor ayúdame con este mueble.

Juro por Dios que estaba petrificado. Mi mano derecha, casualmente apoyada en el perchero, temblaba.

—Sujétalo fuerte. De las patas y del marco superior. Eso es, ambos a la vez. Uno, dos, tres. Listo.

Ambos nos limpiamos el sudor de la frente. Entonces vi cómo Lemand corrió una puerta de tablones semipodridos e inmediatamente me urgió a entrar, pero una fétida humedad me golpeó en el rostro como si me hubiera acercado demasiado a la boca de un pez gigante. Retrocedí muerto de miedo.

—No temas amigo, esta será tu casa —me dijo, sin dejar de mirarme a los ojos. Nunca sabré si en aquella sonrisa suya había conmiseración o hastío.

—No te engaño —volvió a decir—. Será un trance tortuoso y difícil, pero si de algo te sirve saberlo piensa que esta es la única opción que tenemos de salvar tu vida.

Entonces Lemand se acercó, me mordió cariñosamente una oreja y empujó mi cuerpo hacia el interior. Yo, francamente idiotizado, bajé unos cuantos escalones sin

atreverme a más, pues además de la oscuridad, sentía que mis pulmones apenas podían con aquel aire tan enrarecido y cargado de humedad. La frente, el cuello, tal vez todo mi cuerpo estaba empapado en sudor. Traté de controlar mi ansiedad lo mejor que pude hasta que poco a poco, impulsado tal vez por esa estúpida necesidad de llevar el absurdo a sus últimas consecuencias, empecé a descender sin prestar demasiada atención a mis inútiles temores. Sobre mi cabeza escuché el crujir de la madera cerrándose. Es el fin, me dije. Pero cuando llegué al fondo de la escalera, un grito de mil demonios salió de mi garganta porque una mano acababa de atraparme el tobillo.

\* \* \*

—No grite Vacuitis. Soy yo.

—¿Quién es usted? ¿Por qué sabe mi nombre?

—No sea idiota... Muchas veces inspeccioné su clase en la universidad... Hace días usted y yo hicimos el amor de un modo despreciable... justamente bajo la regadera de su departamento... ¿lo recuerda?.

En ese momento una mano encendió la luz y ante mí apareció una mujer de cabellos revueltos. Estaba sucia y pálida como un cadáver. Al moverse manó de su cuerpo un olor nauseabundo. Santo dios, exclamé, porque a pesar de estar seguro de encontrarme frente a la inspectora del MOA, lo que mis ojos veían no correspondía en nada con la persona alegre, altanera y bien maquillada que yo había conocido. Ahora Miriam tenía la apariencia de una mujer envejecida cuyas ropas desgarradas parecían vestigios del terror vivo. Sus ojos, antes luminosos y brillantes, ahora se asomaban a duras penas, hundidos bajo dos surcos enor-

mes. Mi primera reacción fue tratar de limpiarle un hilillo de sangre que asomaba por su boca. Pero ella rechazó mi mano con un gesto de asco. También noté que le costaba mucho trabajo hablar. Pobre mujer, seguramente la habían golpeado.

—Ayúdeme. Quiero recostarme.

Así lo hice. Pasé mis manos bajo su costado izquierdo y traté de levantarla del modo más suave posible. Sin embargo, la inspectora apenas podía sostenerse. Para nadie era un secreto que los guardias pretorianos saben golpear científicamente mediante unos garfios brutales que no dejan huella por fuera, aunque por dentro estén roídas las entrañas. Finalmente logré acomodarla en la cama. Tosió. Cubrí uno de sus pechos y creo que inmediatamente se quedó dormida.

Fueron días de silencio. Comíamos apenas lo necesario para no morir de inanición. Pronto llenamos el cuarto de latas vacías. Había latas por todas partes. A Miriam no le importaba el desorden. Me dijo que eso era muy contemporáneo, que así vivían los artistas decadentes, que había demasiado orden en el mundo.

Nuestras palabras fluían cortadas, muy débiles, afiladas por el bisturí que rasga los nervios. Nadie entraba. Nadie bajaba por aquellas escaleras polvorientas, salvo un pequeño resquicio de luz que nos bañaba de un modo feliz como la espuma del mar. Alabada sea la luz, pensé, porque cada partícula nos permite ir al encuentro con los objetos del mundo. Esa fue una de las primeras reflexiones que me ayudaron a sobrevivir. Mientras Miriam dormía yo contemplaba con mucho placer los millones de pequeños fragmentos de polvo iluminados por una estela de luz amarilla. Demonios. Aquellos diminutos cor-

púsculos tenían el poder de la ubicuidad absoluta. Podían estar en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. A veces, cuando Miriam dormía y el silencio se llenaba de ecos vacíos retumbando en mi cabeza, yo me ponía de pie acercándome lo más posible hasta el rayo de luz que se colaba por los resquicios de la escalera. Entonces trataba de retener un puñado de corpúsculos en mis manos. ¿Por qué las personas no podemos flotar en el aire?, pensaba. Si pudiéramos flotar romperíamos el círculo de la tristeza, nos transformaríamos en seres libres, infinitamente más ligeros y llenos de amor. Ah, cuánto disfrutaba mirando mis dedos en plena libertad, moviéndose como patas de araña entre aquella cortina de luz. En esos instantes mi alma se despojaba de escombros. Desaparecía el vértigo.

Pero tales arrebatos de felicidad sólo podían ser fugaces como la misma luz porque inmediatamente empezaba Miriam a quejarse, pero no de un modo cualquiera, no. En sus gemidos había una hoguera consumiéndose, rebabas de ira expulsadas en forma de violentas palabras contra personas allegadas al MOA.

—Son hijos de puta, Vacuitis. Ahora me quieren culpar a mí nada más, pero ellos tramaron todo, ¡lo juro por Dios!

Pedía agua. Yo acercaba un plato y se lo ponía junto a la boca. Bebía como un animal herido casi sin valerse de las manos. Ambos sabíamos, sin decirlo, que todas esas dificultades en la ejecución de mínimos movimientos, sumados a los dolores de espalda, formaban parte de un problema mucho más serio de lo que habíamos imaginado.

—Mis brazos se hacen de plomo Vacuitis. No puedo moverme ni hablar demasiado, pero usted es un hombre fuerte y sabrá cómo ayudarme.

Sí, yo debía ser un hombre fuerte. Pero en aquellas circunstancias quién carajos no se transformaba en un hombre fuerte. Sin embargo, mis sentimientos hacia Miriam se volvían cada vez más confusos y contradictorios. Por una parte sentía compasión hacia ese cuerpo maltrecho que día y noche yacía tumbado en la cama. Pero por otra parte no podía evadir el hecho de que si yo estaba confinado en ese maldito sótano era por culpa suya. De hecho, mi exasperación aumentaba cuando a Miriam le llegaban esos repentinos coletazos negros que, según decía, le provocaban terribles dolores en la espalda. Yo, todavía pleno de fuerzas, giraba su cuerpo y empezaba a darle un masaje que terminaba por tranquilizarla. A veces necesitaba una hora por lo menos. Al final me pedía perdón y se quedaba llorando, lo cual exasperaba mis ánimos. Por lo menos un par de veces estuve tentado a soltarle bofetones para exigirle que sin más rodeos me explicara toda la historia del atentado. Porque debía haber una o muchas historias detrás de aquel fatídico acontecimiento. Nadie planea un atentado terrorista de la nada, quiero decir, nadie, en su sano juicio, se levanta un día por la mañana diciendo: esta tarde pondré una bomba en tal lugar, y luego, llegada la tarde, se dirige hasta ese lugar y así, sin más, ejecuta su ocurrencia matinal. Nadie actúa así y Miriam no debía ser la excepción. Seguramente había cómplices, lugares, motivos oscuros, planes secretos acordados en los pertrechos de los callejones y del tiempo. Yo debía saber a como diera lugar.

Pero Miriam no parecía dispuesta a hablar. Cuando yo tocaba el tema, su mirada empezaba a deambular por el techo. Después giraba su cuerpo y volvía a dormir. Nada es tan desquiciante como la indiferencia. Más tarde será. Te

dejaré dormir, le decía acercando mi boca a su oído. Por supuesto Miriam no me oía o tal vez sí me oía pero fingía hasta sus últimas consecuencias. De pronto me asaltaban toda clase de dudas: ¿Y si realmente estaba muy enferma? ¿Y si llegara a morir ahí en esa cama? Se llevaría todo a la tumba, lo cual sería terrible de verdad. ¿Qué podría hacer yo con un cadáver en aquel sótano inmundo? Diablos, a ratos imaginaba las consecuencias. Veía el rostro lívido de Miriam, sus ojos extraviados, encajados en dos cuencos profundos, ya muerta, inexorable, rígida para siempre, y entonces, preso de una angustia atroz, empezaba a golpear furibundo la puerta de salida. Pero nadie nos oía porque seguramente la casa estaba vacía. Lemand y su mujer nos habían abandonado.

Tedio. Asco. Repulsión. Al cuarto día me puse a observar de reojo a Miriam. Su cuerpo tendido, volteado hacia la pared, dejaba al descubierto una parte de su espalda. Empecé entonces un espionaje furtivo hacia los pliegues de la carne suelta. Mis movimientos se hicieron lentos y perfectos como si yo fuera el ladrón más escrupuloso del mundo. Nada me detuvo hasta que por fin mis ojos quedaron a unos cuantos centímetros de mi objetivo. No me sorprendí al descubrir que la piel de Miriam estaba afectada por una severa descamación. Millones de granulillos parecidos a sal molida esparcíanse a lo largo de toda la membrana epitelial. Y yo, tan cerca de Miriam, sentí que aquello era un espectáculo repulsivo y fascinante. No pude contenerme. Primero soplé de manera que un polvillo grisáceo salió volando de la piel. Después, con la punta de mi lengua, probé un poco y asentí (para alivio de mis pulsaciones alteradas). Miriam estaba enferma pero no moriría.

Y en efecto, Miriam no murió. Al cabo de seis días completos empezó a recuperar fuerzas mediante sopas, verduras y trozos de jamón ahumado, que seguramente Lemand y su mujer Elvira, pensando en las condiciones más severas de nuestro cautiverio, habían escondido al fondo del refrigerador. Todo su aspecto físico empezó a mejorar. Cada vez se levantaba menos. Las jornadas del sueño disminuyeron drásticamente. De vez en cuando pedía mi brazo a manera de bastón, pero yo se lo negaba, porque sabía que podía valerse por sus propios medios.

—Eres un malnacido —me decía sarcástica, sin dejar de sonreír—. Vamos, mueve esas latas de ahí para que veas cómo puedo yo sola.

Entonces Miriam hacía esfuerzos enormes a fin de incorporarse de la cama. Una de esas veces, al volver su cuerpo hacia mí, una parte del vestido se abrió y sus muslos quedaron al descubierto. Quizá entonces se volvió más turbulenta mi confusión, porque ella, sin escrúpulos, aguardaba mi vista. Levantaba los brazos diciéndome que era demasiado para ella. No puedo sola, por favor ayúdame Vacuitis. Y sin embargo, a pesar de sus lastimeras palabras, me parecía que en el fondo todo era un ardid, una simple burla. ¿Deseaba emboscarme?, ¿someter mi venganza al caprichoso arbitrio de reglas incomprensibles?, ¿o acaso yo deseaba poseerla otra vez? Sí, admitámoslo, muchas veces recordaba su cuerpo fresco apretado al mío bajo la regadera de mi departamento. Miriam me hipnotizaba de un modo sordo y persistente, como si yo fuera un peregrino recién convertido a las afueras de un templo.

—Ya no puedes ofenderme Vacuitis —me dijo una vez—. Consuélame, tócame. Dame tu placer y toma el mío. Si afuera está prohibido aquí será una bendición.

Entonces, cerrando los ojos, apretando los dientes y encajando las uñas, poseí su cuerpo de un modo violento y suicida. Miriam gimió de dolor y lloró con los ojos vueltos al techo. Sin embargo, al apartarme, pude ver en el rostro de aquella mujer una turbia y extraña felicidad, como de princesa melancólica. Sus dientes castañeteaban y todo su cuerpo se fue tensando hasta ese grado ínfimo del paroxismo.

—¡Responde mujer, soy yo!

Pero Miriam no respondía. Sus labios empezaban a perder color y en la punta de sus dedos parecía extenderse un botón rosado. Tuve que asistirla con aire de mi boca. Oprimí con fuerza su pecho. Después mojé su rostro con agua fresca. Por fin volvió. Estaba asustada y me pedía perdón por lo que había pasado. Ese día dormimos juntos en la misma cama. Sus pequeñas hemorragias cesaron y nuestro sueño encontró parajes dulces. Al día siguiente, muy temprano, vi en el rostro de Miriam una sonrisa dulce. Me acarició los cabellos, besó mi frente y me dijo que si lograba salir de ahí buscaría la manera de tener un niño entre sus brazos. Mientras ella se aseaba y peinaba sus cabellos, empezó a entonar una melodía infantil. Yo, sentado en un rincón del piso, la contemplaba emocionado, porque aquella escena me transportaba muchos años atrás hasta el tocador de mamá, cuando aún era niño y durante largos minutos extraviaba mis sentidos en la contemplación simple y abandonada de aquella mujer, que sin decirme nada permitía que yo contemplara el espectáculo tan dulce y sutil de cepillar sus cabellos.

Cuando terminó de arreglarse, Miriam parecía una mujer completamente distinta. Si alguien más la hubiera visto en ese momento difícilmente podría creer que

apenas un día antes había estado al borde de la muerte. Ahora su rostro maquillado, sus cabellos bien ordenados y el vestido azul marino con lentejuelas brillantes que se había puesto le daban un aire de dama distinguida que desentonaba con todo ese ambiente apestoso.

—Vacuitis, vamos a ordenarlo todo. Presiento que vamos a estar poco tiempo aquí.

Yo accedí un tanto entristecido sin saber exactamente por qué. Tal vez presentía algo. La felicidad de Miriam me daba miedo. Y en efecto, a los pocos minutos de haber limpiado hasta el último rincón de aquella buhardilla nos sentamos a descansar. Miriam bebió un trago grande de agua y eructando se echó a reír sobre la cama recién tendida. En eso oímos un crujir de maderas. Inmediatamente después, ruidos, voces.

Era un piquete de pretorianos fuertemente armados. Pensé que todo había terminado para mí, pero estaba equivocado, pues sólo venían por Miriam. A mí ni siquiera voltearon a verme. Sólo uno de ellos preguntó mi nombre de un modo apremiante, como si nada más pretendiera confirmar algo. A Miriam se la llevaron sin escándalo, sin demasiadas palabras. Ni siquiera hubo tiempo de preguntar, pues al parecer se trataba de una operación perfectamente calculada. Antes de desaparecer por la boca de la entrada, Miriam se volteó y me miró por última vez de un modo tan intenso y extraño que nunca he podido olvidar, pues aún hoy sigo despertando de vez en cuando empapado en sudor tras haber visto, como en una nube de fuego, los ojos hundidos y la sonrisa misteriosamente alegre de Miriam.

Después de haberse llevado a Miriam, pasaron algunos minutos cargados de infinita tensión. Permanecí sen-

tado al borde de la cama mirando la puerta abierta en la parte superior del sótano. Estaba tan seguro de que en cualquier momento vendrían por mí que me arrojé en un rincón a la espera del desenlace. El roedor indefenso aguarda el ataque final de la fiera en el bosque. Mi boca estaba reseca a pesar de que sudaba copiosamente. Un dolor agudo se me había clavado en el estómago. Me sentía débil. Seguramente conmigo no iban a ser tan dóciles, pensé. Habrán descubierto todo. Mi complicidad estaría plenamente confirmada. Por tanto, lo más seguro, en aquellas circunstancias, era que de un momento a otro llegaran blandiéndome a punta de golpes. Sin embargo corrían los minutos y nada sucedía. Temor, miedo, ansiedad punzante. Quemaduras en la lengua. En un momento noté que toda clase de voces y murmullos se habían disipado por completo. Sobre mi cabeza empecé a sentir la presencia de un silencio cada vez más persistente, lo cual me invitó a salir, siempre con la mayor cautela del mundo. Mi cuerpo enmarañado dejó de temblar.

Subí las escaleras del sótano con las puntas de los zapatos, como si estuviera atravesando un campo minado. Las piernas me flaqueaban. Era verdad, no había nadie, nadie al parecer en toda la casa. La recámara principal estaba hecha un desastre. Libros, vasijas, objetos decorativos. Todo había sido arrojado, incluso el cristo de madera negra con la cabeza llena de espinas yacía roto en el piso. Abrí la puerta de la recámara para echar un vistazo al interior de la casa. ¡Puff! Aquello apestaba a orines, alcohol, comida podrida. ¡Cuánto destrozo, Dios mío! Ni un solo objeto parecía estar en su lugar. Por doquier había papeles esparcidos, ropa sucia, restos de comida, manchas de tinta, colillas de cigarro, diablos, hasta una bacinica llena

de excrementos. Era evidente que los muy cerdos habían estado allí durante varios días divirtiéndose como animales enfermos en espera de la orden.

Afuera llovía. Pegué mis manos al cristal empañado y se me hizo claro el sacrificio de Miriam. Ella había arreglado las cosas para que yo fuera exonerado. A cambio de mi libertad, seguramente les había prometido confesarlo todo, como de hecho sucedió, pues días después todos los periódicos del país dieron a conocer infinidad de detalles sobre la captura de Miriam y su posterior confesión en las mazmorras del Templo Mayor. En cuanto a mí, estaba claro que ya no les interesaba en lo más mínimo. La puerta abierta de la casa era la mejor forma que habían encontrado para decirme que todo había terminado. Podía salir de ahí cuando quisiera y así lo iba a hacer, pero me detuve junto a la puerta donde vi una pequeña migala de tono carmesí. La tomé y la introduje en mi bolsillo con la esperanza de preguntarle más tarde por la suerte de mi porvenir. No sé cómo explicarlo, pero hasta ese momento y no antes fue cuando empecé a sentir el aire fresco y húmedo de la calle. Estaba libre.

\* \* \*

Sí, por fin estaba libre. Nada me importaba. En esos momentos lo único que necesitaba era experimentar a plenitud esa nueva sensación. Deseaba con tanta fuerza caminar, caminar hasta el fin del mundo, extender mis brazos y llenar mis pulmones de aire fresco hasta la embriaguez total, porque la lluvia espoleaba mi rostro produciéndome cicatrices tan agradables que a ratos confundía las sensaciones de mi piel con el calor intenso

que se escurría por todos los interiores de mi cuerpo. De repente aquel sublime contacto con el aire, la humedad tan fresca y la misma idea de libertad, me habían embriagado tanto que ya no supe en qué momento me quité la camisa y sacando la lengua empecé a beber gotas de lluvia como un perro feliz. Así seguí caminando hasta llegar a las orillas del Sena, donde sólo unos cuantos ancianos desperdigados deambulaban metidos en los covachos de sus paraguas. Me detuve. Dios mío, ahora podía respirar como un animal liberado, limpio, consustancial a sus propios deseos, flaquezas y temores. Entonces, no sé cómo explicarlo, me empezó a invadir un deseo muy intenso de abrazar a alguien. Necesitaba urgentemente liberar aquella felicidad quemante, pero sin perder por completo la noción del tiempo. Sí, allá voy, me dije al ver a una viejecita que acababa de pasar justo frente a mí. Ni siquiera pensé en las terribles consecuencias que podría desencadenar lo que estaba a punto de hacer, porque ya se sabe, cuando alguien está poseído por el intenso frenesí de la ternura no hay poder humano que logre detener los impulsos del corazón o de la locura. La seguí, no sin antes ponerme de nuevo la camisa. Pronto le di alcance. Pasé unos cuantos pasos delante de aquel cuerpo encorvado y me detuve tan pronto como pude para no darle tiempo a meditar una reacción, de tal modo que sin previo aviso mis brazos la envolvieron del modo más dulce que pude.

—No se ofenda *madame*. Discúlpeme. Es que hoy me siento tan feliz, de verdad, créame.

La viejecita ni siquiera se movió. Apenas levantó los ojos para devolverme la sonrisa.

—No se preocupe, buen hombre, hoy también yo estoy feliz, creo que todos estamos felices.

Entonces se acercó, besó mi mejilla y se alejó caminando, dejándome sumergido en un mar de confusiones. Pero diablos, ¿qué estaba pasando? Acababa de abrazar a una mujer, ¡a una anciana!, y lejos de increparme o denunciarme, me había devuelto el abrazo de un modo inconcebiblemente afectuoso. Una cosa como esa no podía suceder así nada más en aquellos tiempos. Algo estaba pasando y yo debía saberlo antes de que se enfriara el calor de mi sangre. Pronto, muy pronto habría de conocer la respuesta.

Calles abajo me crucé con tres chicos que entre risas y gritos venían dándose empujones de un modo tan despreocupado que por un momento estuve tentado a llamarles la atención. Me aparté bruscamente, pero ellos siguieron su camino completamente indiferentes a mi espasmo, incluso uno de ellos se volteó y riéndose me gritó ¡bobo!

Seguramente no estaban conscientes del peligro que corrían haciendo aquellas cosas, o tal vez no había ningún pretoriano al acecho y ellos estaban aprovechando la ocasión para tocarse a sus anchas. Sin embargo, poco más adelante, vi un espectáculo inaudito. Un par de jóvenes estaban besándose sin recato alguno al pie de un frondoso ciprés. No podía ser, no era posible. Definitivamente algo muy grave estaba ocurriendo. Apuré el paso calles arriba rumbo a Place de la Concorde cada vez más de prisa porque sabía que estaba a punto de contemplar algo verdaderamente memorable. Paulatinamente fui adentrándome a una masa informe de claxons, luces encendidas, latas de cerveza arrojadas por todas partes, pitos, serpentinas, en fin, esa clase de algarabía que mis ojos nunca habían presenciado tan de cerca. Y entonces, por fin, cuando llegué

exhausto a la plaza, mis ojos pudieron contemplar un formidable espectáculo. Estaba una multitud enorme de cuerpos frenéticos bailando sin cesar, entregados todos al intercambio feliz de abrazos, besos, risas y chorros de cerveza lanzados por los aires. Oh Dios, aquello superaba las fuerzas de mis ojos rasados en lágrimas. Quise sentarme pero alguien me tomó de la mano y me abrazó efusivamente. ¡Amnistía, viva la amnistía! Su grito restalló en mis oídos y yo sentí que un volcán acababa de hacer erupción.

\* \* \*

Mis arañas tampoco habían muerto. Estaban vivas y se habían reproducido. Recuerdo mis pasos vacilantes cuando me acerqué al aparejo de acero que tan pacientemente había construido para ellas. Tenía miedo de encontrarlas muertas o por lo menos desperdigadas en medio del caos. Nada de eso sucedió. Ahí seguían pertrechadas en sus nidos, tejiendo telas o aguardando la caída de una mosca. De algún modo volví a sentirme asombrado porque su capacidad de resistencia es infinita. No por algo han tejido telas durante siglos y siempre han encontrado el modo de no atraparse a sí mismas. Por extraño que parezca recordé al santo Ambrosio, que decía que solamente los más bobos y débiles caen atrapados en la telaraña, pero no los hombres de gran talento, y así habían actuado mis pequeñas, como hombres de gran talento.

Pasaron varios días antes de volver a entendernos, pues todo encuentro exige su tiempo, sus dosis de acercamiento, meditación y lejanía. Como es natural, deseaba mostrarme complaciente. Volví a cazar gusanos, moscas, insectos y con sumo cuidado fui colocando aquellos man-

jares en los mismos sitios estratégicos de siempre. Sin embargo nada tocaron. Durante días encontré inalterado todo aquel alimento. Más de una vez sorprendí a una hembra oliscando el cuerpo tieso de una mosca. Sus patas vibrátiles entablaban esa danza envolvente que precede al acopio. Vamos, come, come, decía en voz baja. Pero era inútil. La araña encogía sus palpos y se daba la media vuelta como si hubiera detectado un potente veneno. Definitivamente se habían acostumbrado a vivir sin mi presencia. Lástima, porque a veces pienso que sin la silenciosa presencia de mis arañas la vida no tendría sentido.

Además de mis arañas, el otro alimento espiritual que me ayudó a sobrevivir fue la radio. Poco a poco fui enterándome de todo el proceso que desembocó en la amnistía general contra el roce de los cuerpos celebrada en Place de la Concorde. Supe que durante los días de nuestro cautiverio se habían realizado toda clase de intensísimas jornadas en el seno del Templo Mayor. Grupos a favor, grupos en contra, posturas trabadas, jalones verbales, intransigencias, denuestos, puños contra las mesas. Mientras tanto, miles de ciudadanos habían ejercido su terrible presión aposentándose día tras día a las afueras del Templo Mayor. Los informes hablaban de grupos incontrolables que descaradamente se abrazaban mientras otros hacían piras de fuego con banderas emblemáticas y efigies de altos funcionarios. Pero el colmo de la presión exacerbada por tantos años de prohibición se había producido justo un día antes de iniciar mi cautiverio a través de aquel terrible atentado.

No voy a detenerme en detalles innecesarios. Repetiré la misma versión difundida en los diarios. Después de todo, salvo ciertas minucias de causa efecto, los hechos fueron descritos con apego a la verdad. Aquella mañana todos los

medios habían anunciado que los acuerdos para aprobar la iniciativa ciudadana a favor de una amnistía general contra la ley que prohibía el roce de los cuerpos se había empantanado. La noticia, por supuesto, había caído como una tromba de agua fría, pues para muchos, aquello sólo era el principio de una serie de trabas, rodeos y aplazamientos sin fin. Como era de esperarse una gran multitud acudió a las afueras del Templo Mayor. Esta vez, se decía, la manifestación podía derivar en actitudes exacerbadas y hasta en posibles enfrentamientos con los guardias pretorianos. Eran aproximadamente las doce del día. Frente al Templo Mayor, muy cerca de la gran escalinata principal, un cordón de vallas de acero mantenía cercados a varios centenares de manifestantes visiblemente furiosos, que lanzaban toda clase de proclamas y vituperios contra el Ministerio de Justicia y Afectos. Arriba, en la parte más alta de la escalinata, una cadena enorme de guardias armados con escudos, macanas y rifles tirabolos, rodeaba por completo el edificio. Parecían estatuas humanas a la espera de una orden. En eso, una chica y un chico adolescentes salieron de entre la multitud. Sortearon la valla metálica y tomados de la mano empezaron a subir lentamente los escalones que conducen hacia la puerta principal del Templo Mayor. Todo mundo contuvo la respiración. Esperaban lo peor. Los guardias apuntaron directamente hacia aquellos chicos imprudentes, pero una voz de mando superior ordenó a todos contenerse. Los chicos llegaron hasta la parte más alta de la escalinata, se detuvieron frente a los guardias y entonces, para sorpresa de los espectadores y de la historia más reciente de París, empezaron a quitarse las ropas hasta quedar completamente desnudos. Para los cientos, miles de manifestantes ahí reunidos, aquello era

en sí mismo uno de los actos de provocación más grandes desde que habían dado comienzo los movimientos civiles de resistencia contra el roce de los cuerpos. Pero si aquello estaba provocando un golpe de efecto increíble, creo que nadie, ni siquiera los más altos dignatarios del Templo Mayor, estaban preparados para lo que estaba a punto de suceder. Los chicos se dieron la media vuelta y en medio de un silencio descomunal, volvieron a descender la escalinata pero esta vez poseídos, se dice, por el poder terrible de su desnudez. El guardia pretoriano, jefe del acordonamiento al Templo Mayor, había notado la presencia de un artefacto extraño que sobresalía entre las ropas de los chicos abandonadas en la parte alta de la explanada. Demasiado tarde. Justo al acercarse, la bomba le estalló en la cara, convirtiendo su cuerpo en un amasijo de carne reventada. Otros pretorianos resultaron heridos, pero ninguno murió. Inmediatamente sobrevino el caos. Confusión, gritos, una pesadilla de disparos combinados con gases lacrimógenos. De algún lugar del edificio salió un tropel de guardias montados a caballo. Muchos fueron alcanzados. Aquí, allá, por todas partes se repartían macanazos. Los chicos fueron detenidos a los dos días junto con otros tres sospechosos en un hangar abandonado a las afueras de París. Inmediatamente salió a relucir el nombre de Miriam como una de las principales instigadoras. Nadie sabe cómo hizo para ocultarse durante aquellas horas de intensísima indagación policial. Por todas partes hubo allanamiento de casas en busca de sospechosos. En total fueron detenidas ocho personas. La novena, es decir, Miriam, logró escabullirse milagrosamente hasta dar con la pequeña célula de resistencia conformada por Sebastian Goncourt, Lemand y su mujer Elvira, que de inme-

diato la llevaron hasta el sótano de la vieja casona. Fue ahí donde nos volvimos a encontrar.

Pero la misma radio encendida que me había anunciado nuevas libertades, nuevos horizontes de vida, también trajo hasta mis oídos una terrible noticia: Miriam había muerto. Para mí fue como un rayo eléctrico, un golpe seco en la columna vertebral, porque mientras el locutor decía con todas sus letras que la habían ejecutado en los bajos interiores del Reclusorio Mayor, mis recuerdos volvían hasta el umbral de la escalera en aquel horrible sótano nada más para contemplar una y otra vez la sonrisa enigmática de Miriam. ¡Dios mío, cuánto me duele aún el recuerdo de aquella sonrisa!

\* \* \*

Abolida la restricción contra el roce de los cuerpos, llegó el regocijo. París se convirtió, por aquellos días, en una plaza inmensa de gentes felices que deseaban saludarse, abrazarse, darse palmadas en la espalda, o simplemente sentir el contacto físico de unos contra otros. Yo también, en la medida de mis posibilidades, me entregué al festejo. Renové mi colección de arañas durante varios días, entregado a cazar manjares succulentos nada más para ellas, es decir, insectos vivos, listos para ser devorados. De pronto me parecía encontrar nuevas resonancias, nuevos placeres ocultos en las labores más insignificantes, llámese una ducha caliente, una sesión de afeitarse, un plato de comida preparado lentamente o una caminata sin rumbo fijo por cualquier calle de la ciudad. Casi no hablaba con nadie debido a mi reconcentrada soledad.

Pero en dicho estado semilarvario descubrí placeres

inéditos en las palabras. Empecé a jugar con ellas como en un tiempo hacía con mis arañas. De pronto descubrí que al sacar las palabras de mi boca empezaban a danzar, a brincar y a rebotar sobre las losetas de ladrillo. Mi sorpresa se volvió estupor cuando empecé a ver que lejos de conciliarse empezaban a lanzarse puyas violentas, de manera que muy pronto ya estaban enzarzadas en batallas colosales a punta de cuchillo, látigos y mazos dentados. A veces la violencia de mis palabras liberadas podía ser tal que llegaban a producirse verdaderos crímenes. En esos momentos nadie las veía, salvo yo. Igual se desgredaban o se lanzaban cuchilladas directo al cuello. Afilaban los dientes, se pinchaban los ojos, se mordían unas a otras con rabia de perros furiosos. A veces una que otra estallaba purulenta de pus, o de plano, después de afrentarse, terminaban abrazándose lánguidamente hasta entregarse a un amor obsceno que me obligaba a separarlas con pinzas. Hijas de puta, les grité muchas veces, vuelvan a mi boca. Pero no me hacían caso. Las palabras, como los cuerpos atribulados de París, terminaron por hacerse independientes de mi lengua. Ellas también reclamaron sus propias libertades, exigiéndome libres combinaciones, asedios, mixturas, arreglos, giros y toda clase de dobleces. Yo no podía negarme, pues las amenazas de mis propias palabras fueron haciéndose cada vez más violentas. Me vi maniatado, forzado contra mi voluntad. De tal manera que pronto aparecieron nuevos engendros; palabras hinchadas de significados grotescos de ningún modo aceptables entre académicos y puristas del lenguaje.

¿Acaso importaba? Para mi asombro me di cuenta de que no demasiado, pues los cambios legales contra las restricciones del cuerpo también dieron lugar a formas lin-

güísticas nunca antes vistas. Muy pronto, como una plaga de hongos, empezaron a brotar por aquí y por allá modismos, vulgarismos, barbarismos, juegos procaces y toda clase de escatológicas frases, que por cierto a muy pocos ofendían, pues todo mundo daba por sentado que se trataba de simples desahogos. Ahora comprendo cuán inextricable puede llegar a ser el laberinto del pensamiento humano.

Un día de esos llegué a casa y encontré un sobre con el logotipo de la universidad. Me admitían de nuevo, exculpándome con cierta indolencia por mis faltas cometidas. Entre otras cosas se justificaban argumentando que las recientes reformas políticas contra el roce corporal habían propiciado el relajamiento indirecto de otras restricciones, pero, sobre todo, enterados de mi probada inocencia en el caso del atentado, ya no veían motivos de mayor peso para seguirme manteniendo en el «limbo». La verdad me sentí confuso y al mismo tiempo complacido. No sé si mi perdón era un acto de lástima o una sincera reconsideración del castigo.

El caso es que al día siguiente me presenté en la universidad. Lo primero que hice fue dirigirme al despacho que compartían el decano Goncourt y el profesor Lemand para saber si también los habían perdonado. Pero la puerta estaba cerrada. Desde el cristal observé que adentro había un desorden corrosivo. Libros empolvados, papeles regados en el suelo, una chaqueta desfondada, bolígrafos, canuteros, en fin, todos esos utensilios que en un lugar de trabajo intelectual son necesarios, parecían haber sido arrojados con extrema violencia. Comprendí pues que a mis amigos Goncourt y Lemand no los habían perdonado. A esas horas tal vez estarían purgando penitencia en un

reclusorio de alta seguridad. ¿Qué podía hacer? Nada, realmente nada. Sabía incluso que si mostraba demasiado interés por el paradero de mis amigos podía caer de nuevo en serios problemas. Por ejemplo, podían quitarme otra vez mi licencia de cátedra, lo que me convertiría prácticamente en un mendigo, pues a esas alturas mi situación económica se estaba volviendo cada día más desesperada.

De modo que no hice nada. No me informé, no pregunté, simplemente viré el timón de mi conciencia y me limité a vivir como una sanguijuela a costa de mis clases. Toda mi ridícula solidaridad se redujo a pasar de vez en cuando por aquel despacho sólo para ver si había ocurrido algún cambio. Nada. Siempre estaba clausurado y casi todos, estudiantes y maestros, como si percibieran un halo de tragedia, preferían evadir ese lugar. Pobre Goncourt, pobre Lemand, realmente nunca llegaron a enterarse cabalmente de mi cobarde actitud. Muchos otros, también conocidos suyos, guardaron silencio, pues el temor a las represalias aún era muy grande.

Pero en esta vida nada puede permanecer oculto por mucho tiempo. Al cabo de unos meses empezó a circular el rumor de que mis dos amigos habían sido condenados a cadena perpetua. Un rayo de silenciosa indignación empezó a rebullir en los pasillos, en las aulas y sobre todo en las cafeterías de la universidad. Una mañana entre tantas los pasillos de la facultad amanecieron llenos de pasquines blancos, amarillos, violetas y verdes. Bajo las imágenes sonrientes de Goncourt y Lemand se exigía la inmediata liberación de ambos, a fin de que la comunidad parisina pudiera reconocerlos como guías espirituales y padres intelectuales de la liberación de los cuerpos. Hubo marchas silenciosas. Plantones frente al Templo

Mayor. Quema de banderas y lluvias de huevos. ¡Te quememos Lemand! ¡Vuelve con nosotros Goncourt! ¡Abrázanos Lemand! Cientos, tal vez miles de pancartas repartidas en universidades, colegios y plazas públicas. Sin embargo, todo parecía inútil. Nadie informaba nada preciso sobre el paradero final de mis amigos. Las noticias eran confusas e intencionalmente distorsionadas.

Finalmente se supo lo que muchos presentíamos. Lemand y Goncourt habían sido ejecutados, pero los altos pretorianos habían bloqueado infinitas veces la noticia, pues tenían miedo de convertir a nuestros amigos en mártires nacionales, como de hecho sucedió, pues inmediatamente empezaron a brotar por aquí y por allá toda clase de homenajes y reconocimientos póstumos a quienes ya se consideraba como padres intelectuales de la ley que devolvió a los cuerpos el privilegio de tocarse y rozarse en las vías públicas. La primer iniciativa fue de los propios estudiantes, que formaron un larguísimo camino de arreglos florales y pequeñas velas encendidas, desde la entrada de la universidad hasta el despacho de Lemand y Goncourt. Ahí demarcaron un cordón con velas encendidas y junto a la puerta del despacho muy pronto se formó una montaña de mensajes apasionados. Yo asistí a todo aquello con cierta indiferencia. De pronto empecé a sentirme ajeno a toda pasión estudiantil, como si desde mi interior el mundo se hubiera comprimido y cualquier representación real hubiera perdido su encanto.

Lo mismo me sucedió cuando volví a encontrarme con Sophie. La encontré sentada en la terraza de un café. Parecía estarme esperando desde hacía muchísimo tiempo, y sin embargo, al vernos, caímos inexplicablemente en un silencio pesado porque tal vez ambos com-

prendimos, después de todo, que nunca nos habíamos necesitado para estar físicamente cerca uno del otro. A pesar de ello caminamos, caminamos durante un par de horas. Después fuimos a un hotel donde nos entregamos a un amor lánguido, casi triste. Ahí, con sus piernas recogidas y fumando un cigarrillo, me dijo que por fin habían controlado su enfermedad, que si acaso yo había sido contagiado por ella, harían lo mismo conmigo, que no tuviera miedo, que me despreocupara, etcétera. Al final me dijo, de un modo displicente, que se marchaba definitivamente de París. Mirándome a los ojos me suplicó que jamás volviera a buscarla porque no tenía sentido, porque el absurdo la había asediado tanto tiempo, que ya se había acostumbrado a él como si fuera un alimento necesario. Pero lo que más me sorprendió fue cuando me dijo que yo me había enamorado de una mujer ausente, de una mujer que jamás podría estar conmigo. Lo puedo ver en tus ojos.

Yo me sentí aterrado. Me envolví en la sábana y con los ojos apretados empecé a ver la sonrisa misteriosa de Miriam, la inspectora del MOA. Vi una y otra vez, como en una larga proyección cinematográfica, sus dientes blancos y su mano ligeramente levantada mientras me decía adiós cuando los guardias se la llevaban por las escaleras del sótano. Todo ese tiempo, de un modo secreto y profundo, había estado navegando en busca del amor fantasmal de Miriam y ni siquiera la mano de Sophie acariciando mis cabellos podía abstraerme de esa tremenda y rotunda realidad que se agolpaba justo al centro de mi imaginación, porque de pronto ya no era la mano de Sophie acariciando mi cabello, sino otra mano más pequeña y áspera. Era Miriam la que trataba de tranquilizarme. Sus dedos

hundidos en mi cabello se deslizaban tan livianamente y de un modo tan sutil que parecían memorizar toda mi piel nervada. Después empecé a sentir el vapor dulce de su aliento acariciando mi oído.

—No temas, todo está bien. Allá afuera el mundo ha mejorado un poco y tú y yo podremos vivir para siempre juntos en cualquier parte del mundo. Quédate así, quédate así para siempre amor mío.

Cuando desperté ya no estaba Sophie. Se había ido sin despedirse, sin decirme nada y sin embargo no recuerdo haberme sentido mal, al contrario, me sentía como invadido por una extraña sensación de felicidad encantada, como si la fuerza de una luz apacible hubiera ingresado por todo mi cuerpo, dándome la certeza ligera y fresca de que ya nunca más iba a estar solo, nunca más, porque a partir de ese momento empecé a vivir el amor de mi vida con Miriam, la única mujer que me acompaña a todas partes siempre con su menudo afán por complacerme en todo, siempre con sus brechas de alegría y su modestia omnipresente sin falsos desdenes, sin ignorancias hipócritas, sin temores ridículos, amantísima de mis arañas, a veces tímida, a veces impaciente o provocativa cuando intento contradecirla. Pero así es Miriam, así es ella, así es nuestro amor tan desprovisto de roces corporales, tan limpio y transparente, sin prisas, sin falsos dolores, sin escondrijos ni absurdos silencios, sin engaños, sin besos forzados. Así es Miriam por la mañana, por la noche, cuando ríe o cuando calla. Así es Miriam, la mujer que tras haber cometido el atentado que habría de provocar la liberación definitiva de los cuerpos en París, fue condenada a desaparecer de este mundo para irse a vivir conmigo a todas partes.

—Yo soy tu vida y el sentido de tu vida. Yo soy tu dulzura, tu dureza y tu ironía. No me dejes, nunca me dejes, Samuel J. Vacuitis —me dijo un día mientras caminaba bajo el calor del estío. Desde entonces, lo juro, nunca he dejado de amar a esa simple y magnífica mujer, nunca, desde que terminé de vivir aquellos meses bajo la niebla de París.